

2575

3587
3581

BROCHADAS,

E065

comp 341

ARTICULOS

T 572

POR

CARLOS R. TOBAR.



QUITO.

IMPRENTA DEL GOBIERNO.

1885.

CARTA A MANERA DE PRÓLOGO.

SR. DON REMIGIO CRESPO TORAL.

Cuenca.

Mi Remigio:

Carlos R. Tobar tiene en prensa actualmente un libro que ha titulado "Brochadas", sin notar el bueno del pintor que cuando él pensaba que al descuido iba trazando esbozos, eran tan maestras las pinceladas que marcaba, que no había más sino quitarle los pinceles de la mano para impedirle que, á título de pulcritud, se echase á corregir esos toques precisadores de contornos y morbideces no apreciados sino al ponerse lejos del cuadro.

Sí, lejos del cuadro: esto es, retrayéndonos al extremo moral opuesto

del determinado por el pintor. Puestos de cerca, examinados los granillos de la pintura, y hasta el pelo del pincel quedado entre ellos, como el cadáver de un oficial entre los cadáveres de su compañía, el efecto no sería el mismo; primero, porque examinábamos el procedimiento, y no el literario, pero el procedimiento moral, te diré así, en el que no podríamos menos de vernos estudiados en la parte relativa; y segundo, porque al hallarnos estudiados, no dejaríamos de entrar en cierta desconfianza, nacida de que para nuestro colete podríamos decirnos: "esto me comprende, aquí hay tal y cual cosa que si el pintor no hubiera tenido otro modelo, habría acudido á mis deformidades para estudiarlas y luego estamparlas en el lienzo".

Hay pues que retraerse á un ideal de perfección para juzgar algunos de esos cuadros, sobre todo en aquellos en que, como Goya, ha querido nuestro amigo retratar perfiles que no querríamos para nuestra cara, no

fuere que "brillara nuestro rostro de carbón, si se tomara el observador la molestia de encenderlo", como por ahí dice nuestro amigo.

Cuando uno ve un cuadro, un paisaje, por ejemplo; necesita imaginarse el sitio de observación del artista: puesto donde él habría estado, se abarca el conjunto y se estudian las posiciones de los términos del cuadro. Si seguimos este procedimiento respecto de las "Brochadas", vamos á tenerlas en un lugar alto, sereno, despejado de nieblas y dominador de extensos panoramas, y nos decimos "¡ Bien ! aquí estuvo el pintor. Se ve que ha debido fatigarse bastante Carlos, este *touriste* moral, para subir hasta por acá, y poder de la altura dominar lo que, hombreado con uno, no puede apreciarse debidamente".

En realidad esto es así. Tú conoces muy bien á nuestro amigo. El se empeña en que no es poeta, como si el hacer versos fuere la única ejecutoria para la calificación de poeta;

protesta que es un mal cristiano, como si para serlo fuese menester andarse bostezando ayuno, y proclamando con cada bostezo que, si se tiene hambre de viandas sazonadas por la cocinera, se tiene atroz hambre canina de aplausos por el pregonero ayuno. Se escandalizaría si se le dijese que es un buen pintor de costumbres, como si para merecer tal dictado urgiese una miope nimiedad en los pormenores y la simple nitidez de la masa colorada.

Poeta y poeta cristiano, y amén de ello, hábil pintor es el autor de las "Brochadas". Dime ¿no es todas tres cosas,—por ejemplo,—en las siguientes líneas? "Las virtudes, como muchas resinas necesitan arder al fuego de la calumnia y maledicencia, para llenar el aire de perfumes.—La lumbre del hogar es el centro ó núcleo de la familia. En una noche de invierno, al rededor de la chimenea, vuestro padre os habla de lo doméstico, mientras vuestra madre acaricia á vuestros dormidos hermanitos.

Decidme ¿no es así como os habéis figurado la felicidad?"

No extrañes que aquí hable tan sólo el hijo. El barbiponiente estudiante de Medicina en Santiago de Chile, lejos de sus padres, sentado al rededor de una chimenea en una noche de invierno, tuvo cierto rubor de agregar á esa magnífica brochada un poquito de carmín que hiciese más risueño el cuadro todavía. Pero no tuvo para qué, porque al lado de él, entre los oyentes de la lectura del diario en que ese artículo se publicó, había una oyente que sabía que con esa brochada se marcó el cuadro de un hogar en ciernes entonces, hoy hermosa realidad. Ahora parodio así ese pensamiento de Carlos, y le digo: "En una noche de invierno, al rededor de la mesa en que escribes tus Brochadas, tú hablas de lo doméstico, mientras María acaricia á tus dormidos pequeñuelos, y yo te pregunto:—oye acá, ¿no es así como te figuraste la felicidad?"

Carlos busca el ideal, se pone en

una región muy alta de las vulgaridades en que todos los días vamos cayendo; entra á los acontecimientos diarios de la vida real, y de allí toma la poesía, si la tienen; y si no, presenta la repugnante realidad, frente á la cual la imaginación busca el ideal que debe contrastarla.

En la "Ley de las compensaciones", hermosa antítesis de las dualidades en que vivimos, dice:

"Soy un ignorante despreciable. Camino por la tierra sin levantar los ojos del suelo.

"En nada pienso mientras mi martillo, cayendo con fuerza brutal, arranca lágrimas de fuego del encendido hierro que gime sobre el yunque. No sé sino que el sol alumbra y que Dios encendió la luz del sol.

"Digo mal, sé también que de nosotros es el Reino de los Cielos".

Aquí, como ves, todo es poesía: el herrero éste que en nada piensa, pero que sabe el Padrenuestro, este tipo despreciado con el que nos hallamos manos á boca, en la calle,—es,

sin embargo, tema poético para quien tiene corazón, cree y espera.

Otras veces, Carlos es implacable. Aquí lo tienes:

“El egoísta es, si se me permite la pedantería, el *microcosmos* de la creación; lleva en sí el cielo y la tierra. Es para sí propio, la unidad en la aritmética de lo criado”.

“Algunas cabezas son muy semejantes al vientre de las aves; digieren y corroen chinas y guijarros. Algunas tragan piedras preciosas, pero suelen inutilizarlas”.

“Conozco personas que, por ir siempre delante de los demás, son capaces de engancharse á los carruajes”.

¿Quieres ver cambiada la escena? Aquí tienes un madrigal en prosa:

“Cuando un hombre se va ó se muere, la madre exclama, entre torrentes de lágrimas: “¡Le quiero tanto.....!” Los amigos lloran también á su manera, y dicen: “Me quería tanto”.

Con un simple cambió en el tiem-

po del verbo, con una *brochada* sola, el poeta nos muestra cómo el amor materno es abnegado:—“*Le quiero*, aunque no fuera correspondida;—” fidelísimo,—“*le quiero*, aunque no está aquí para oírme, aunque se va por su camino, olvidado de mi amor, por más que de él no tengo ante mí sino el recuerdo en la memoria, y la cruz que en el cementerio señala el lugar en que habría querido enterrar mi corazón. Huido del hogar, muerto todavía está presente para mí, por esto *le quiero* Hijo mío, aunque no quieras ó no puedas saberlo, te *quiero* todavía”

Entre tanto, los amigos no dicen más que: “me *quería* tanto;—le agradezco esa distinción con que me favoreció, con la cual fué halagada mi vanidad, sin que se me exigiera correspondencia. Pobre! no sé si se acordará todavía de mí”

En las *Brochadas* se descubre un espíritu observador, creyente y caballero. El autor está allí retratado. Como piensa en el libro, discurre en

la vida doméstica. Del discurso á la acción no hay sino un paso.

“Médico psicólogo”, le he dicho frecuentemente á Carlos, porque he notado que de la diagnosis de las enfermedades físicas se elevaba á la de las morales. Su talento de observación hace que casi nunca deje pasar desapercibido lo que para la superficialidad de juicio es vulgar, é incapaz de despertar tesoros de sensatez.

El pensador del libro, es el mismo del paseo y de la conversación familiar. Las frases cortas, las palabras gráficas,—signos de la rapidez con que se aprehende el concepto, son como la estampilla con que de un golpe graba Carlos una idea. Tal como departe familiarmente, se muestra en sus artículos, en donde la misma ausencia de períodos largos en que serpean los anillos de una idea, muestra lo preciso del pensamiento y la presteza con que el autor quiere fijarla.

La lectura de los artículos de Tobar me produce el mismo efecto que

La de las "Hojas sueltas" de Selgas. Como él, rápido en la expresión, humorístico en el concierto de las ideas, hábil en el contraste, delicado en los afectos, honrado en las miras, afectuoso con lo delicado, burlón con lo grotesco y fustigador de lo malo,— retrata en sus escritos el alma que los genera.

Escritor de costumbres, no se limita á la tarea vulgar de describirlas, á presentar lo grotesco y excitar la burla: él hace trascender la descripción, de modo que de élla, por burlesca que sea, se eleva la crítica de la moral que analiza, amonesta y adverte.

Ya gozarás, y gozarán los amigos del Liceo con la lectura de las *Brochadas*. No tengo tiempo disponible para hablarte de este hermoso libro con la extensión debida; y así no hago sino anunciarte que muy pronto lo tendrás en tu bufete, y que al leerlo, no podrás menos de contar al autor en el número de aquellos hombres de quienes dice él mismo que,

“escudriñadores y de ingenio òbserverador, á manera del prisma, descomponen las luces”. En ese libro hallarás los matices varios y delicados del espectro solar.

Tuyo afectísimo amigo

Honorato Vázquez.

Quito, Febrero 6 de 1886.

P. S. Lo mejor se me ha quedado para la posdata.

Al parodiar el pensamiento de Carlos sobre la felicidad doméstica, hablé de María ; Quién es María ! Es María Borgoño de Tobar.

¡ Viva la gramática, viva la preposición *de* !, esta hermosísima preposición que tras un apellido de mujer, y ante un apellido de hombre, es el nexo de dos vidas que se andaban dispersas, es el anillo de unas bodas, es la propiedad de un corazón poseído por el dueño del segundo apellido, es la preposición envidiada por las solteras, llorada por las viudas, honra y orgullo de los hijos bien nacidos.

María es la vestal que enciende el fuego de la inspiración del esposo poeta, la buena madre de dos preciosos niños á quienes va á enseñar á leer manuscritos en la copia diaria que efectúa de los artículos que van brotando de la pluma de Carlos; María es la artista: más que del piano (en que es eminente), de esotro instrumento musical, el corazón de su esposo.

POCAS LINEAS A LOS LECTORES.

Dícese que el prólogo es la salu-
tación á los lectores.

Y bien, pues: yo os saludo.

No poseo esa vanidosa humildad
que se abate para ser ensalzada, y,
por consiguiente, merezco ser creído:
si os figurásteis encontrar mucho de
bueno en mis modestas *Brochadas*,
cerrad el libro y volvedos de la puer-
ta, que aun es tiempo de evitar desi-
lusion.

Ni siquiera son selectos los artícu-
los de este tomo: pues, para prefe-
rirles, no me he fijado en que tengan

mérito, sino en que sean adaptables al título del librejo.

En algunos, el cariño hizo también de las suyas: así, por ejemplo, el amor que profesamos á los primogénitos impulsóme á incluir en la colección "El Siglo de Oro", segundo ó tercer artículo que salió de la pluma desacostumbrada del adolescente, incipiente estudiante de medicina, alejado, en consecuencia, por distancia inconmensurable, de la estética y de la literatura.

A fin de probar que, no por falsa modestia juzgo menos que mediana mi obra, agregaré que, si buena la juzgase, la habría dedicado á mis padres, á quienes todo lo debo, á mi esposa y á mi hermana, á quienes tanto amo, ó á algunos de mis fieles amigos, á quienes estimo en extremo.

—Pero, se me objetará: ¿y por qué

publica usted trabajos que no merecen ser publicados?

—Ta! ta! . . . Según sospecho, aquí entra la intrusa vanidad . . .

¿Cómo satisfaceré este deseo de ser útil, esta vehemente voluntad de dejar al menos una huella en el camino de la ventura del linaje humano?

Más infortunado que los animalicos de los mares ¿no contribuiré siquiera á agregar una molécula al coral?

¿Ni aun dejaré una conchita que, al sol vespertino, refleje en la playa los colores del iris, esto es, los colores de un cielo bonancible?

Más desventurado que las aves . . . Ah! Pobre de mí! Con alas de polvo, con alas de mariposa no es posible remontar raudó vuelo, ni dar vuelta al mundo, ni encumbrarse hasta el sol. Mas, ni alas de polvo tengo

Pero sí; te veo y te comprendo, modesto caracolito.

Sí, seguiré tu ejemplo: arrastrándome con dificultad iré dejando por la tierra y por las hierbas, ya que más no puedo, un humilde hilo como el plateado que señala tu paso.

Sí, ese hilo, á lo menos, devolverá al cielo un reflejo de su luz brillante.

No hagan famoso mi nombre las iniquidades; ni viva yo, después de muerto, en la memoria del odio, y perezca en buena hora, y los huracanes del desierto arrastren las cenizas de mi cuerpo mezcladas con el polvo de eriazo desconocido.

Buenos días, lectores.

EL SIGLO DE ORO.

Dícese que primitivamente las palabras tenían un significado; más tarde fueron quedándose vacías, y finalmente, en nuestro siglo XIX, la acepción de los nombres es completamente nula, una vez que nada quieren decir; cosa que no es de extrañar, si paramos mientes en que muchas palabras de gran sentido antes, ahora nada dicen: ¿qué significan, por ejemplo, las voces *honoradex*, *mérito*, *inocenciá* y otras muchas?

Si algún siglo ha merecido llamarse Siglo de Oro, á ninguno le conviene el calificativo tan bien como al nuestro; sólo que debemos aumentar un artículo, nombrándole Siglo de el Oro.

Todas las cosas llevan el sello de su época. Si hoy en día buscáramos nombres propios que alusiva ó etimológicamente algo significasen, todos los muchachos se llama-

rian Chrisóstomos, Rostchids, ó por lo menos Cienfrancos, Milpesos ó cosa de la laya.—De buena gana quisiéramos ser argentinos ó auríferos.

A falta de oro en nuestros bolsillos, el oro llena nuestra cabeza: durante el día, un gran pensamiento nos absorbe, el oro: de noche soñamos con cerros de oro y plata, minas, caudales, entierros, baules, petacas, bolsas, bolsones llenos, preñados, rebosantes de oro.

Si han quedado nombres significativos, son los de las monedas.

Efectivamente, preciso es ser ciego ó cuando menos nictálope, para no mirar las bellezas y cualidades del que lleva consigo un sol que le alumbró.—Apellidos gloriosos pasan desatrocidos, si no son iluminados por los soles del Perú. El espejo necesita de luz para reflejar.—Son tan vivos sus rayos en este mundo de oscuridad que, amusgados los ojos, velados por las pestañas, admiramos las grandezas que aclara, aumentándolas un tanto por tanto en su volumen.

¿Cuántas y cuántas veces hallaríamos la verdadera felicidad en el alma purísima y el tierno corazón de jóvenes que, por la *obscuridad*, pasan desadvertidas, flores que se marchitan por falta de sol, á cuyos amorosos rayos se abra su cáliz lleno de dulce aroma?

Digame U. si no hay propiedad en los nombres.

Los *billetes de Banco* son los billetes de entrada al gran festín de la dicha.

Los ingleses con sus *libras* son hombres graves ó de *gravedad*.

Sin *coronas*, las coronas tambalean y caen de las sienes de los reyes. La dignidad ducal no puede sostenerse sin *ducados*.

En la tierra clásica de la música, patria de elección de Orfeo, el poeta descuida la armonía, el músico rompe la melodiosa lira contra la tierra de los genios, para correr en pos, no de las liras del Petrarca y del Tasso, de Rossini y de Mozart, sino de las *liras* en circulación, instrumento músico, armonía por excelencia del siglo XIX. Sus vibraciones son dulcísimas, saben llenar las exigencias del oído más delicado.

¿Qué más fuerte que una moneda de cinco francos!

Los argumentos de más peso, las cuestiones ajustadas á la lógica más rigurosa, ceden y doblan la cabeza á la potente filosofía de un *peso*.

Testas coronadas, mantos de púrpura, cetros reales y solios se conmueven y ruedan en mil pedazos ante la realidad y poder de los *reales*.

El rey de los vientos, el que tiene su trono en las nieves, de los creados el que más próximo al sol habita, el supremo señor de los alados y terror de los que huellan la tierra, el cóndor, que mira con despreciativos ojos,—y si se me permitiera decir—, con desdibosa sonrisa, las profundidades que habitamos, ¿no es muy digno símil del cóndor de oro?

La onza, terrible fiera del desierto, se esconde temblando en el cubil al asomo de un cazador cuyas onzas le dan humor de divertirse.

¿Tenéis afición á los placeres? ¿El corazón os late con deseos de goces que ocupen vuestra alma por algunos instantes!—Nada os proporcionará mejores medios que los *medios*.

Los *escudos* son el único escudo que nos resguarda de los alevosos tiros de la fortuna y de los certeros embates de la necesidad. Las armas de más fino temple se embotan en ellos: el plomo se aplasta contra su dureza.

La franqueza y sinceridad son dotes muy estimadas; y con razón. El individuo que reparte *francos* de la bolsa siempre abierta, es hombre franco y sincero que lleva el corazón en la mano.—¿Queréis que los salones, teatros, plazas se abran á vuestro anto-

jo? ¿Gustáis de hallar francas todas las puertas, desde las de la virtud hasta las del crimen? Derramad francos á vuestro paso.

Napoleón llenó el mundo. La fama de sus glorias le proclamó conquistador, con trompetas atronadoras, con la voz de cien mil cañones; el humo de sus batallas oscureció la atmósfera de los continentes y de los mares.—Si esto hizo un sólo Napoleón ¿qué de conquistas no harán los *napoleones*?

¿Se os antoja cambiar vuestra desgracia en felicidad? Hacéos de un *cheque*.—Pedid á la fortuna unos cuantos miles, y firmadle un *pagaré*.

Los antiguos romanos que husmeaban ya el brillante porvenir y conocían los méritos por entonces actuales de las monedas, tuvieron el talento de llamarlas *talentos*.

Ha habido calaveras que han hecho servir el dinero en conquistas para la ciencia: gustos hay que merecen palos. Nosotros los del siglo de oro, convencidos de su excelcitud, estudiamos y nos sacrificamos por aprender á conseguir dinero.

Había una ciencia, la *Crysopeya*, ó arte transmutatorio de los metales en oro; los que la poseían se morían de hambre. Estaba reservado á nuestro siglo de progreso el hacerla efectiva.

Los hilos de Moorse que conducen el pensamiento, llenan á la par las bolsas de los empresarios. Y si no fuera así ¿para qué telégrafos?

El vapor de Savary y Watt, escapándose por las chimeneas de las máquinas, va también haciendo caer muy buenas monedas en los cofres de las compañías especuladoras.

Moderno Midas, el Siglo XIX ha metalizado todo cuanto está al alcance de su mano.

Se dice que la lengua castellana tiene un sonido *metálico*.

Tales ó cuales poesías son excelentes, decimos, se han hecho seis ediciones que le han producido al vaporoso poeta 10,000 ó 12,000 francos.

Las Secretarías de Estado ó la Presidencia no son buenos empleos por el honor y lustre que proporcionan, sino por la renta que producen.

¡Qué talento el de la Patti! le produce 500 libras por noche.

Sin embargo, si es verdad que el oro no da talento, no es menos cierto que el talento no da oro.

Estoy persuadido de que si los libros de teología y filosofía moral se vendieran á buen precio, dejaríamos de labrar los campos y cerraríamos los talleres, para convertirnos en

meditabundos teólogos y filósofos soñadores.

Filósofo, para nosotros, es sinónimo de pobrete.

El siglo niega la virtud, porque la virtud santifica la pobreza.

El oro es para el hombre de nuestros tiempos lo que el agua para el hidrópico; aumentando la enfermedad, aviva la sed en vez de apagarla.

El oro es la sangre que, circulando por las venas de nuestra sociedad, le da vida y vigor. Los Bancos y Tesorerías, son su corazón.—Los grandes hechos, las sorprendentes conquistas del genio, la virtud austera, la belleza, son monedas amortizadas, dinero *feble* que carece de la ley que garantiza la circulación; es menester alzarles nueve décimos de oro ó plata para que adquieran valor.

La república, enemiga formidable de la desigualdad humana, nada ha conseguido: el oro, supremo y último fin del hombre de la época, extendiendo el gigantesco brazo sobre todas las cabezas, ha nivelado las clases, ha igualado las gerarquías sociales; sólo queda menguado é inferior á los demás el que no puede asirse á ese brazo y elevarse al poder de su fuerza omnipotente.

LUZ Y CALOR.

Siglo de las luces se ha llamado á este en que vivimos, y el tal siglo no ha tenido á luz un Santo Tomás, un Cervantes, un Calderón, verdaderas lumbreras de la humanidad.

Pero es innegable, evidente que el siglo es de luces; posee el alumbrado de gas, luz eléctrica, luces de Bengala y que sé yo cuántas más.

Y como las llamas dan luz, el siglo personificado en unos cuantos hombres, un día prendió fuego á París para iluminar al mundo.

Y le iluminó: pues entonces miró el mundo, y sabe de todo lo que es capaz el siglo del progreso.

Hay una variedad infinita de luces desde la de sol hasta la del mechero.

Lo grande escasea, lo menguado abunda: el sol es único.

La fe es magnífica luz, las pasiones sombras que velan sus rayos. Hay ciegos de espíritu que no la ven, y ciegos á la moda que no quieren mirarla.

La luz del sol, la que nos viene de lo alto, está encubierta, casi por completo, por los humos del carbón de piedra.

No hay individuo que no hable de claridad y de luces como de cosas conocidas.

Y se diría que á nuestros contemporáneos les disgusta la claridad: todos buscan la lóbreguez de las minas.

Conozco "hombres de luces", de inteligencia completamente apagada.

Muchas luces brillan sólo merced á la ambiente oscuridad. O parecerá, lectores, verdad de Perogrullo; pero al fin es una verdad.

Luces hay que deslumbran, para mirarlas es menester tener un poco cerrados los ojos.

Hay hombres que conservan en su frente un rayo de luz eterna.

Y existen lambreras que, como el cocuyo, se han criado en los barreales.

Los hay que, como el espejo, reflejan luz ajena.

Otras resplandecen con luz no propia, pero como el diamante, la acrecen y hermosean.

Y otros escudriñadores y de ingenio obser-

vador que, á manera del prisma, descomponen las luces.

Los pareceres políticos son gafas de colores; á su través miramos los hombres y las cosas del color de las lentes.

Hay antorchas que sirven para alumbrar subterráneos; los vientos en vez de apagarlas las atizan, pero dan claridad de incendio y humo espeso que ahoga.

No son raros los talentos que, á modo de brasas, brillan mientras el agua de la crítica no les muestra carbón.

En algunos libros hay *claridades* que asustan.

Hay luces que se levantan de los sepulcros.

He visto llamaradas que llenan de espanto. Los hombres que las arrojan tienen boca de volcán.

Los buques dejan fosforescencias en las olas como algunos hombres dejan en la vida huellas de gloria.

Como las estrellas en el cielo, hay en la tierra talentos de primera, segunda y tercera magnitud: de luz más ó menos viva.

También hombres-aerolitos, como los hay hombres-centellas.

Conozco rostros de carbón que brillarían si hubiera quien se tomase la molestia de encenderlos.

Hay quienes relucen como la nieve.

Otros que, como el fogón, brillan en lo más interior de la casa.

Todos conocen los talentos-candiles, que al menor soplo se apagan.

No escasean los hombres-candeleros que sirven para sustentar los hombres-bujías.

Pocos son los hombres-faros, que nos dan luz en la oscuridad del mundo, nos dirigen por entre los escollos de las pasiones y nos enseñan el puerto de la virtud.

Los *futres* brillan también merced á luz que de sí arrojan: la que da la candela de su cigarro.

No hay niño, que, gracias á las luces del siglo, no tenga los ojos enormemente abiertos.

El lector se habrá encontrado, talvez frecuentemente, con hombres de luces "herméticamente encerradas".

Y con otros, como Voltaire, que llevan luz, pero sólo para multiplicar las sombras.

Conocidos son los hombres-buhos y los hombres-lechuzas que huyen de la claridad.

Al revés, los hombres-águilas miran al sol sin pestañear.

Hay luces de viveza tal, que se puede cegar con mirarlas.

Allá en tiempos de nuestros antepasados, el mal tenía rubor, si se me permite la expre-

ción, nacía en cavernas ó antros y vivía en tinieblas; en nuestros días se presenta orgulloso y desafiando al sol. Las mayores iniquidades y los más horrendos crímenes se perpetran á la claridad del día y á la faz del universo.

Los tiempos han cambiado en todo sentido. El progreso y luces de la civilización han *iluminado* mil puntos oscuros. Hombres que á nuestros abuelos parecieron gigantes, hanse quedado reducidos á la estatura de pigmeos.

Paraff es casi un Dios; si viviese Platón, sería un insensato.

Lógicamente hablando, *el fuego* debía anteceder á *la luz*, pero si procedo al revés no lo extrañéis, lectores; los sabios de nuestros días han resuelto las cuestiones de muy distinta manera de como en antaño se consideraban. Se ha venido á hallar que los efectos son antes que las causas. Libro de filósofo he leído donde se sostiene que Dios es un ente imaginario, creación de la humana calenturienta fantasía.

Los hijos mimados de la civilización moderna *edifican* destruyendo. Tratan de levantar la sociedad sobre cimientos de cen-

zas, engrandecer al hombre sustrayéndole su parte noble, y elevar la humanidad atándola contra el suelo, con cadenas de grosero materialismo.

Dejando á un lado digresiones, decía, pues, que debía hablar antes del fuego que de la luz, pero quise llegar á la causa por el efecto, como en muchos casos debe procederse.

El calor, según los físicos, es un no sé qué, que ni ellos entienden ni yo tampoco.

El frío ya es otra cosa: "es la negación del calórico". Definición que si no se comprende por completo, en cambio satisface tanto como mil otras definiciones.

El cariño de la familia es calor indispensable para la vida.

La amistad es calorillo que entona y robustece.

El amor puro es fuego que vigoriza y da fuerzas.

Pero hay amores que consumen como un incendio: necesitan de bombas.—Mucho me agradecería tener asegurado mi corazón.

Hay miradas á elevadísima temperatura, quemantes. Las hay frías como el hielo.

El orador siempre, el poeta muchas veces, necesitan ser de fuego: nunca el historiador.

La caridad es fuego encendido por Dios;

la filantropía es brasa prendida por los hombres.

El egoísmo es una *mezcla frigorífica* poderosa: todo lo hiela.

Las pasiones, como las quemaduras, dejan marcas indelebles.

Hay hombres de amianto, incombustibles. La gloria es fuego fatuo.

Las virtudes, como muchas resinas, necesitan arder al fuego de la calumnia y maldicencia, para llenar el aire de perfumes.

La lumbre del hogar es el centro ó núcleo de la familia.

En una noche de invierno, al rededor de la chimenea vuestro padre os habla de lo doméstico, mientras vuestra madre acaricia á vuestros dormidos hermanitos. Decidme ¿no es así como os habéis figurado la felicidad?

Hay creencias que nos cobijan, por decirlo así, y nos prodigan delicioso abrigo. La religión cristiana se funda en basa de vivificante fuego: la caridad que es amor.

Moderno Midas, como le llamé en otra ocasión, el siglo XIX, ha metalizado todo aquello á que ha alcanzado su mano; el alma se hiela, el corazón se muere á fuerza de hambre de afecciones.

Felizmente en estos países han quedado aún tipos de caridad cristiana.

Sobre estas personas deben, de preferencia, descender las bendiciones del cielo.

Cuando en torno nuestro no miramos sino rostros que se podrían llamar acñados, fríos como el metal; cuando miramos sólo hombres que se agitan incesantemente, movidos por viles intereses, y que han olvidado que todos somos hermanos, porque pegados á la tierra no levantan los ojos á *nuestro Padre que está en los cielos*, nos sentimos aterridos; el frío del siglo se comunica también á nosotros.

Y entonces pensamos ¡qué felices fueron nuestros padres que buscaban la felicidad en derredor de ellos, en una vida sencilla y tranquila, en la familia, en Dios!

Ojalá, lector, te dé alguna luz este pobre artículo, escrito por quien dejó en la patria el calor de su corazón y la luz de sus ojos.

Santiago de Chile, 1877.

La ley de las compensaciones.

Qué feliz soy!

Tengo palacios; mis lacayos reciben los mandatos del desdén de mis labios; la naturaleza entera está encerrada en mis posesiones: surtidores, cascadas, lagos, puentes, montes ahí están para recrearme; las flores de mis jardines abren los cálices para regalarme con sus aromas; las aves cantan para que yo las escuche; los vinos más generosos corren en mis festines; los más exquisitos manjares provocan é incitan mi apetencia. Nubes de amigos llenan el cielo de mi felicidad y pregonan al mundo el lujo extraordinario de mi casa; todas las mujeres me sonríen y los hombres todos, paréceme, estudian en las líneas de mi frente los apetitos de mi corazón.

Qué feliz soy! Y no obstante . . . El fastidio, *inapetencia del alma*, me consume; el placer me cansa horriblemente y los goces

me enferman. Ideas indiscretas me hacen volverme y revolverme intranquilo en mi mullido lecho.

Qué feliz soy!

Qué desgraciado soy!

He vivido cuarenta años atado con cadenas de inquebrantables votos contra los claustros de un convento. Cuarenta años há que ofrecí á Dios el sacrificio de los placeres sociales, de los goces domésticos y de los contentos que me prometía mi esperanza y mi corazón avivaba con el soplo del deseo. Cuarenta años há que vivo solo, olvidado por la familia, despreciado de la sociedad y luchando día y noche conmigo mismo; esto es, con el hambre del ayuno, con el calor de la sangre y con los tumultuosos latidos de mi agitado corazón.

Qué desgraciado parezco! Pero... Cuán feliz me siento en realidad cuando venzo las pasiones y las huello; cuando la Providencia me ofrece ocasión de devolver, en raudales de bien, los desprecios de la sociedad y, cuando en el silencio de la naturaleza—que es el boato de Dios—y mientras el mundo duerme, yo velo y demando al Altísimo la salvación de los hombres que no piensan en sí mis-

mos. Cuán feliz en realidad cuando oro á nuestro Padre que está en los cielos, por mis hermanos que viven en la tierra.

Qué dichoso soy !

Mis riquezas crecen como la espuma de una catarata; diez parientes, al morir, me legaron cuantiosos bienes; cada una de mis haciendas produce un capital con que podría mantenerse decentemente una familia. A la manera de lo sucedido con el fabuloso rey, cambiase en oro todo cuanto tocan mis manos afortunadas.

Qué dichoso soy! Pero... Se me califica de tacaño y miserable; no estoy contento aún con lo que poseo: deseo más, muchísimo más, y este deseo me atormenta. Me ha parecido notar que algunos me desprecian y casi todos me envidian, y esto me pone muy triste y empeco á mi alma. Siento también, y á menudo, que la vida de mi opulencia es en extremo trabajosa. Multiplicados negocios me absorben sin tregua ni descanso. La *comuna* es un espectro que tiene de continuo aterrado mi espíritu. Entreveo, á las veces, otra felicidad tranquila y apacible, pero el cielo no destila sobre mis labios abra-

sados una gota de esa agua del dedo de Lázaro.

Qué dichoso soy !

Qué laboriosa es mi existencia !

Muy de madrugada dejo el duro lecho para correr al cultivo de ajenos campos. Mis manos están encallecidas por el trabajo y mi rostro ennegrecido por la intemperie. Mi pobre esposa alcánzase apenas para cuidar á los niños, lavar la ropa y aderezar la comida. No sobra ni un cuarto de mi jornal, después de pagado el pán de cada día y las toscas telas que mal encubren nuestra desnudez.

Qué laboriosa es mi existencia ! Pero con cuánto agrado me rodean y se cogen de mis manos mi esposa y mis hijos cuando regreso del trabajo. Qué sabrosa es la comida que el hambre ha guisado. Con cuánta fe y esperanza rezamos el rosario cada noche, y cuán delicioso es el sueño después de las tareas del día !

Qué envidiable soy !

Soy bella, soy rica y tengo talento para trastornar el juicio de la mitad del género

humano. La última tertulia fué el valle de Josafat de mi omnipotencia: sonreíanse orgullosos cuantos me digné mirar, sumíanse en la amargura de impotente despecho aquellos á quienes no dediqué ni una palabra ni una sonrisa.

Qué envidiada soy! Mis brillantes son de enorme magnitud; mi modista es un prodigio de asombrosas habilidades y, sobre todo, mi belleza es sin rival.

Y no obstante. . . Soy, sin duda, más envidiada que envidiable.

No está satisfecha mi alma, y mi corazón suspira sin cesar por una felicidad desconocida y que no está en mis adoradores, ni en mis diamantes, ni en mi modista.

Qué desventurada soy, oh Dios mio!

Las gentes huyen de mí; entregada á la meditación de los intereses del cielo, llegan á mi soledad los confusos rumores de los mundanos festines; el cilicio ciñe mi cuerpo y las espinas me engalanan como los azahares á las desposadas; los gemidos son los cánticos de mi regocijo y el llanto ha surcado mi rostro.

Qué desventurada soy, oh Dios mio! A tu amor ofrecí en holocausto el venero in-

menso de afectos que encierra mi pecho; cargada con tu cruz, camino la vía de la amargura.

Y no obstante.... Mi llanto es bálsamo que, empapándola, llena de dulzura mi alma; mis lágrimas señalan pero no queman mis mejillas, y encuentro mi cruz ligera y mi yugo suave.

Qué orgulloso debo estar!

Leo en los astros las leyes inmutables de la naturaleza; mi inteligencia se remonta en rauda vuelo á las regiones del éter: Teología y Matemáticas, Metafísica y Ciencias Naturales son el alimento de mis robustas facultades. Soy el verdadero rey de la creación: los volcanes revientan en temerosas erupciones para que yo estudie en las lavas los misteriosos abismos; los mares, para mí, no esconden bajo las olas tormentosas, las riquezas sin cuento que miro en sus profundidades; los mundos infinitos del espacio están ahí pegados al objetivo de mi anteojo.

Qué orgulloso debo estar! Y sin embargo.... Por qué me parece en ocasiones que soy el más ignorante de los nacidos? Por qué, durante mis sublimes meditaciones, me aquejan las necesidades del alma y del cuer-

po, y siento en el pecho bramidos y tempestades más formidables que las que observo en los volcanes y en el océano! Por qué mi espíritu no duerme tranquilo arrullado por los melodiosos conciertos de la ciencia y de la sabiduría!

Ah! Qué orgulloso debo estar!

Soy un ignorante despreciable!

Camino por la tierra sin levantar los ojos del suelo.

En nada pienso mientras mi martillo, cayendo con fuerza brutal, arranca lágrimas de fuego del encendido hierro que gime sobre el yunque. No sé sino que el sol alumbra y que Dios encendió la luz del sol. . . .

Digo mal: sé también que de nosotros es el reino de los cielos.

Vive Dios que soy muy afortunado!

He llegado á la cumbre de las dignidades y honores. Los hombres bullen á mis piés como insectos despreciables. Soy dueño absoluto de vidas y de haciendas; nada se opone á mi voluntad omnipotente. Mil soldados están aparejados, con la obediencia

cia ciega de máquinas, para limpiar el camino de mis menores caprichos. Gloria, pompa, majestad aquí están: ténngolas en mi mano. Leche y miel corren por el edén de mi magnificencia.

Cuán afortunado soy! Pero... cuántas inquietudes me desasosiegan!: el temor al veneno amarga los suculentos manjares de mis festines; la proverbial espada está pendiente encima de mi cabeza; las ambiciones, los odios, las desapoderadas codicias, las venganzas me siguen, como mi sombra, á los palacios, á los paseos, á los rincones más escondidos de mis retretes.—Prefiero la oscuridad á la luz que hace brillar, frente á mi pecho, las hojas de los puñales. Prefiero la soledad al murmurio de individuos que me detestan.

Ah! qué afortunado soy!... Honores, majestad, pompa son bocados que saboreo con delicia; pero que provocan en mi alma bascas infernales.

Qué miserable soy!

Me arrastro trabajosamente por el fango de la miseria: parócame que pesa sobre mí la maldición de la serpiente del paraíso; vivo de la pública compasión y recibo el mendru-

go de mi sustento, mezclado con las salivas del desprecio y de la repugnancia que inspiro.

— Qué miserable soy! Pero . . . Cuando levanto la cabeza para mirar al cielo, mi estatura se aumenta; siento, muchas veces, dentro de mí un soplo divino que me llena de íntima satisfacción y reconózcome hijo de Dios y heredero de su gloria.

1879.

JUEGOS.

Desde las más remotas y oscuras edades el hombre ha sacrificado el tiempo, este orb moderno, en aras de la ociosidad.

Indios, egipcios, persas, griegos, ocupados ó desocupados, como descanso del trabajo ó por vía de ocupación, *mataban el tiempo* con distracciones más ó menos fútiles. Las tabas, la pelota y mil otras inocentes y no inocentes bagatelas, absorbían los días de los hijos de la reina del mundo.

Más tarde la civilización debía arrastrar también en sus remolinos de huracán, esos ramos de pasatiempo humano. Los antiguos juegos se han depurado y perfeccionado, se han inventado nuevos y,—confío en las necesidades del siglo,—el ingenio humano no se detendrá en la *senda de sus adelantos*.

Las máquinas han reemplazado al hombre, y éste ¿en qué ha de ocuparse? Está claro; en pasar el tiempo que las máquinas aprovechan y que al hombre fastidia. Y la

especie de máquina también, invención antiquísima, que tiene la rara propiedad de *matar las horas*, esto es, de hacerlas pasar sin que las sintamos, sin-vida, es el juego. Fuera de que muchas veces es un negocio productivo, una especulación no tan honrosa pero provechosa, una profesión ú oficio como cualesquier otros.

El juego es una ciencia, á las veces racional, á las veces física y natural. El jugador reflexiona, juzga, calcula.

El juego es además un arte; está sujeto á reglas más ó menos complicadas. Como ciencia puede padecer errores, como arte imperfecciones.

Su fin es nobilísimo; el jugador se propone ocupar los ratos desocupados.

Es un negocio en que se introducen habilidad y capitales.

El jugador ganancioso, cumpliendo con la maldición que pesa sobre nuestra raza, gana con el sudor de su rostro.

Parece que el hombre, hasta en sus acciones más frívolas, trata de hacer un simulacro de los actos más serios y de mayor entidad. Tomando al acaso uno de los pasatiempos que más en boga están entre nosotros, el hombre menos reflexivo no dejará de hallarle esa semejanza de que hablamos.

Sin dinero, sin placeres de ninguna naturaleza, creo que muy bien podemos aplicarnos la regla del valor de las cartas en el tresillo: *oros y copas las más pocas, espadas y bastos los más hartos.*

La *espada* en el *rocambor*, como en los países, está dotada de un poder sin límites, el número mayor y hasta los reyes abajan el poderío ante su fuerza innegable: en todos los juegos, como en todos los gobiernos, no se desmiente su omnipotencia.

La *malilla* me hace acordar de ciertos hombres á quienes las circunstancias elevan sin mérito ni razón.

Y qué dicen ustedes del *basto*, personaje temible si no respetable?

Síguenle los *reyes* cargados de púrpura y oro, campando y poderosos, sólo entre *sotas* y *caballos*.

Los tresillistas son, á mi ver, políticos por excelencia, prontos ya para aliarse, ya para luchar contra el de la derecha ó el de la izquierda, pero siempre contra el *entrante*.

Poco vale poseer buenas *cartas* si al vecino se le ocurre hacer *voltereta*.

Para echar *solo* se necesita valor á toda prueba. El que se *va á bola* es, á mi entender, un revolucionario en forma; todo lo quiere y en ocasiones todo lo pierde.

Todos conocen la similitud del ajedrez con el arte de la guerra, y todos saben que la única pieza que llega á su destino, saltando por cima de las dificultades, es el *caballo*.

Contra las leyes naturales, pero sin oponerse á las sociales, las *torres* se mueven y á veces hacen destrozos. *Peones* hay que, con sola constante marcha, cifien la corona.

La *ruleta* es juego en que pierde siempre el número menor y ¿no es cierto que en esta gran ruleta, el mundo, anda siempre de pérdida el menor número, esto es, el de los sensatos?

Los enamorados entre nosotros, suelen tener predilecta afección por ciertos juegos de *barajas* que se conocen con el nombre genérico de *burros*; supongo tendrán sus razones.

Sucede igualmente que los dichos (no los burros, sino los enamorados), se aficionan á veces de *el hueso*, juego excesivamente descarnado é insípido, como bien lo dice el nombre.

Las niñas, en cambio, gustan mucho de los juegos de, *prendas* y de *representar charadas*. Siempre la curiosidad!

¿Quién que ha visto largar una *cometa* no ha mirado una esperanza entregada al capricho de los vientos y retenida con el hilo de los temores?

Los chicos se casan jugando, muchos grandazos *juegan* casándose y, á decir verdad, algunos ganan.

El juego, como las mujeres, favorece á los calaveras.

En Inglaterra juegan al pugilato, en otros países se *juega* á balazos.

De muy antiguo se viene jugando á los *dados* la túnica del justo.

Hay juegos que, estoy seguro, si fueran un oficio exigirían fuertes jornales. ¿Quién, que no sea un jugador, puede amanecerse jugando billar?

Para mí el mayor inconveniente del juego es ganar.

El jugador *juega* con cieno, se moja si no se ensucia.

Compañeros, si no hermanos, del juego son muchos vicios: quien juega con *oros* juega en *copas*.

Dineros ganados con los *dados* son tomados.

Creo que por los jugadores se ha dicho que es más fácil dar consejo en lo ajeno que acertar en lo propio.

Yo, por fin, en política ni juego ni doy de barato.

EL ESTÓMAGO Y LA CABEZA.

El estómago, lector amado, tiene muchas y muy notables analogías con la cabeza.

Existen hombres que piensan con el estómago y, por consiguiente, hay teorías resultado de lucubraciones gástricas, si se me perdona la expresión.

El hambre, á más, estrecha al entendimiento de tal manera, que es imposible que el hambriento no sea pensador. La necesidad es la vara de Moisés que en áridos desiertos hace brotar copiosos manantiales.

La fisiología pretende que la digestión mata al pensamiento; acato las decisiones de la ciencia, pero opino en esta ocasión de muy diferente manera.

Los hijos, por necesidad tienen algo del padre. Figúrate un filósofo hambriento, y necesariamente su filosofía, como supondrías, ha de tener algo que manifieste el ham-

bre del autor: quizá por tal razón existen libros de pensamientos flacos y amarillentos.

Hay inteligencias de fuerza digestiva prodigiosa, como hay estómagos capaces de digerir piedras, según la gráfica expresión del pueblo.

Algunas cabezas son muy semejantes al vientre de las aves; digieren y corroen chinas y guijarros. Alguna vez tragan piedras preciosas, pero suelen inutilizarlas.

Por lo general, los políticos de cierta laya, juzgan y reflexionan con el estómago; en cambio, almacenan las ideas devorándolo todo.

Todos los descendientes del muy goloso Adán estamos, seguramente como consecuencia del primitivo pecado, condenados á tragar sin número de píldoras.

Se cuenta de un bonazo de rey que estimaba en mucho á los comilones; supongo que tendía sus motivos.

Las bebidas espirituosas se alojan en el estómago antes de apoderarse de la razón.

Muchas ideas son en extremo parecidas á los alcoholes, emborrachadoras. Los hombres que las conciben son á manera de aparatos de destilación.

Cierto ingenioso borracho comparaba los libros que solemos llamar de fondo, con el

aguardiente, y las novelas con las mistelas; decía de éstas que, como aquellas, son agradables al paladar, pero no dejan nada de provecho.

Los fisiólogos dividen los alimentos en dos grandes clases: unos que reemplazan las pérdidas del organismo y otros que, quemándose con lentitud, producen el calor animal. Tengo para mí que la tal división cuadra á maravilla á los que llamo alimentos morales ó intelectuales. En efecto, lector, unos nutren y dan fuerzas, y otros queman nuestra alma y se consumen consumiéndola.

Como antagonistas á las veces, la materia se desarrolla en razón inversa del espíritu.

Diferencia entre la digestión y el pensamiento es que el pensar no es indispensable para la vida como lo es comer. Por lo cual algunos terminan la vida, y á veces larga, sin haber pensado siquiera vulgaridades.—Descartes habria, pues, dado en el clavo si hubiese dicho: cómo, luego existo. ¿Quién sabe si en alguno de los mundos imaginarios, de los cuales nos hablan ciertos astrónomos, no hallaremos hombres en quienes las funciones estén cambiadas en orden de importancia †

Entendimientos hay que poseen la rara propiedad de asimilarse cuanto degluten. Otros devoran enormes cantidades de ali-

mentos, pero por lo mismo no los digieren.

El pueblo, sabio y observador, encontró antes que nosotros, las analogías que han dado tema para nuestro artículo; me recuerdo haber oído decir que á alguien se le han indigestado las ideas.

Hay paladares delicados y exquisitos, así como estragados que gustan de asquerosidades.

El estómago es, en muchas gentes, rey formidable que lleva atadas contra su carro de triunfo á la inteligencia y á la razon, reyes vencidos y destronados.

En el mundo entero, los hombres todos, festejan los prósperos sucesos con comilonas estupendas y pasmosas borracheras. Lo que prueba, cuando menos, la necesidad de que el estómago participe en los humanos contentos y regocijos.

A las veces la cabeza no es sino mezquino gregario, forzado á contribuir al sustentamiento común.

Los ángeles se sustentan á lo ángeles; los hombres á lo hombres. Aquellos aliméntanse con los rayos emanados de la infinita bondad. Algunos mortales privilegiados, que conservan frescas las reminiscencias de los tiempos paradisiacos, se nutren con la verdad y la belleza.

El maná del pueblo predilecto es símbolo acabado de la sabiduría; como caída del cielo, el paladar del sabio la encuentra sabor á cielo.

Los paganos, sensuales por religión y filosofía, é incapaces de concebir dioses desprovistos de estómago, tuvieron que edenizar, perdóneseme la palabra, el néctar y la ambrosía. Creo que no está lejana la época en la cual el *cognac* se elevará hasta ser catado y escanciado por los dioses, según el moderno paganismo.

El matrimonio es, muchas veces, el producto neto de un negocio en el cual la cabeza sirve al estómago como socio activo y en que, las más veces, queda arruinada.

Los que se alimentan de esperanzas, suelen morir de hambre; se dice frecuentemente, y á mi ver, no se dice por metáfora sino en realidad de verdad.

Si acostumbramos decir *cien cabezas de ganado, mil de ovejás*, etc. juzgo para mí no habrá inconveniente para que digamos: el congreso tal ó cual, está compuesto de *cincuenta estómagos*.

Los materialistas creen que el pensamiento no es sino una secreción del cerebro; con razón, digo, hay pensamientos que no pasan de excreciones.

Opino que el estómago es el verdadero *animal in animale*, por lo mucho que domina y tiraniza.

Nótese, en el número de conexiones entre el pensamiento y la digestión, que por donde introducimos los manjares despedimos los pensamientos; un observador superficial podría, pues, creer que la palabra no es sino pan engullido, ó, en términos más generales, alimento metamorfoseado. Y hasta cierto término, así es la verdad. Ese individuo que hoy aboga con tanto tesón, por aquella mala causa, no hace sino devolver en palabras lo que ayer comió en la mesa del rico cliente.—Este padre conscripto, prodigio de elocuencia, que con lógica abrumadora está tratando de convencer á sus colegas y á la nación que el sol es caramelo, y la luna queso, y la dictadura necesaria, devuelve al soberano el jeréz que le bebió y los jamones que le comió.—Con frecuencia he oído decir: pobrecito, no puede hablar palabra; ya se ve, há tres días que no ha comido!

El empleado que dice del Gobierno que es muy superior al de Dios; el periodista que en fárrago ininteligible, sostiene y recae que don Nicomedes es el mejor Presidente de cuantos han visto los siglos; el amigo, incensario perpétuo y galanteador á boca de

cañón, que de día y de noche, te está, oh lector, repitiendo que eres un Narciso en hermosura, un Lúculo en opulencia y un Salomón en sabiduría, devuelven, cada cual á su manera, el pan y la cerveza digeridos.

El estómago es fecunda causa de pecados: indignidades, hurtos, desobediencias y traiciones desde los tiempos adámicos, reconocen por progenitor é instigador al órgano del cual hablamos. Con sobrada lógica algunos devotos le golpean al recitar el acto de contrición.

1879.

SE MUERE EL SIGLO!

El siglo XIX vuela, no corre, por el camino de los inventos. La máquina de Howe reemplaza los rosados dedos de las alegres costureras. El vapor concede indefinido descanso á los caballos, y los correos se tornan inútiles merced á la electricidad.

El siglo vuela, no corre, camino de los descubrimientos; la materia ha entregado á los químicos los secretos profundísimos de su composición, los cuerpos de la naturaleza se han ofrecido desnudos á la ávida observación de los mineralogistas, las plantas y los animales no esconden ya las misteriosas funciones á los ojos escudriñadores del botánico, del zóologo y del médico. El geólogo mira palpitante el fuego de las entrañas terráneas.

La muerte se ha encontrado cara á cara con las panaceas y las píldoras y jarabes que han de luchar contra ella, brazo á brazo y

cuerpo á cuerpo, hasta vencerla y destronarla.

La religión, error añejo, ha bajado el rostro al asomo de los crepúsculos de la luz de la razón, y las caducas creencias hánse refugiado en las oscuras cavernas de la ignorancia al aparecer los filósofos modernos.

La creación, física y moral, teme al vacío y mil nuevas teorías y flamantes hipótesis han llenado los huecos que las *viejas ideas de las edades medias* dejaron en el tiempo al despedirse para la eternidad.

Eternidad! Qué antigualla! El diccionario contiene palabras que nada significan en el glosario de la civilización y que, á su nombre, es menester borrarlas porque nos recuerdan épocas de ignorancia vergonzosa.

Y no obstante el siglo XIX va muriéndose!

El siglo más robusto de cuantos han visto las generaciones, va también á caer en el profundo seno de la nada.— El siglo que nació, por decirlo así, en la Francia, y vino al mundo apadrinado por Voltaire, el celeberrimo siglo de los grandes descubrimientos y prodigiosos inventos, váse también.

Pero deja descendencia, y, lo que es más, ésta no ha de llorarle con ambos ojos, porque será heredera de cuantiosas riquezas. La materia y la razón, hijas predilectas, lu-

cen alhajas capaces de trastornar el juicio del más juicioso tronera. El gran siglo quiere legarías un trono, pero no aciertan con la manera de edificarlo sus manos acostumbradas á destruirlos. En cambio, decimos nosotros, gozarán en calma de la posesión de las tranquilas repúblicas.

El teléfono y el remington, los ferrocarriles y la curarina, el fonógrafo y la libertad son joyas á cual más valiosa que, con justo título, pertenecen á sus descendientes.

El siglo fuerte está ochentón... El titán de los siglos se muere, pero no le cabrá la suerte de cuantos se mueren: no le hemos de olvidar. El cuerpo social tiene cicatrices tan hondas, que no podrá perder la memoria del siglo maestro.

Y en especial, los sudamericanos no le olvidaríamos sin cometer enorme pecado contra la gratitud.

Al siglo de la libertad le debemos nuestra emancipación política. Bajo su cielo sin nubes asomó esplendorosa la aurora resplandeciente del

“Ultimo día del despotismo y primero de lo mismo”.

Debémole la realización cabal y perfecta de la república de Moro, la igualdad nos sonríe y la fraternidad nos acaricia; goza-

mos de todos nuestros derechos, y aún de los ajenos, y nos sobra libertad.

Cierto que nos hemos sumergido en océanos de sangre, pero debemos recordar que la máxima del siglo es: la letra con sangre entra.

Bolívar, á la manera del Criador, prorrumpió en el *penitet me*, después de darnos libertad, ó lo que es lo mismo, después de sacarnos del caos de la nada. Pero es de presumir que el grande hombre tuvo envidia de las futuras generaciones, y que se arrepintió de no haber aguardado medio siglo para venirse al mundo á gozar de la patria libre é independiente.

La mujer debe no poco al siglo XIX; ha quemado hasta el último cartucho en pro de su emancipación. Puede decirse que es el siglo de las mujeres emancipadas.

Sin embargo, se muere el siglo!

Se muere el siglo de las paradojas y contradicciones; va á espirar el siglo que ha de vivir eternamente!

El siglo-dios será enterrado.

El siglo que ha engrandecido al hombre, y empequeñecido al hombre.

El siglo proclamador de todos los derechos, y conculcador de todos los derechos.

El siglo de la cultura, en el cual el mundo ha retrocedido á la barbarie.

El siglo de la filantropía, y del puñal y del veneno.—El siglo XIX dejará en los tiempos una estela con resplandor sanguíneo.

El siglo que ha humanado á Dios, y divinizado al hombre.

El siglo de todas las luces, y de la oscuridad más tenebrosa.

El siglo de las más positivas realidades, y de las más fantásticas abstracciones.

El siglo de las ideas tornadas en materia.

El siglo que en nada cree, y prodigiosamente crédulo.

El siglo práctico por excelencia, y frívolo por remate.

El siglo en que se niega á Dios, y se teme á las brujas.

Siglo en el cual el error tiene mártires, y la mentira sacerdotes.

Siglo en que se sirve á los crímenes á no abre de la honradez.

El siglo de la apoteosis del pensamiento, y de la excelsitud del periodismo.

El siglo de la dignidad humana, y de las mayores indignidades.

El siglo mayor, y el menor de los siglos.

El siglo XIX va á espirar.

Vosotros, oh sacerdotes de la razón y de la materia, disponeos á acompañarle en el postrimer aliento. Disponéos para embalsa-

mar su cuerpo, y "coronarle de flores y llenarle de perfumes para que duerma el sueño perdurable". Aparejaos á presenciar las últimas agitaciones de la agonía del siglo de la *razón* que vive ébrio, y morirá sacudido por las convulsiones del *delirium trémens*, según el pronóstico de un présago, modesto y muy notable escritor.

1879.

Dos muestras de literatura moderna.

(GÉNERO EPISTOLAR).

En gracia de la verdad debo confesar que entonces era yo celoso como un turco.—Ya se ve: fué mi primer amor y, como es natural, no conociendo aún las fuerzas de que podía disponer en campañas de este género, desconfiaba de mí propio; ahora bien, como los celos no provienen muchas veces sino de desconfianza de sí mismo, mis celos quedan justificados y vamos adelante.

O mejor dicho, vamos atrás; supuesto que juzgo necesario referir los antecedentes del primer chubasco formado en las serenas regiones eróticas de mi corazón.

Dos meses habían ya transcurrido desde que salí del colegio y no poseía aún una Dulcinea de carne y hueso á quien dirigir los suspiros que de suyo se elaboraban en mi pecho y atropelladamente se salían fuera y se desperdiciaban en el espacio por la razón que acabo de expresar.

Dos meses puertas afuera del Colegio!
Dos meses enteros! Y todavía sin amor!

Cosa vergonzosa! ¿Qué dirían al saberlo mis compañeros, flamantes bachilleres en filosofía como yo?

¿Cuánto bachillerearían entre ellos en desdoro de mis aptitudes amorosas, si no hubiese tomado la precaución de relatarles un enamoramiento fugido?

Lo malo estaba en que la ficción no podía continuar por mucho tiempo defendiéndome con su ejida de las envenenadas burlas de mis condiscípulos; pues, habiéndose empañado irrevocablemente en conocer á mi amada, cada vez que me proponían pasear por su calle, me hacían sudar hasta el hopó en discurrir excusas que comenzaban ya á faltarme.

Con evitar la compañía por una semana, quizá hubiera evitado los interrogatorios, y quizá, dedicándome sólo á éllo, habría también conquistado mi vellocino. Mas ¡ay! esto era imposible, pues las clases estaban ya abiertas y allí, cada vez que el catedrático se entusiasmaba en las explicaciones de Anatomía General, los cursantes anatomizaban hasta los *pliegues* más recónditos de las telas de mi corazón con preguntas inquisidoras, más afiladas sin duda que nuestros aun

vírgenes escalpelos. Y luego, al salir del aula, venían las malhadadas propuestas de paseo de que hablé poco há.

Dados estos precedentes, creería juzgar bien quien presumiese que ninfa galanteada á galope tendido y enamorada á ratos perdidos, entre el estudio de las vértebras y del hueso sacro, debía ser un buen hueso, bocado más canino que de cristiano. Pues se equivoca del medio á la mitad el que tal presume; y á sostener lo contrario estoy dispuesto á pié ó á caballo, con lanza ó espada, etc.

Julia era una chiquirritina adorable, blanca como la colchita del catre de colegio, rosada como mis ilusiones, poseedora de unos cabellos rubios rizados donde el mismo Cupido permanece hasta hoy enmarafinado, y de unos hoyos en las mejillas donde podían caer, para no volver á salir, todos los corazones de todos los estudiantes de todas las facultades universitarias y politécnicas.

Conocíla en casa de una mi tía y me enamorara de Julia aun cuando no estuviese haciendo diligencias para enamorarme. Pero ¡cosa curiosa! conseguido lo que deseaba, malditas las ganas que me vinieron de entregar el nombre de . . . [hasta ahora me ruborizo al nombrarla] de Julia, á los comen-

tarios y bromas profanadoras de las prosáicas larvas de médico. Antes bien, con heroico valor, les negué el enamoramiento y temblando de que descubriesen la mentira, me entregué á mi silencio y á sus burlas con una clásica resignación digna de los mártires.

Así que así, en "no me quieres y sí te quiero", en enojos y desenojos, y, sobre todo, en pasar y repasar por la casa de la Julita, transcurrieron tres meses y llegaron *los inocentes*, época en que se desinocentan en mi tierra hasta los maulas de inocencia mejor comprobada.

No hay para qué narrar que todas las veladas de disfraz me constituí como mueble del salón en casa de mi adorada, y que se consumieron cuatro noches consumiéndome en las hogueras de los celos más endiablados que ha podido inventar el demonio para mantener en un infierno á los simples de los enamorados que se suponen en los cielos.

Pero no fué Troya sino en la quinta noche: los débiles y los nerviosos aman en razón directa, como diría un matemático, de la debilidad y de los nervios. Yo, con el no comer á cuenta de vaporoso, y el no dormir, por llevarme celando á Julia, sentía un amor tan grande como un rebuzno.

En esta malísima coyuntura, quiso mi pésima suerte que entrasen, gangueando un empalagoso *¿me conocís?*, tres ó cuatro mozalbetes embutidos en ridiculos casacones y calados turbantes charriguereños. Yo disfrazado también,—con el exclusivo objeto de hacerme conocer por Julia,—me coloqué lejos con el hosco mal humor que producen los celos.

Los máscaras, después de un telegráfico saludo á la mamá, se dedicaron por completo á embromar á Julia y contarle animaladas con destempladas y atipladas vocecillas.

—No me conoces

—Ya te conozco

—La otra noche, que hacía un sol reverberante, estuvimos juntos.

—De noche, sol reverberante!

—Si, porque tú estuviste ahí.

—Ah! Picaro.

—Si te casas, no te contentes con darme parte.

—Y qué!

—Quiero todo, porque quiero casarme contigo.

Dejé de escuchar lo demás, porque más alto hablaba á mis oídos una rabia máxima. Tanta mayor cuanto en este momento Julia, en vez de enfurecerse, se arrojó en brazos

del canalla del máscara que Dios confunda.
Amen.

Felizmente, con motivo de mi tierna edad, no poseía aquella noche ese valor disparado que, por quitarme estas pajas, produce escándalos mayúsculos en calles y plazas, en teatros y salones. Felizmente digo, porque sinó

¡Oáscaras! Hubiérale escupido en el rostro á esa infame,

Mujer al fin, de quien el sólo nombre
Engaño significa para el hombre.

Y quizá, quizá,—aunque no tuve revólver,—habría matado á balazos á mi rival y después me hubiera levantado la tapa de los sesos.

Me arranqué la careta, fulminé á Julia una mirada olímpica de león ó de Júpiter tonante á quien hubieran pisado la cola, y salí con majestad echando desdeñosamente hácia atrás mi capa regia de grana.

Apenas llegué á mi cuarto, interjeccioné, bramé, eché centellas y por fin escribí la siguiente carta que, con las debidas seguridades, fué esa misma noche enviada á Julia:

Del Infierno, á 29 de diciembre de 1884.

Señora Doña Julia N.

Señora:

“J’ acceptai, sans tarder davantage,

L'heureuse occasion de sortir d'esclavage".
(Voltaire-De Morbo gallico).

Cuentan los historiadores que bastaron los primeros asomos del cristianismo para que las estatuas de los falsos dioses temblaran (*¿Entiendes ingrata?*), temblaran en sus sendos pedestales y cayeran estruendosamente destrozadas en mil pedazos. Así mi amor, "*Helas! Amour! (Rousseau)*" hasta ayer estuvo fúme en su altar; mas, al asomo de la titilante luz de la incendiaria tea del desengaño, se sacudió espirante y convulsivo y se precipitó desde el apogeo de sus glorias en los abismos de mi desventura.

"Adios, adios, como hablo delirando,

No sé decir lo que deciros quiero

Ay! Sólo sé de mí que estoy rabiando,

Que sufro, que os amaba y que me muero".

Cruel!!!! Lanzándote en los brazos de aquel infame... me arrojaste á mí el dardo más atroz que puede jamás dislacerar pecho alguno de mortal infuusto.

Pues bien, miserable! "*VOILÁ LA PIECE FINIE*, ó más claro:

"*The proper study of mankind is man*",

Como bien dice Pope "el estudio de los mancos se hace en las manos", yo en tus tenebrosas acciones he estudiado la negrura de tu corazón.

"*Ehu! Posthumæ, Posthumæ*" (*Hora: ad Pis.*)

"*Qué horror!*"

(*Larrázabal*).

"*Dios me ha negado de tu amor la palma
Dios ha puesto un abismo entre los dos,
Vampiro y basilisco de mi calma,*

Ay! Para siempre, para siempre, adiós!"

Voy á matarme, Perjura, para tener el gusto de verte desgraciada y de acibarar perpetuamente tu nefaria existencia con remordimientos torcedores, fruto no exótico de tu crimen irremisible.

Adios, asesina!!!!

El que vivió,

Timoleón,

Durante el tiempo que tardó en volver el conductor de mi epístola, me pasee, me senté, me arrodillé, declamé, pateé mil veces, me execré, deprequé á las paredes é imprequé al mundo entero.

Debo confesarlo también: recapacité mucho acerca de la manera de suicidarme sin matarme, y sentía inexplicable placer al pensar en las lágrimas de Julia, en la admiración de las gentes y en sus comentarios:

"*Timoleón se ha suicidado, carambola!*"

A las 10 p. m. (aprovecho de la ocasión para encajar aquí esta belleza telégrafo-

enigmática) regresó el mensajero y me puso en las tembloras manos mi propia carta, pero abierta. A continuación de la firma estaban escritos, con lápiz y con letra muy menuda, los siguientes conceptos, no del todo desprovistos de ortografía si se atiende á los doce años no cumplidos de Julia:

“Mi idolatrado igito.

Por Dios no te mates porque, me as de dar muho miedo. yo te quiero siempre lo mismo, El disfrasado qe me habrasó avia sido la carolina qe es tan trabiesa y porque le conosí le habrasé tambien Yo.

No me hatricuyas lo qe dise Pepe, porque gracias a Dios no soí manca. Oyes?

No te mates te rruego otra ves pues tienes muha Capacidad y saves mucho.

No puedo hescrebirte mas largo a hescondidas.

Pero te ama y rrecuerda

mucho, mucho, mucho

mil beses mucho

tu tuya

siempre tuya?

Julia.

Recé en acción de gracias un padrenuestro á Cupido; y no hay para qué agregar que me pasé la noche entera deseando la venida del día para correr á hincarme de hi-

nojos,—y aún de martuerzo,—á los pies de
 Julia y pedirle quince mil perdones por mis
 celos infundados.

Y DE LOCO TODOS TIENEN NO POCO.

He aquí materia, querido lector, para no pocas pinceladas.

Las ridiculeces, los defectos, las tonterías, las manías fisiológicas,—por decirlo así,—los vicios, los pecados veniales y mortales de la fragilidad humana tienen cabida bajo el epígrafe de nuestro artículo.

Desde las modas hasta los modos de ser del corazón y del alma participan de la locura que, como l-y ineludible, pasa sobre la descendencia de Adán.

Principiando por el variable follaje del raro vegetal que se llama hombre, dígaseme ¿no es menester estar loco de remate para llevar sobre la cabeza erguida el ridículo trasto que conocemos con el nombre de *sombrero de pelo*?

¿No es verdad, oh juicioso lector, que se necesita tener no muy cabal el juicio para descubrir la parte nobilísima del cuerpo huma-

no, la frente, con *la soncha* de cabello, descendiendo de tal manera á la categoría de orangután?

Paréceme, asimismo, indispensable buena dosis de locura para presentarnos al público, impassibles, afeado el rostro con patillas carnerunas ó con pera de macho cabrío.

No parece sino que nos avergonzáramos de ostentar la enhiesta figura, perfección de la obra de Dios, cuando la ocultamos tan cuidadosamente con ese centenar de varas de paño con el cual hemos dado en envolvernos hasta los talones, personajes híbridos de mujer y de paraguas.

No hablaré de las desastrosas modas de las mujeres, porque no tengo ocasión para escribir tomos gruesos como diccionarios.

Loco es, sin duda, este rancio solterón sin familia que padece hambres y desnudez y se escurre en indigente chiribitil para amontonar economías sobre economías y acrecer, con avara paciencia, un caudal que a'gún calvatuerno advenedizo ha de dilapidar.

Loco rematado es ese padre que cree que ha de casar bien á sus hijas exponiéndolas en todos los espectáculos y sonriendo como quien dice: "objetos que se venden".

Loca es aquella niña que pretende conquistar el corazón de los hombres untando

el rostro con asquerosos menjurjes, ataviándose con costosos vestidos y repartiendo en rededor miradas y palabras de refinada coquetaría.

Loco es el hombre ruin que se arrastra servilmente á los pies del poderoso.

Locos furiosos son los reformadores del mundo, edificadores de hacha en mano y filántropos de puñal.

Locos terribles fueron los antecesores de éstos, aquellos pretendidos filósofos trastornadores del globo.

Loco en extremo, y *trascendentalmente* perjudicial, fué ese soñador político que crió la república utópica.

Locos son los vanidosos modernos sabios que venden por un plato de fútil admiración el rico patrimonio de primogénitos de Dios.

Esos hombres que están matándose en guerra implacable, locos son que ríen por la posesión de una locura.

Loco extravagante es ese hombre empeñado en dominar siempre á los demás.

Loco anduvo ¡Válgame Dios y cuán loco! quien escribió la palabra *cuerdo* en el diccionario de la lengua.—Cuerdo, dice éste, el que está en su juicio, ó el que reflexiona antes de resolver.

Entre las mil temas mías he tenido hasta

ahora la de respetar á la Academia y sus decisiones, pero rebélome, hoy en día, contra ella y la desafío á que muestre un solo hombre á quien convenga el inútil adjetivo en el cual nos ocupamos.

Quizá hubi-se acertado si hubiera dicho: "El que alguna vez esta en su juicio, ó el que reflexiona *después* de resolver". Con la ventaja, la última acepción, de que comprendería casi á la totalidad de los hombres.

Ciertos libros, á mi ver, no son sinó locuras impresas y encuadernadas.

El entusiasmo es, en ocasiones, delirio contenido en los justos límites de la razón.

Los poetas son, á las veces, locos razonables.

Los enamorados son orates cuya tema es entrar en el manicomio.

Loco de atar soy yo, pobre escritor de costumbres, que escribo creyendo ser útil y que pretendo, con mi voz sin autoridad, corregir los vicios y curar las manías sin cuento que aquejan á la humana naturaleza.

El mundo es palenque donde los hombres nos disputamos el mérito de mayores insensateces.

Atilio Régulo, regresando á Cartago á padecer una muerte cruel, legó á las generaciones el excelso ejemplo de una heroica locura.

El matador del Secretario de Porsena, abrasando la torpe mano, es uno de aquellos locos esclarecidos con que la loca Roma inmortalizó su nombre.

El gran Napoleón paseó sus pasmosos delirios por el mundo hasta que le ajustaron á la colosal estatura la camisa de fuerza de Santa Elena.

Bolívar, el loco inmortal, nos sacó de la tiranía de los reyes para entregarnos al despotismo de nuestras propias locuras.

Antonio Ricaurte, en un instante de sublime frenesí, se lanzó como un proyectil á las regiones de la inmortalidad.

Grave locura es empeñarnos en parecer más de lo que somos, cuando el mundo entero está empeñado en que parezcamos menos de lo que somos en realidad.

En el vocabulario singular de uso social llamamos á la locura, caprichos, excentricidades y, alguna vez, ingenio. — Pero es más de maravillar que á grandes insensateces se llame talento.

Todos los partidos políticos tienen de común la manía del suicidio.

Ricardo Palma, el simpático escritor de "Las Tradiciones", incurrió en la locura de quemar los títulos de su gloria en las aras de una triste celebridad.

Va para setenta años que las repúblicas sud-americanas padecen de delirio y, muchas veces, furioso; paréceme, además, que en los últimos tiempos la enfermedad ha progresado extraordinariamente: dicenlo las desgarraduras de sus entrañas y ese tenaz empeño en romperse el meollo y acabar con la vida recién comenzada.—Nuestra patria, en especial, corre y corre con ímpetu frenético, por los bordes de un abismo inconmensurable.

Los países y los individuos gozan de escasos y cortos instantes de razón y tal es el motivo, amado lector, por qué he modificado nuestro comun refrán, diciendo: "De loco todos tienen no poco".

1879.

LOS PERIÓDICOS.

Vivimos en el siglo de los periódicos.

El pensamiento necesitaba también de locomotoras para repartirse y extenderse por el mundo, no mutilado, informe é incomprendible como lo tartamudea el telégrafo, sino íntegro y, —si cabe decirlo,—con el equipaje completo y además las galas.

Los diarios satisficieron esta necesidad.

Pero, en compensación, los periodistas se cambiaron en máquinas.

El diarista dispone apenas de pocas horas para embadurnar las cuatro ú ocho columnas de su hoja.—El vapor—obrero aguarda impaciente las lucubraciones del hombre—máquina, para entregarlas al huracán de la publicidad.

Escándalos públicos y privados, avisos á las veces sin interés, noticias falsas ó verdaderas, fragmentos de pensamiento triturado por el alambre, utopías políticas, sociales ó religiosas cuya realización no espera ni se

propone el redactor, basuras recogidas por esos traperos de la pública curiosidad que se llaman cronistas; lé ahí los materiales que componen un diario.

Los diarios son el pan de cada día de los hambrientos de la civilización del siglo: pero es pan que se enmohece de un día á otro, que no puede guardarse porque, en veinte y cuatro horas, se torna en un objeto de todo punto distinto, esto es, en encurrucho para monedas ó especias. En poder de los boticarios alcanzan, alguna vez, utilidad á que nunca, de otra manera, llegaron: son los conductores de la salud y de la vida.

Más generalmente, son la casa donde reside Morfeo.

El diario es á la manera del insecto: germina en silencio y en secreto al calor de la necesidad del diarista, en pocas horas se transfigura en crisálida brillante que revolotea á la luz del universo y muere, metamorfoseado otra vez, pero dejando sólo un capullo de baja ley.

El diarista es una máquina en mucho semejante á la que le proporciona papel: produce, cada día, miles de pliegos que, en muchas ocasiones, para todo sirven, menos para vehículos del pensamiento.

Los diarios son, por otra parte, imagen

de quienes los pergeñan y del público para quien están destinados: hoy niegan lo que ayer afirmaron. Capitolio y Roca Tarpeya, al propio tiempo, hoy ensalzan lo que mañana precipitarán con frenético furor.

Vientos del progreso indefinido, soplan las veletas de la multitud, en infinitas direcciones.

A las veces, para evitarles como al simoun; es necesario arrojarse en tierra para que pase por encima la respiración abrasadora.

Como los huracanes, levantan hasta el empuero las inmundicias del suelo.

Y, como ellos, azotan de preferencia los lugares elevados.

El periodista es un ser peregrino: vive simultáneamente dos vidas de todo punto distintas: la real y otra imaginaria empapada, por decirlo así, en tinta de imprenta.

Las mujeres deberían rehuir casarse con periodistas, porque representan papel muy secundario en las escenas de lo doméstico.

El periodista sueña despierto, pero, en cambio, trabaja extraordinariamente mientras duerme.

En nuestros países hay dos tipos distintos de la especie periodista: el periodista oficial ó de gobierno y el de oposición.

El primero, por lo regular, es un mamífe-

ro moffetudo, de magnífico estómago y excelente apetencia, pensador á medias y Saturno del edén literario: aliméntase con los propios hijos, feos ó hermosos. Le caracteriza una virtud escasa en nuestros días, la gratitud; humedece siempre la pluma en la tinta de la adulación, por borrosa que sea. Grufie á las veces, pero excepcionalmente y con los cachetes inflados.—Muere de indigestión, cuando no ha sido expulsado de su paraíso por infracción de obediencia.

Los opositoristas son seres muy parecidos al que Ovidio describe:

Pálido rostro cuerpo descarnado.....

Siendo de advertirse que no es la envidia la que tan mal les trae, sino el *amor patrio*, —y por cierto, el amor patrio bien entendido— El periodista de oposición es el Júpiter tonante del empireo de la inteligencia: relampaguea sin cesar. Enemigo de la poesía, no bosteza idilios ni estornuda anacreónticas. De su pluma manan los proyectos políticos, las transformaciones sociales, el progreso indefinido con más abundancia que la linfa de la roca herida por el periodista Pegaso. Como los globos aerostáticos, los tales periodistas llegarán á ser muy útiles cuando se les pueda dar dirección.—Un cólico de viento da cuenta con ellos.

No quiero hablar de los redactores de periódicos literarios, pobres diablos condenados á morir de hambre. Las mujeres nobles siempre, les compadecen y hasta les estiman, pero los hombres les detestan ó les desprecian.—Los muy infelices viven ligados á un escritorio y pegados de tal manera á un sillón, que pueden llamarse los estilitas de las letras.

En algunos lugares el diario es un objeto tan útil como el cigarro; en ocasiones, como éste, desabrido ó nauseabundo, pero en todo caso, artículo de primera necesidad.

Los libérrimos gobiernos sud-americanos estancan los periódicos con más escrupulosidad que la pólvora y el tabaco.

El hombre, que tiene ingénita propensión á usar en exceso de lo malo y á abusar de lo bueno, ha arrastrado la imprenta al envilecimiento más completo. La hija de Guttemberg, corre las calles, el traje en jirones, el cabello desgrefiado, ahullando los más asquerosos dicterios y conculcando las mejores reputaciones.

Los editores de esas hojas inmundas, especuladores en cieno, *torpedistas* de la virtud y el talento, se nos asemejan á los empresarios de lupanar.

DE MI CARTERA (1).

Adquirir mundo es, á mi entender, perder mundo; á proporción que vivimos y tratamos á las gentes, esto es, que se adquiere mundo, se evaporan las ilusiones, vuelan las esperanzas, se desvanecen los deliciosos engaños que forman el mundo de la imaginación, y ésta pierde lo que gana la experiencia. La fantasía, á la manera de Colón, descubre mundos y termina en la estrecha prisión del mundo de la realidad. Como el gusano de seda, cría materiales que le encierran y que, á las veces, le sirven de tumba.

(1) No sé á punto cierto si mis pensamientos me pertenecen; pues tenemos tal facultad de asimilación, que, muchas veces, escribimos como propio lo que leímos en este ó aquel autor ó escuchamos á este ó á aquel amigo. Así, pues, juzgo necesario advertir lo que antecede, á fin de que, si he cometido robo, se me crea ladrón involuntario ó de conciencia incencible.
—*senté errónea.*

El mérito que menos perdonamos es el de nuestros amigos.

No se debe decir *corazón humano* sino *corazones humanos*, supuesto que no hay uno que se parezca á otro. De nombrarle en singular proviene el grande error y peor éxito de los que han juzgado del corazón ajeno por el propio.

Cuando un hombre se va ó se muere, la madre exclama, entre torrentes de lágrimas: ¡Le quiero tanto.....! Los amigos lloran también á su manera y dicen: ¡Me quería tanto!

El Decálogo se encierra en la palabra *caridad*. Gran palabra!; extracto de las palabras de Dios.

No creo que la materia humana se perfecciona sucesiva y gradualmente, ni que ha de llegar día en el cual el hombre sea

Animal—Dios; cosa por cierto muy digna de verse. Lo que sí creo es que muchos *sabios* son *animales* en sumo grado perfectos.

La vida es curso de humanidades: nos dedicamos á la *poética* antes de pasar á ser filósofos.

Dios que no quiere ya ostentar su poder por medios maravillosos, ni castigar á los pueblos con lluvias de fuego ó diluvios extraordinarios, ha enviado el radicalismo como digno sustituto de los antiguos azotes de su formidable omnipotencia. Ruinas, asolación y muerte son el fruto del árbol sediento que tuvo por regadera la guillotina y por jardinero á Maximiliano Robespierre.

El *patrio amor* debe llamarse, casi siempre, *propio amor*.

Nada perjudica tanto á la estimación que se nos puede tener, como la suma viveza y

perspicacia; el que posee estas dotes debe encubrirlos con más cuidado que algunos defectos, porque inspira desconfianza y frialdad.

-1879.

DAR BUEN CONSEJO.....

Las obras de misericordia son catorce: siete espirituales y siete corporales.—Las espirituales son estas; &c.

(Catecismo de la doctrina cristiana).

De las obras de misericordia ninguna se practica tanto como la que da tema á este artículo.

La razón, á mi parecer, es muy clara: las otras trece cuestan dinero, tiempo ó paciencia, pero *dar consejo* es tan fácil, queridos lectores, que, por no haber ejercido esta cristiana práctica, nadie dejará de ir á gozar de Dios eternamente.

El dar consejo supone, por otra parte, en quien lo da, ciencia ó experiencia, y todo hombre, por humilde que sea, se alegra y se congratula de tener ocasión de lucir aquellas dotes inestimables. Y si á esto se agre-

ga que dar consejo es obra de misericordia.....

La segunda obra espiritual es prescripción en extremo juiciosa: aun cuando la doctrina no nos mandara que diésemos consejo, lo daríamos espontáneamente; digo más: si los mandamientos nos prohibiesen aconsejar, pecaríamos contra el precepto por lo menos tanto como contra *el no levantar falso testimonio ni mentir*.

Si el "ama á tu prójimo como á tí mismo" tiene el inconveniente de ser superior á la humanidad", el "da consejo" es, por el contrario, consagrar virtud la necesidad.

Da consejo el anciano facultado por los años, sin más objeto, en muchas ocasiones, que el poco caritativo de sacudir el polvo á los mozos, ó porque no puede ya dar malos ejemplos, según el decir de un escritor atrabiliario.

Da consejos el joven presuntuoso para evitar que se los den.

Da la monja, da el soldado, da el demonio.

Y te aseguro, bondadosísimo lector, que si se excluye el pisaverde, decididor magistral en asuntos religiosos y políticos, no hay azote más enfadoso que los aconsejadores.

Tu salud, en especial, lector, podríamos llamar *res nullius*: no hay hijo de vecino que

no se crea con derecho á ella. Mientras te toma medidas el sastre, te recomienda las pildoras de mister Londón ó un enema, —perdónesenos el terminajo merced á la decencia,—compuesto de malvas y almíbar, canela y manteca, y pollo negro y clavos, y herraduras, y yunques y martillos,

É infeliz del que pretende complacer á todos los aconsejadores: según doña Mencía la jaqueca *viene de frío* y, por consiguiente, el sebo es milagroso; pero la señora Pilar opina *que es de calor*, y, en consecuencia, *la linaza la quita con la mano*; y héte ahí desventurado paciente, entre la linaza y el sebo como quien dice entre el Senegal y la Groelandia.

La fórmula encomiástica más usada es la siguiente: “mire que por bien se lo digo y por experiencia; porque como yo estuve á las puertas de la muerte,—grande sgracia que no hubiera ahí quien la empujara,—y me sanó San Antonio y....”aquí la receta”, y aunque la enfermedad sea de las que remedia la obstetricia, y la aconsejadora modista de santos y de estornutatorio olor á santidad.

Trátase de llamar médico. Cada uno de los presentes, y hasta los ausentes, recomiendan á alguno: “llame al doctor Poroto, por-

que no hay otro para curar el bazo en el estómago, ó al doctor Cuasimodo que le sanó al cura N. que padecía de *oftalmía* en las quijadas".

Característico de los que aconsejan es que el quebrado da consejos para enriquecer, los sordos para oír y ciertos empleados para no ser ruin, esto es, cada cual contra el mal que adolece, y de manera incurable.

Dar consejo es máxima excelente. . . . Sólo que, si es para ganar el cielo, debería decir el catecismo: sufrir con paciencia los consejos y flaquezas de nuestros prójimos.

Esa vieja que se os hace encontradiza y se os acerca con misterio, va á aconsejaros que andéis en zuecos para evitar el mal gálico, que expulséis á la cocinera para tomarla ella, y que aumentéis la pensión que os pagan los inquilinos, de quienes es amiga íntima la aconsejadora.

A la obra de misericordia que nos ocupa, máxima de penitencia para quienes la sufren, fáltale para ser completa que diga lo que la lección de cierto muchacho: "dar buen consejo al hambriento."

Nada hay más perjudicial para los negocios que los consejos: si el negocio es bueno la envidia aconseja mal, y si es malo los consejos lo hacen peor.

Tesis sin excepción: el que aconseja no se propone dar provecho sino aprovechar.

Otro carácter de muchos consejos es ser dados tarde: Fulano se rompió una costilla cayéndose de una altura, ahí está don Guercindo aconsejándole que no se caiga otra vez. Paquita se casó ayer, hoy fué una su amiga á darla besos, abrazarla con nerviosa ternura y decirle que "la han sacrificado", y que para marido se ha de buscar un trasto que tenga tales y cuales defectos,—los opuestos á las cualidades del infeliz novio.— Y hemos dicho *defectos*, porque, según las aconsejadoras, no hay marido más apetecible que el poseedor de algunas dotes negativas: p. ej. que sea bonachón, cegato, &c.

¿Por qué siendo tan difícil acertar en lo propio, esto es, en lo conocido, nos empeñamos en tomar cartas en lo ajeno, es decir, en lo que no sabemos de la misa la media?

Y apuntaremos, para quitar la manía á los consejeros, que el oficio no es de todo punto exento de inconvenientes. Sucede, por lo regular, que quien pide consejo no hace sino exigir aplauso ó, cuando menos, aprobación á lo resuelto de antemano. La que te consulta si ha de casarse se torna en terrible enemiga si, en mala hora, le aconsejas

que no se case. Guárdate, muy en especial, de hallar defecto á los versos, puesto que malísimos, ó pésima prosa que el autor te consultó.

Sucedé también que la ingratitud, en esta ocasión como en otras muchas, hace que no se agradezcan los consejos que fueron de provecho. Pero en toda tu vida tendrás, oh aconsejador, quien te achaque las malas consecuencias si, por desventura, salió mal lo aconsejado.

—Me caso, díjome una vez cierto amigo; aconséjame.

—Con quién?

—Con Julia.

—Malo, le dije con franqueza de estudiante: eres pobre, te falta no poco para concluir los estudios y las mujeres quieren que las dediquemos tiempo y dinero. Además, la señorita Julia está acostumbrada á las riquezas, y el amor, como buen hijo de diosa, es exigente y se vuelve al cielo cuando la tierra no le ofrece ciertas comodidades.

No hay para qué agregar que mi amigo se casó y que, desde entonces, me miran de mal ojo él y la cara mitad. Por desgracia, eso sí añadiré, mis predicciones se han cumplido.

Para concluir, si no fuera consejo peli-

grosísimo de dar, me atrevería á proponer que se rece la segunda obra espiritual de misericordia, diciendo: *dar buen consejo . . . pero á quien lo pida*, y aun esto con prudentes restricciones.

1880.



AMIGOS.

Hé aquí, amado lector, algunos dibujos con carbón. Si te place, toma el pincel y píntalos en lienzo y con colores. Pero no... tente! Déjalos como están, no sea que a alguien le parezcan retratos.

—Buenos días, don Andrés.

—Buenos los tenga, don Juan. Qué ocurre por esos mundos?

—Pues, señor, necesito unos cincuenta pesos, y como somos amigos....

—No los tengo en casa, por desgracia, pero haré todo lo posible para conseguirlos.

Vase don Juan confiado en la oferta, y don Andrés consulta el caso con la esposa, consejera de asuntos resueltos de antemano.

—Niégale, dice concisamente la consultada.

—Cómo he de negarle! Si me avergüento de sólo pensarlo.

—Ah! qué tonto eres. Avergonzarte! Si fuese Juan un desconocido, pase; pero para qué es la confianza, hombre, niégale: *parto es tu amigo.*

Gumerciendo tiene un salón no tan espacioso que digamos, el comedor es pequeño y la renta, para hablar con franqueza, no es cuantiosa; pero ¡cosas de la sociedad! Gumerciendo está obligado á dar un baile con motivo de no sé qué.

—Qué apuros, Dios santo! en la mesa no caben veinte cubiertos y en la lista de los que deben ser convidados hay ochenta.

—Ta ta, exclama un vecino, don Gumerciendo, usted se ahoga en una gota; que asistan sólo los de etiqueta: borre de la lista á los de confianza, y sino dígame *para qué son los amigos?*

El señor don Blas ha llegado á la cumbre de la grandeza y del poder: parte y repartó empleos y sueldos.

—José, el condiscípulo y amigo, está en pobreza franciscana: la esposa y los hijos

carecen de un mendrugo. Pero, al parecer, el tenebroso cielo se va a disipar y vislumbres penetran en el negro desván de los esposos: es imposible, dice José, que Blas no me ampare.

José va al palacio del condiscípulo, la esperanza le lleva de la mano; llega y le pide estipendio miserable en cambio de trabajo incesante.

Pero como el señor don Blas sabe de cierto que los empleos sirven para conquistarse *círculo*, y como el bueno de Pepe le pertenece desde la infancia, exclama para su capote:

—B.b! Ni pensarlo; Pepe es mi amigo.

—Cáspita! He disipado mi fortuna y mi crédito; miro negro y tempestuoso lo porvenir: el suicidio ó una mujer rica que reciba mi mano para llenarla de oro; hé ahí el terrible dilema. Pero suicidarse es un recurso tan . . . de cobardes. Y para hacerse amar, siquiera de una vieja, se necesita de algunos *méritos* tales coma la levita, guantes &c.—Vamos! Nò suelo devolver lo que se me presta, pero todavía *tengo amigos*.

—Sabe usted que don Aristides es el candidato para la presidencia?

—Diaparate!

—Y por qué? Don Aristides es inteligente é instruido, hombre de bien, conoce á nuestras gentes y, sobre todo, es enérgico.

—Error garrafal! Aristides no tiene pizca de inteligencia, lo que sabe es farolear y como tiene un garbo... En cuanto á honradez, no hablemos de estas cosas. Vaya! le digo á usted, que está muy equivocado: Aristides será bueno para todo, menos para presidente; le conozco tanto! no ve que soy su *íntimo amigo*.

Rosita se casa el lunes ó martes. Alfredo, el feliz novio, se teme que algún Josué celoso hubiese parado el sol en su carrera. Virtud, talentos, belleza van á pertenecerle.

—Qué preciosa es Rosita, exclama una amiga á quien el novio fué á dar parte de su matrimonio y á quien le duele que no le dé todo, qué ojos, qué boca; pero, perdóneme Alfredo, le estimo á usted tanto... Yo, en su lugar, no me casaría con ella.

—Cómo! qué está usted diciendo? ¿Por qué no se casaría usted con ella?

—Simplemente porque es mujer y yo también; y....

—Acabe usted.

—No lo exija. Tiene un geniazo! No ve que *soy íntima amiga de Rosita*.

Los buenos amigos son el arrimo del corazón en este valle de vacilaciones y de caídas; pero, por desventura nuestra, lo bueno escasea.

Perdóname, estimado lector, que cambio de tono y que, para terminar este artículo, te presente un cuadro, no de los que sacan la sonrisa á tus labios, sino uno que, estoy cierto, ha de conmoverte profundamente.

Conocí á un hombre simpático; más: estimable.

Buen mozo, noble, juicioso, fué aceptado con regocijo por la familia de una bonita niña con quien se casó.

Esperanzas mil, ilusiones sin cuento, satélites fueron de esa nunca menguante luna de miel. Uno en pos de otro vinieron al mundo dos angelitos, dón digno de Dios y verdaderas *cadena de flores del matrimonio* á reforzar el nudo de dicha que unía á la pareja venturosa.

Poco tiempo ha pasado, amado lector, pero el cuadro ha cambiado por completo. La feliz, la lozana, la bellísima esposa se ha tornado en desventurada, macilenta, revejada

mujer, cúmulo de dolores y tribulaciones. Los angelitos lloran mucho, muchísimo, porque ven á mamá que llora mucho, muchísimo.

La esposa reza y llora; pero no le da gracias á Dios por sus beneficios, sino que le pide menos pesares ó pronto eterno descanso.

Pero, qué causa ha producido el cambio en la familia? Ah! el joven elegante, juicioso no vive ya en el hogar doméstico sino en las aguardenterías.

No es ya elegante: el rostro está hinchado y trasparente, los hermosos ojos empañados y sanguinolentos, los labios temblorosos no se abren sino para tartamudear asquerosidades, la camisa sucia y desgarrada, y los vestidos llenos de fango é inmundicias dejan ver las carnes aún blancas y delicadas.

No es ya juicioso, porque ha ahogado en el licor hasta la última centella de la razón.

Después de comenzado este artículo, alguien fué al aposento de la triste esposa; ésta conoció, sin duda, la emoción que se le asomaba al rostro del amigo, porque reventando en lágrimas y en palabras sollozadas dijo:

— Los amigos, señor, los amigos!

MAS DE MI CARTERA.

Hay quienes creen que serían mejores si pudiesen tornar á una nueva existencia con la experiencia adquirida. Error! Ésos hombres harían servir la práctica en el perfeccionamiento del mal; triste es decirlo: más frecuentemente quizá nos arrepentimos de haber desaprovechado las ocasiones de la culpa, que no de haberla cometido.

Hay tal diferencia entre la ciencia del mundo y la de los libros que, casi siempre, la *viceza*, esto es, la capacidad práctica de la vida, se burla del talento, es decir, de la capacidad teórica de la existencia.

Una de las concesiones de la educación.

es hacer los que creemos las frecuentes mentiras de los que nos rodean.

La soberbia halla, en todas partes, su propia superioridad: "Napoleón fué afortunado guerrero, dice, pero yo tengo belleza que acaso excederá en fama á la de A lois".-- "Homero, inmortalizando á Héctor, se inmortalizó también, exclama, pero yo poseo un regio laudó y unos muelles sofís ferrados en un brocado exquisito".

Conozco personas que, por ir siempre delante de los demás, son capaces de engancharse á los carruajes.

'La ciencia principia donde termina la vanidad.

Generalmente amamos á nuestros protegidos, pocas veces á nuestros protectores.

Más queremos parecer enteramente desgraciados que medianamente afortunados.

La vanidad no transije con el término medio.

Mucho más aprovecha un grano de buena voluntad que un quintal de aptitudes.—
Amargo sarcasmo de la fortuna! ¿Para qué le sirve al bueno del borrego la formidable historia de cuernos que lleva en la cabeza?

La bondad es, algunas veces, cualidad negativa del que la posee.

La virtud no es otra cosa sino el sabio y santo amor de nosotros mismos; así, pues, el único hombre que tiene amor propio santo es el virtuoso.

Nada me contrista tanto como mi altivez . si tuviese humildad, me juzgaría digno del lugar que ocupo; agradecería más y mejor los favores que recibo de Dios y de mis semejantes, y, creyéndome en alto, no me empuñaría locamente en elevarme. La soberbia tira de mí hacia arriba, y me atijo y desconsuelo porque no puedo alzarme ni un ápice del terreno que huello.

Nadie posee menos que el envidioso.

El que perdona á sus enemigos, merece no tener enemigos.

Ninguna virtud se ha predicado más que la caridad y ninguna se ha practicado menos.

Muchas veces nos juzgamos á nosotros mismos cuando creemos juzgar á los demás.

Nunca estamos en mejor sazón para el amor, como cuando nos figuramos desgraciados.

Muchísimas ocasiones las frases humildes son la redundancia de una inmensa vanidad.

Tenemos natural disposición á negar lo que tememos.

El egoísta es, si me permite la pedantería, el *microcosmos* de la creación; lleva en sí el cielo y la tierra.—Es, para sí propio, la unidad en la aritmética de lo creado.

Pobre humanidad! Ha hecho del mundo lugar de maldades en vez de lugar de expiación. Hemos cambiado el hospital en presidio.

El *Tejar* ;curiosa exactitud! Los grandes y los pequeños le llevan un puñado de

polvo: no podía elegirse un sitio más á propósito para fabricar objetos de barro.

Si no fuésemos orgullosos no nos heriría tanto el orgullo de los demás.

Los vanidosos saben que para satisfacer la vanidad es necesario sufocar muchas vanidades.

Así como el hombre cubre los ojos de los caballos cocheros, sin duda para que no se asusten de la magnitud de su trabajo, así Dios ha cubierto los ojos de los tontos, con la venda de la presunción, para que no se asombren del gran trabajo de su necesidad.

el rémiendo de un pañuelo me horripilaba los nervios.

Volando y volando en torno de la poesía de la vida, esto es, de la llama de la vela, creía que la cocina y el costurero eran el pabulo, es decir, esa negra y asquerosa materia donde se adhieren y parecen las mariposas.

Ocupábame en leer y meditar; me vestía de azul ó blanco; las joyas de perlas y brillantes eran las únicas con las cuales me ataviaba: rubíes, corales, esmeraldas tenían colores que mi alma no quería reflejar. Como ves, primo, estoy importunándote con pormenores que acaso te parecerán necios; pero perdóname supuesto que, para mí, son de no pequeña importancia.

Pensé también, créemelo, y medité en lo porvenir.

Solo hay dos sendas para la infeliz mujer: soltería y matrimonio. El celibato érase para mi fantasía la prolongación indefinida de los vestidos azules y blancos, de las travesías sin borrascas por los océanos de las ilusiones; era, en fin, la invariable y eterna existencia de los ángeles, sin canas y sin arrugas, sin lágrimas y sin suspiros: existencia alimentada por la fragancia de las flores y por las caricias de las auras.

El matrimonio, según me lo figuré, era lá

compañía,—admira mi franqueza y compadece mi candor,—de un arcángel cuyas alas estuvieran ocultas y comprimidas por la levita intachable y el chaleco blanquísimo, compaña con la adición de querubines caídos del cielo, rubios y rosados, limpiecitos y silenciosos como los pintados por Murillo.

Ah! primo mío, poesía de lejos, prosa de cerca.

Mis estudios no me sirven para nada: en cuanto á botánica, no cultivo relaciones sino con las coles, el cilantro y ¡ay! con las hediondas cebollas; de zoología, repaso sin cesar el capítulo continuado de las brutalidades del mozo y de las picardías de la cocinera; no consulto mi mapa porque no temo equivocarme en la posición de la despensa y en la altura de la ropería; ni me fuera de grande utilidad la carta para evitar los arreñes donde, á cada paso, está á punto de escollar la paciencia de la madre de familia.

Mi Sinforoso (¡cómo hubiera querido que no tuviese nombre tan horrible!) es un excelente sujeto, pero tiene los graves defectos de almorzar y de comer todos los días, y de usar botas que rechinan. Sinforosito, el querubín, tiene, en efecto, de oro el cabello y la tez rosada, pero no es ni tan silencioso ni tan limpiecito como hubiera deseado.

Poesía, poesía ¿dónde estás?

Tu prima

Julia.

P. S. Olvidábame decirte que Sinforoso no tiene alas bajo el chaleco. Para no ocultarte nada, debo añadir que he comenzado á almórzar, comer y cenar.

Estimadísima prima :

Dices generalmente que las mujeres acostumbran dejar el meollo de la carta para la postdata, y lo más importante de la conversación para el momento de la despedida. No extrañes, pues, que empiece á contestarte por la postdata.

Tienes talento, prima, no cabe duda. Comprendo la magnitud de tu desengaño cuando descubriste que Sinforoso no tenía alas, pero comprendo también la grandeza de tu filosofía cuando haciendo tripas de corazón, en vez de dejarte morir, "has comenzado á almórzar, comer y cenar", trinidad monstruosamente prosaica. Tienes talento,

y estás haciéndole servir cuando más se le necesita y menos se le emplea, esto es, cuando se padece desilusión.

“Has comenzado á almorzar, comer y cenar”, lo cual significa que has principiado á mirar la vida, como ella es; tienes talento y conoces tus deberes y, estoy cierto, ahora debes de estar satisfaciendo en justas proporciones las necesidades del espíritu y las del cuerpo. Pronto espero verte gorda: cuando fui á visitarte cerca de tu matrimonio, podías salirte por las junturas de las puertas cerradas.

La instrucción y el talento han de serle útiles, cierto, pero no para lo que antes tú y yo creíamos.

La sociedad que tolera y aun aplaude las estrofas soporíferas de vates con cabezas berroqueñas, ó los artículos de escritores con vocación para silleros, se mofa de las producciones espontáneas del corazón eminentemente poético de las mujeres. Conozco muchísimas que, como tú, enriquecerían la literatura si no temiesen los estúpidos y mal aplicados motes de literata y marisabidilla.

Qué hacerle, prima?: esas infelices, cuyo suplicio es la imaginación y el talento, tienen que emplear estas dotes en el culto de la co-

quetería para, arañas desventuradas, cazar insectos diminutos y mosquitos venenosos.

A manera de consuelo, prima, voy á hablarte de mí.

Yo, Julia, "he comenzado también á almorzar, comer y cenar".

Te sorprendes? Ya no me atraigo las tórtolas y *guirachuros* arrojándoles granos, como antes; ahora les arrojó piedras y perdigones para que no dañen las sementeras; no me paro, como un poste, mirando el "tardo arar de los bueyes", hoy en día hago aguijonear á la yunta, y con imperiosa voz le mando al gafián que oprima la esteva para que se abonde la tierra vegetable; contemplo el cielo, pero no en los éxtasis improductivos de antaño, le contemplo para saber si lloverá; pero no, prima, me estoy calumniando,—también levanto la vista con otros fines más nobles.

"Ah! poesía de lejos, prosa de cerca".

Convencido estoy de que los *inocentes* son los poetas que llaman inocentes á los labriegos muy bellacos.

¿Qué produjo en mí este cambio?

—Juzgo inútil relatarte cuanto sabes: omito los idilios.

Las letras, Julia, en estas *regeneradas* tierras no sirven sino para acabar con la vista,

con las muelas y con los estómagos: orzuelos, postemillas y acedías; oftalmías, caries y dispepsias son el producto neto del estudio y de la lectura. Cierta sincero sacamuelas me ha asegurado que los escritores son los individuos más *útiles* de la patria.

La naturaleza que no da nada de más, quita las muelas y los estómagos á los literatos.

No quiero cultivar letras, quiero cultivar patatas.

No pudiendo ser alquimista, esto es, empleado, para convertir en piedra filosofal el estiércol de la indignidad y de la bajeza; no pudiendo ser usurero, para, cual el fabuloso rey, tornar en oro el sudor y las lágrimas y la sangre de los deudores; no pudiendo ser... vamos, prima, está resuelto, no pudiendo ser estas y otras cosas, me he convertido en agricultor.

Teófilo Gautier, metro en mano, háse puesto á mensurar á los hombres de letras del Viejo Mundo, y los resultados,—cosa es de morirse de gusto—, no pueden ser más satisfactorios: éste pretende inútilmente verse los pies, ése necesita con urgencia que se le pongan cinchones de hierro para que no estalle el abdomen, aquél es insigne destripacafés.

Los literatos del Nuevo Mando, por el contrario, siguen siendo *parca materia*: Cevallos y Restrepo, con ser sólidos, no tienen más carnes que una cigarra; los periodistas peruanos tronaban contra los chilenos confiados en salir de Lima, cuando el sitio, asidos á la cola de una paloma mensajera. Herrera será, como Elías, arrebatado hacia el cielo el primer día que Eolo dé un resoplido; Mera y Marroquín, Espinosa y los Calcaños, con mi amigo Sánchez de adhehala, todos juntos, pueden servir de cena en viernes de ayuno á beata escrupulosa.

Vicuña Mackenna y los Amunáteguis llenan cumplidamente los asientos de sus sillones, merced al clima favorable de su patria.

Tu primo, pobre escritor, no prevé lo que será cuando cumpla los treinta y haya llegado á literato. Hasta hoy, Julia, he ido camino de rápido enflaquecimiento: Gradúeme, opúseme á una cátedra, obtúvela, servíla, y á la postre fuí expulsado de mi paraíso, y no por haber comido.

"Almuerza, come y cena", estimadísima prima, y pídele á Dios que nunca le falten un libro y un pan á tu sincero primo

Arturo.

AL SEÑOR DON RAMIRO.... (1)

Cuenca:

Muy Señor mío:

Acostumbro usar de franqueza cuando esta cualidad ó defecto no es perjudicial á los negocios. Por hoy, mi corresponsal desconozco, quiero hablarle á usted con sinceridad.

No suelo leer sino la cuarta página de los periódicos; aquí, en los avisos, está lo único interesante; todo lo demás es utopías, farfulla, viento. Julia lee las otras tres cuartas

[1] Las dos cartas precedentes dieron motivo á otras que dirigieron á Julia y á Arturo los literatos Señores Dr. D. J. Modesto Espinosa y D. Honorato Vázquez; las cuales, á la vez, ocasionaron las que van en seguida. —El autor de este librito buen deseo tuvo de comunicarle mérito publicándolo, entre sus artículos, las cartas de los referidos escritores; mas, por desgracia, no ha podido hacerse de la elección.

partes encenagada hasta la coronilla en los delirios que nombran poesía, literatura, palabras huecas como sus autores.

Julia, quien conoce mi gusto, tuvo ayer el extravagante antojo de exigirme que leyese una carta dirigida á ella y publicada en el número 8.º de "El Correo del Aznay". Como en la pendiente de las condescendencias el primer paso da impulso para mil más, heme obligado á contestar á usted la carta aludida. Mi esposa cree que esto es de mi incumbencia, y la complazco. Entremos en materia.

Soy hombre de bien, no lo dude usted, y voy á probárselo con mi franqueza.

Julia ha cometido una imprudencia al escribir á Arturo la carta que algún indiscreto ha publicado; pero, á la postre, la imprudencia de Julia no nos cuesta ni un maravedí y, por tanto, se la perdono. Sin embargo, quiero castigarla por algo que me atañe y tal se propone también esta mi carta.

Julia, señor don Ramiro, es una "excelente" muchacha, dueña de algunos miles de pesos, "pero tiene un horrible defecto": padece de nervios; no quiero descender á pormenores, efecto de la causa indicada, tales como cariño á los versos y falta de apetencia.

Caséme con élla: primero, porque es rica, segundo, porque el matrimonio da representación, y tercero, para no pensar más en casarme.

Yo, señor mío, perdóneme la justa vanidadcilla, soy *todo un hombre de mi siglo*: prosáico hasta la médula. Y créame usted que no voy errado: cómo en prosa, esto es, lleno mi plato hasta los bordes con caldos sustanciosos y carnes suculentas; mientras Julia, quien come en poesía, se contenta con frutas en agraz; con chirles lechugas y con rebanadas de bizcochuelo rosadas con almíbar insustancial.

Que no soy tonto, se le dirán mi casa, mis acciones de banco y mis propiedades. Tampoco me falta instrucción, pero instrucción provechosa, de la cual voy á hablarle, porque, por la carta de usted, comprendo que es un calvatuero incapaz, como Arturo, de servir para otra cosa sino para meter de globos aerostáticos.

Me deleito, don Ramiro, con las "Armonías" de Bastiat, muy superiores á las de Rossini; Smith, Say, Malthus y aun Franklin me han absorbido, alguna vez, hasta hacerme olvidar la cancelación de un pagaré.

En política soy profundo, y mi ciencia en:

tera se basa en el principio muy sencillo que voy á exponer: mi principio no tener principios.

Soy conservador, moderado, liberal, radical. En el campo de la política no cultivo de continuo la misma especie, para que el rendimiento sea siempre pingüe. Consulto, además, los cambios atmosféricos en el cielo de los gobiernos, y mis precauciones producen los más ventajosos resultados.

La política, créamelo sobre mi palabra, paga con ciento por uno y en plazo mucho menor que el ofrecido por los predicadores. El producto, á más, se asemeja al maná, no sólo en caer como llovido, sino en cuanto toma el sabor de lo que más se apetece: para unos es salado-excitante como la sal, para otros amargo-tonico como la quina.

La usura y mi abogado mancomunados han repetido en mi provecho, con mis bienes de fortuna, el milagro de Jesucristo con los panes y los peces.

El aire enrarecido del país de las quimeras es demasiado sutil para los robustos pulmones; yo, estimado señor, necesito aire pesado, ricos alimentos y vinos generosos para sostener las siete arrobas de carnes que soportan mis huesos.

Herencias, rentas son el sabrosísimo fru-

to del árbol de la ciencia del bien que se llama adulación.

Lo que los poetas y los tontos,—que son, dispense usted, una misma cosa—, apellidan vileza y humillación, son la moneda con la cual los inteligentes compramos la gordura del cuerpo y la tranquilidad del espíritu; in-cienso á los gobernantes, porque sé que el humo de la adulación, como los vapores del suelo, sube á los grandes para descender en forma de rocío fecundante.

Humillaciones, vilezas, bajezas... ignoro el significado de estas palabras: sólo conozco un humilde, un vil, un bajo,—el miserable que comete la necedad de pedir lo que ha podido tomar. La opulencia, como las plazas fortificadas, se conquista por asalto ó por la diplomacia, es decir, por la fuerza más valiosa que el talento, ó por la astucia que ustedes califican de indignidad y de bajeza.

Hambres, sed, frío: hé ahí la humillación y la ruindad!

Nosotros los monederos de palabras fecundas,—si quiere llámenos monederos falsos—, le repito, pagamos á las pasiones aire articulado en cambio de riquezas, honores, consideraciones.

Compramos la vanidad para prender llama

que nos calienta, y con descubrir la cabeza por un instante, obtenemos magníficos vestidos y lujosas habitaciones. Quien no sabe inclinar la frente no conoce el secreto para llevarla erguida.

Para nosotros no hay leyes coercitivas: gozamos de todos los derechos y carecemos de todos los deberes.

Por un escritorzuelo que nos insulta, hay diez, ciento, mil individuos que nos ensalzan.

Los majagranzas que, encadenados por "la honradez", sudan y trasudan para coleccionar capital mezquino, son á la manera de aquellos pólipos de los cuales refiere la Historia natural que, adheridos á un guijarro ó á una roca en el Océano, sin poder cambiar de sitio, gastan la vida alargando los brazos para asir animalicos que nadan, se acercan, se escabullen, se alejan y se burlan de las ansias de los Tántalos de los mares.

La ballena, el tiburón, el lagarto, el cocodrilo; hé aquí modelos del hombre del siglo; la naturaleza misma, conváncase usted de esto, ha destinado miles de vivientes para saciar la voracidad de esos acuátiles reyes de lo criado.

Sea rey de la creación, don Ramiro; no arroje el cetro ni despedace la corona.

Nada de respetos humanos; desprecie á la sociedad.

Puestos los ojos en el objeto y conducido por la ambición, no dē paz á la espuela, atropelle los obstáculos, despachurre á quienes se interpongan en el camino, y yo respondo de su felicidad.

¿Teme las murmuraciones del vulgo?

El vulgo es un necio huracán que arrastra en los remolinos así el grano como la paja. Despréciele, don Ramiro.

Estudiar, componer versos, escribir artículos, leer de turbio en turbio y de claro en claro: esto, en puridad, se llama haraganería; y quien en tales cosas se ocupa debe gozar del bien merecido crédito de inepto y de vagamundo.

Es de usted, señor don Ramiro, atento y S. S.

Sinforoso.

1881.

A LA SEÑORA DOÑA JULIA.

Quito.

Estimadísima prima:

Eres desdichada, Julia, y no debo callarme aun cuando tú, prudentemente, me has ocultado tu desventura. Tu infortunio, á más, puede ser suavizado en gran manera, y quiero contrituir á conseguirlo.

Suspiros del cuerpo, gemidos del alma son incienso que no cesa de subir al trono del Consolador supremo, cuando la paciencia los purifica; conviértense en cenizas y ahogan el sagrado fuego de la fe y calcinan el alma, cuando no los santifica la resignación, virtud excelsa y necesidad imprescindible.

Pronunciaste "una palabra que es embajada de dulce paz, fuente de resignación y consuelo y esperanza.... Nombre de Dios!"

Simón de Cirene, prima, ayudó á Cristo á sobrellevar la cruz al Monte Calvario. Cristo, á su vez, auxilia á la humanidad y la ayuda en la dura peregrinación que, cargada con su cruz, emprende cuando nace y termina cuando muere. Pronuncia ese santo nombre, llámale á Dios y, aunque no le veas, le sentirás aligerando la ponderosa carga que t' hora te oprime, pobre Julia!

Eras desgraciada y me lo ocultabas.... Eras desgraciada en el matrimonio, y llamabas á tu marido "excelente sujeto".... Ah! prima, disculpo tu silencio y aplaudo tu prudencia, pero no quiero perdonarte porque, antes que á mí, confiases tus padecimientos al amigo de Cuenca. Bien se merece este joven inmejorable la confianza depositada, pero mi cariño se resiste á disculparte porque, como antaño, no haya sido yo ahora, si no el consejero, el compartidor de tus pesares.

El llanto de los que nos precedieron formaría suficientemente un diluvio que ahogara nuestras esperanzas, si no le hubiesen secado los rayos de la fe.

El hombre, donde quiera, es el judío errante condenado á no hallar el siempre apetecido siempre lejano descanso: desde los nebulosos deseos hasta el amor, del

amor á la ambición, de la ambición á la codicia, camina sin cesar y las vías que recorre muestran estampadas huellas de sangre que, en la interminable carrera, mana de las destrozadas plantas del fatigado peregrino.

Dolores reales, dolores imaginarios son la única vigorosa vegetación en este valle de lágrimas. Súfrelos, Julia, súfrelos con resignación.

Acuérdate que aun en los "mejores días de dulcísimas ilusiones", en los días "azules y blancos" como tus vestidos, la disparada fantasía y el corazón desasosegado formaban tormentas que, no por fantásticas, dejaban de ser crueles.

¿Te has olvidado acaso de esa época cuando pedías á tu padre que te entregase la manada para ir á pastarla en las dehesas? Te has olvidado, por ventura, del sueño perenne, angustioso á las veces, que te arrobaba de continuo?

Te conozco, y sospecho que aun hoy tus penas están agravadas por tu delicadeza exquisita. ¿Te acuerdas, Julia querida, del llanto que brotaba sin causa, de los suspiros humo de fuegos fatuos, de las indecisiones, de la vaguedad de los deseos, de la intranquilidad consiguiente que

rebullía en tu espíritu? Ay! Julia, si las almas de todos son huéspedes en ajeno hogar; las almas de algunos son nobles desterrados que viven suspirando por la patria del paraíso.

Eres virtuosa, tienes talento: no sueltes la paciencia, abrázate con la resignación.

El alma es cual ave del empíreo caída en el cenagoso río de la vida; que no se agite, prima, que no sacuda las alas queriendo levantar el vuelo, porque los inútiles esfuerzos, la vana agitación, las mortales ansias no le servirán sino para cansarla y, talvez, ahogarla; resignada, si no contenta con sobrenadar, deja que te arrastre la corriente hasta las playas suspiradas.

Aumentar los males, te dije en cierta ocasión, consentir en ser impelidos por vaporesos deseos, padecer este movimiento de vaivén ansioso que tiene anhelante el alma, enfermedades son de las cuales todos adolecemos. La brújula, cuando ha sido movida, da sinnúmero de oscilaciones para hallar el norte; la piedra arrojada al espacio no desansa hasta volver á la tierra que la atrae: el espíritu unido al cuerpo es la aguja de la brújula que se remueve en esta existencia que no es su norte; las incesantes espirituales aspiraciones son la piedra llamada por la

gravedad. Solo que el alma, al contrario de la materia, gravita hacia arriba.

Por otra parte, el movimiento, siquiera sea por sacudidas violentas ó dolorosas, es la vida: el océano sin flújo y reflujo se corrompería, cadáver inanimado: las borrascas le dan existencia. De mí sé decirte, que prefiero las oleadas borrascosas de la inteligencia á la inmovilidad de la estupidez: los necios son como las charcas que, pudriéndose, engendran solo renacuajos é insectos asquerosos.

La vida, la vida del alma está en la lucha con las pasiones, en el ascender continuado hacia el cielo, en experimentar el flujo y reflujo de las virtudes, aguas claras que al venir traen, como el Nílo, fecundidad y riquezas y, al alejarse, dejan putrefacción y enfermedades.

Los rayos, Julia, purifican la atmósfera y los vientos limpian el aire; necesita el corazón de relámpagos y de huracanes. Infeliz de quien no los hubiese padecido!

Si bien enemigo de aconsejar, el interés que tu felicidad me inspira, autorizame para darte algunos consejos. Sé dulce, prima, porque la dulzura consigue cuanto se propone; no hables sin necesidad indispensable de los domésticos sinsabores, y no te olvi-

des nunca de que las reconvencciones producen, casi siempre, el efecto contrario del cual nos proponemos. Poniendo en práctica estas máximas es imposible, desgraciada Julia, que Sinforoso no llegue á amarte.

Para evitar la fiebre del pensamiento, agota las fuerzas ocupándole en asuntos que lo merezcan.

El fastidio, el inquieto doloroso divagar de la imaginación, enfermedades que aquejan á los seres racionales, conducen al suicidio ó á otros crímenes. Dice alguien que, para curarse de la terrible enfermedad, los alemanes matan la ebullición de las ideas con el amargo líquido bullidor que les torna en animales. Ecos infelices, prima, sufocan la inteligencia que redime; arrojan á Moisés á un río que, por cierto, no ha de conservarle ileso.

Paciencia, Julia, paciencia; pídesela á Dios para tí y para tu primo,

Arturo.

1881.

JULIA.

Novela histórica y telegráfica dedicada á don Ramiro.

CAPÍTULO 1.º

Nació Julia bella y rica.

Ay! qué pronto crecen las hijas; creció, y á la par crecieron las enemigas de las niñas: la riqueza y la hermosura.

CAPÍTULO 2.º

Aprendió con la leche lujo y coquetería.

Dofia Amanda idolatraba en ella y don Fortunato la adoraba; estudió muchos libros y pccas privaciones; sustentóse con el aliento de las flores y la fragancia de las auras; mimosa, se dejó arrebatarse por locos deseos á fantásticas regiones; bebió novelas y soñó con palacios encantados y con amores extravagantes.

CAPÍTULO 3.º

La codicia le habló lenguaje de amor. Sinforoso, modelo de terneza, galantería y rendimiento, había estudiado la ciencia *bursátil* en los libros de Cupido.

CAPÍTULO 4.º

El papá y la mamá rechazan al requebrador, Julia insta, Sinforoso suplica.

CAPÍTULO 5.º

Julia salta por las reflexiones paternas y los ruegos maternos; vuéla del doméstico nido, y las engañosas palabras de un día le hacen olvidar los paternos puros besos de veinte años.

CAPÍTULO 6.º

Julia suspira. Nace Sinforosito.

CAPÍTULO 7.º

Piensa Julia en que no siempre los padres se equivocan.

CAPÍTULO 8º

Sinforoso lucra, come, bebe, juega, duerme, regafia. . . . La esposa suspira, gime, llora, vela, solloza.

CAPÍTULO 9.º

Los papás llevan al paterno hogar á Julia y á Sinforosito.

EPÍLOGO.

Todos, mi estimado Ramiro, previmos la desventura de Julia. El amor es sustancia volátil contenida en un pomo cuya tapa esmerilada es la virtud; cuando esta falta, todo lo del cielo se evapora. En el palacio del perverso podrá haber opulencia, pero no felicidad; podrá residir la vanidad satisfecha, pero no el amor contento.

Y usted oh! don Fortunato, que se empeñó locamente en adquirir riquezas, sepa, por experiencia dolorosa, que trabajó con afán para labrar la desgracia de sus hijas. Modesta medianía y sólida virtud habríales valido más, mucho más, que seda, oro y diamantes.

Arturo.

1881.

MÁS ACERCA DE PERIÓDICOS:

La palabra crió la luz.

Dios no la *hizo*: *habló* y la luz fué.

El aliento de Dios es luminoso: habla y, desde sus labios, se propaga la luz y se extiende en el espacio.

Crió al hombre y, para hacerle á su imagen y semejanza, le dió el dón de la palabra.

La palabra es el ser racional; la palabra es el hombre.

El que posee la facultad de hablar ó escribir para bien de sus semejantes, es más hombre que los demás, es predilecto de Dios.

La imprenta es el vocero de las naciones.

Los periódicos son la lengua del pueblo: pueblo varonil habla con voz resonante en periódicos viriles; pueblo afeminado enchiecha palabras de mujer en periódicos femeninos; pueblo de ferrocarriles que reso-

plan, de vapores que pitan, de máquinas que crujen, pueblo bullicioso, há menester mil bocas agitadas por mil poderosos pulmones. Pueblo sordo—mudo no necesita de diarios.

Antes de Guttemberg, las naciones vigorosas engendraban hombres portentosos en cuyas gargantas se producían las voces de sus pueblos; acudían las gentes, llenábanse las plazas, y Grecia hablaba por boca de Demóstenes y Roma por boca de Cicerón.

La austera Grecia tuvo á Demóstenes de lenguaje austero, Roma la sensual poseyó á Marco Tulio cuyas frases halagaban al oído como las termas al educado tacto y el vino de Cécuba al exigente paladar.

El estilo es el pueblo. El *Times*, esa hoja inmensa, que contiene tanto como un libro, y cuya lectura requiere la flemma inglesa, ese papel monstruoso cubierto de actas del Parlamento, de noticias extravagantes y de avisos mercantiles, el *Times* que durará hasta el fin de los tiempos, es la atronadora lengua de la flemática, libre, comercial y estable Albión.

Los periódicos de caricaturas nacieron en Francia. La mayor parte de publicaciones alemanas son científicas. Los diarios co-

redores, son los afortunados periódicos de los Estados Unidos de Norte-América.

En nuestros pueblos sin ventura, el periódico es el palafren de la tiranía ó el heraldo de las revoluciones; periodista que no adula á los gobernantes, muérese de hambre; hoja que no es potro ó tenazas ó parrillas de San Lorenzo, hoja que no descuartiza ni tenaces, ni quema las reputaciones, no tiene lectores.

Y no puede haber prueba más irrefragable de la corrupción de la sociedad. Los Huskies, alimentados con aceites rancios y carnes de focas corrompidas, abitos con sus pestíferos alimentos, exhalan del cuerpo entero olores nauseabundos; nuestras sociedades, tan fecundas en escándalos, andan oliscando á putrefacción, debida en gran manera, á las palabras infames con que, sin el menor escrúpulo, estamos todos los días nutriendo nuestras almas.

El periódico, para ser útil, necesita algunas restricciones, así como el vapor para mover la máquina necesita estar encerrado en la caldera.

Lengua de esclavo, lengua servil. Los soeces queman la dignidad, grano de incienso, en los carbones de la vileza para producir el humo de la adulación.

El periodismo, fuerza poderosísima, posee los atributos del vapor y de la electricidad.

Repartido por el globo, derrama en el mundo las simientes fecundas del bien y del mal.

Voz potentísima, se hace escuchar por los sordos, y sus signos admirables infunden la idea y labran el pensamiento.

Como toda fuerza, sirve para edificar y para derruir, para crear y para destruir: ariete y catapulta, polea y palanca, demuele ó construye; obrero de la civilización, obedece, alguna vez, á la barbarie.

Pero este poder formidable de los pueblos se ha convertido en mercancía y ha padecido los graves daños de que son susceptibles los objetos de especulación. Desde que se ha vuelto venal, el periódico ha sido adulterado; los periodistas poco escrupulosos venden materias insustanciales ó menjurjes venenosos en vez del alimento intelectual que cree comprar el suscriptor.

Sucede, en otras ocasiones, que el diarista tiene que adaptarse á los gustos estragados, de los lectores vulgares; acontece, con más frecuencia, que en vez de ser el genuino manifestador de los deseos, tendencias y necesidades de los pueblos, es la socapa al servicio de pasiones bastardas ó de maldades

disfrazadas. En tal caso, la palabra escrita, como la hablada, "sirve solo para engañar á los hombres".

El escritor necesita plena libertad: no han de encadenarle ni el deseo de lucro, ni el temor de las persecuciones. Como San Pedro, ha de hablar palabras de vida aun cuando le llamen con los brazos abiertos las prisiones Mamertinas y la cruz de los tiranos.

Los gobiernos deben concederle completa libertad en el orden: aconsejador imparcial, el periódico lleva á los gobernantes los sentimientos de las multitudes; alguna vez trueno, pero los relámpagos de salud rompen las densas nubes que los aduladores, vientos pestilenciales, y montonan al rededor de los magistrados.

Los periódicos de oposición sirven mejor á los gobiernos que la policía secreta, los Consejos de Estado y los consejos de las pasiones comprimidas.

Los enemigos son espejos donde, para corregirnos, debemos mirar nuestros vicios; los odios también, como las sierpes y los alacranes, desempeñan en el mundo destinos misteriosos.

AUN MÁS DE MI CARTERA.

Algunos hombres *públicos* adquieren el calificativo de la misma manera que las *mujeres públicas*: vendiendo el pudor y traficando con la vergüenza.

Los vanidosos, como Publio Valerio el Pöblicola, demuelen la tranquilidad, bien verdadero, para conseguir falso nombre y mentidas satisfacciones.

Las lágrimas del arrepentimiento aclaran la vista del alma.

La Providencia, que todo lo dispone de la

LOS INVENTOS.

Confieso que creería á piés juntillas á quien me dijese que se ha construido una máquina poseedora de los cinco sentidos del cuerpo y de las tres potencias del alma.

Nada puede parecerle imposible al hombre del siglo XIX: hemos visto efectuarse los más extraordinarios descubrimientos y realizarse las más increíbles invenciones.

El telegráfo conversa con los ausentes: es el *absentium mutuus sermo* de Cicerón.

El teléfono grita las palabras con laringe tan poderosa, que se hace escuchar á pesar de los mares y al través de las cordilleras.

El audifono, ser milagroso, hace oír al sordo.

El microscopio abre nuestros ojos para mundos desconocidos.

Los telescopios, como el espíritu tentador del Evangelio, ponen ante nuestra vista el universo entero para mover nuestra ambición.

Las bombas, como Moisés, hacen brotar agua de los sedientos eriazos.

Los Bancos tornan el papel en minas milagrosas de oro y plata inacabables.

La brújula es el hilo de Ariadna en el laberinto de los mares.

El pararrayos, mano de la ciencia, sujeta los furiosos de las nubes.

La taquigrafía recoge el pensamiento con la prontitud del pensamiento.

Los buques de vapor, los ferrocarriles, los globos aerostáticos, parece, se han propuesto convertir en realidad el vertiginoso movimiento de la imaginación.

La materia le sirve al hombre sin rezongar.

El hombre del siglo ha subido con paso seguro los peldaños del trono de la creación; la corona de rey no tambalea en sus sienes y empuña el cetro con orgullo justificado. El calor, la luz, la electricidad, el sonido, el movimiento en sus mil formas, están mirándole al rostro para obedecer á la menor insinuación de su fisonomía.

Pero el verdadero rey de la creación, el hombre del siglo XIX, á la par que se ha conquistado su reino, se ha empeñado en ser esclavo de sus esclavos.

Presenciad si no el trabajo de una máqui-

na: esta piensa por decirlo así; la obra que se le ha confiado saldrá perfecta de sus manos: prepara los materiales, elígelos, desecha los malos, trabaja sin descanso y entrega el artefacto con perfección que admira el artista más consumado.

En cambio, el hombre se ha vuelto máquina: en nada piensa; ahí está para trasladar algunos objetos ó para recibir el producto.

El obrero no há menester estudiar ciencias ni artes: las máquinas todo lo saben, y ejecutan cuanto, en siglos atrasados, sabían hacer los hombres. Las máquinas andan, impulsan, arrastran, hilan, cortan, cosen, lavan; imprimen, hablan, escriben.

El fin último, la cima donde se propone subir la física, es el anonadamiento del hombre: obtener mucho producto con pocos brazos, poseer muchos obreros de hierro y pocos instrumentos de carne animada.

Aquellos individuos que se casan para tener ayuda en el trabajo ó economía en los gastos caseros, deberían unirse, más bien con el invento de Howe ó con la "Doméstica perfeccionada", y conseguirían así simplificar el pavoroso problema de la elección de cónyuge.

Ah! Pero el hombre es tan ambicioso que tuviera máquina y querría también mujer.

Como dije al comenzar, no pongo en duda ninguno de los milagros que cada día anuncian las ciencias físicas y naturales. Leo los volúmenes de Julio Verne con el respeto que se merecen los proyectos en vía de ejecución.

Y, á propósito de proyectos, quiero yo también presentar uno á la consideración de los ingenieros: si la distancia más corta entre dos puntos es la línea recta ¿por qué continuamos construyendo caminos por la superficie de la tierra, esto es, por el arco, en vez de excavar túneles que recorran la cuerda del mismo arco? De esta manera anocheceríamos en París y amaneceríamos en Nueva York.

Reflexiónelo el obrero de lo increíble: Lesseps, y estará á dos dedos de efectuarse este mi proyecto presentado por quien sabe tanto como los mejores ingenieros, merced á la igualdad progresista.

Si nada he estudiado de *ingeniatura*, no soy el primero que habla de materia que no entienda. Díganlo los legisladores — máquinas que, por máquina, producen á centenares el mundo.

Pero volvamos á nuestro objeto.

El Dreyse el Krupp, los torpedos, el Armstrong, las ametralladoras, el Comblain,

las bombas, las minas de Dicheim, con voz sonora y elocuente, narran al mundo las glorias del siglo creador.

El pantelégrafo, el fonógrafo, el meteorógrafo, & son los testigos de abono que el siglo XIX prepara para abrumar á los siglos pasados y por venir.

El vapor y la electricidad tienden á plantear la república universal soñada por el filántropo.

Las distancias casi no existen: la América se conmueve junto con la Europa el mismo día de los acontecimientos.

Cuando los globos reemplacen al ferrocarril, diremos con propiedad "la familia humana".

Las mercaderías, los hombres, la civilización, el progreso, traídos por los globos, nos caerán como el maná, llovidos del cielo.

La gran virtud de nuestros antepasados, el amor patrio, será fósil que atestiguará la inercia de los pasados pueblos.

El hombre entonces tendrá por patria el globo y los globos.

1882.

AL SEÑOR DON TOMÉ BUITRÓN.

Albricias! Albricias! Estoy de plácemes, señor don Tomé. Es usted el hombre más parecido que se puede ver á este su servidor y amigo Sinforoso. Sí, señor: amigo.

Con la mano sobre el vientre le juro hoy amistad eterna. Gusto semejante, tacto análogo, olfato igual: igualdad, analogía, semejanza, hé aquí la materia de la amistad. Materia sí, no esencia, cosa que se evapora y desaparece.

Ah! señor Buitrón, he paladeado su carta. Qué sustanciosa! me sabe á rebanada de jamón de oso y á vaso lleno del dorado de Tokay. Al leerla, las mandíbulas se batián espontáneamente, la lengua chasqueaba y el esófago deglutía; no la he leído, la he devorado.

Existe el *telegástrofo*, amigo mío? lo han inventado ya en Nueva York ó en Washing-

mentar, merced á los animalicos que contiene.

La brújula, nos conduce, sin equivocarse, á los trigos de Chile, á las aceitunas de España, á las uvas de Italia, á las patatas de Inglaterra y á los cerdos de Jos Estados Unidos.

Los pararayos defienden los almacenes de comestibles. ¿Y le merecen desvío los pararayos?

Los Bancos, ah! los Bancos y tesorerías son el cielo de donde lueve maná superfino sobre nosotros, pueblo predilecto. ¿Y no sirven los Bancos y las tesorerías?

Los buques, los ferrocarriles. . . . Penetre usted en las calas y en los depósitos y en los carros de mercaderías y allí encontrará, en desórden ordenado, champagne y cognac, Jerez y Burdeaux, Rhin y Málaga, anisete y ron, cidra y cerveza; ahí, en ese cuerno de Aqueloo, usted hallará salmones y langostas, camarones y anchoas, ostiones y tortugas; allí, en ese paraíso terrenal, su vista se hartará de quesos y manteca, higados de ganso y perniles, salchichones y galletas; en fin, de todo cuanto puede soñar el hombre más ambicioso. ¿Y no son de provecho buques y vapores, carretas y ferrocarriles?

Devuelta la honra á algunos de los inven-

tos, vamos adelante.

No se canse usted, señor Buitrón, en manifestar los errores que cometieron los terroristas.

Baste decir que fueron terroristas con su vientre y no se diga más; por eso ahora se andan con las paredes del abdomen pegadas al espinazo.

Tuvieron el erario, poseyéronle arrendado á diente y ni siquiera una tarascada le dieron, y no les tomaron gusto á los empleos y, antes bien, de ellos salieron con los dientes alargados, y no insistamos acerca del asunto.

Comamos y bebamos, don Tomé, seamos buenos amigos y gocemos del día de hoy sin afligirnos por el de mañana. Vivir para beber, tal parece su máxima y precisamente tal es la mía.

Si en vez de bendición sacerdotal, uniesen á los casados lazos de chorizos, los matrimonios, se lo aseguro, serían indisolubles, porque entonces, amigo mío, daríamos mordiscos á la sogá en lugar de dárnoslos nosotros.

No quiero hablar más del matrimonio, porque el haberme casado es uno de los pocos males que me han sobrevenido; caseme con mujer *espiritual*, y dicho se está todo.

El grillete sacramental nos unció dos años largos; felizmente mi suegro me hizo el favor de llevar á su casa á Julia la melindrosa y á Sinforosito el fastidioso.

¿ Pero para qué hablarle de cosas que no le importan ?

Larga está mi carta, para de cumplimiento. Le he hecho algunas observacioncitas en pro de los inventos, le suplico conteste á mis preguntas y ocupe á su admirador,

Sinforoso Bueytrago.

1882.

DÉJESE USTED DE POLÍTICAS.

Hé aquí, lector, materia para un artículo, acaso de utilidad en un país donde hay quienes juzgan no sólo inútiles sino nocivas las fórmulas civiles.

Esos usos sociales, esos respetos mutuos, esas reticencias urbanas, esa delicadeza de trato que establece entre los hombres una preciosa armonía, como justamente decía Larra; esas consideraciones indispensables en el comercio humano, ese *do ut des* necesarísimo para que la vida no sea los amurcos que se dan los toros que se estorban, las coces y tarascadas de los caballos que se disputan un manajo de hierba ó los picotazos de las aves que pelean por un grano; esos usos, esos respetos, esas reticencias, esa delicadeza, esas mutuas consideraciones, son una tontería para infinidad de gentes cuyo código de urbanidad, muy manual de segu-

ro, está contenido por completo en estas remisorias palabras: *déjese usted de políticas.*

Política, por una contradicción no muy rara de la lengua, llámase al propio tiempo el *arte de gobernar y la cortesía y buen modo de portarse.* Por una contradicción, digimos, supuesto que no puede haber, al menos en ciertos lugares, cosas más opuestas que arte de gobernar y cortesía, que gobierno y buen modo de portarse.

Digan cuanto quieran los defensores de la grosería, que ellos apellidan franqueza, la sociedad es insoportable cuando los hombres, olvidados de quienes les rodean, siguen los consejos brutales de un egoísmo sin límites; digan cuanto quieran los apolo-gistas de aquella naturalidad selvática, las gentes estamos obligadas á atenciones, sin las cuales, la vida eremítica ó montaraz tendríá, sin duda, más atractivos que la incesante lucha producida por el continuo altercado de intereses opuestos, grandes ó pequeños.

El hombre culto, el que ha recibido puli-mento, encuéntrase en reunión de *francos*, de la misma manera como una luna de cristal entre fragmentos de vidrio que la raspan y la rayan. Ni podemos explicarnos cómo esos individuos se buscan y, á las ve-

ees, viven juntos, sino recordando la amistad de los gallipavos, y los hoyos donde, estrechándose y punzándose, viven *en sociedad* los erizos.

Los perros y los lobos y los cerdos tienen colmillos, los tigres y las hienas y las pante-
ras tienen garras, los carneros y los búfalos
y los toros tienen cuernos; el hombre, este
animal al parecer inofensivo, tiene la *fran-
queza*, cuando no la hipocresía.

El hombre educado, da y no recibe ó, lo
que es peor, da cultura en cambio de rusti-
cidad.

Vase usted á comer: en vez de guardar
en sí su plato, pásalo al vecino, quien se lo
engulle sin más ni más, por aquello de *déje-
se usted de políticas*.

Si va á paseo, don Torcuato se apo-
dera del lugar de preferencia bajo el alero,
porque está convencido de que le pertenece
en propiedad, y como es tan *franco*....
Al regresar á casa ó al salir de ella, le
cede usted la puerta y él la toma sin esfuer-
zos, no sin repetir: *déjese usted de políticas*.

En el salón, el *franco* escoge el me-
jor asiento, conserva encasquetado el som-
brero, deshilacha la alfombra con el cas-
quillo del bastón ó, si llovió, la moja con
las escurridoras del paraguas y la embarra

con el lodo de las botas, saca la pétaca y enciende un cigarro, porque *es bueno dejarse de políticas*, y fuma y envuelve á las señoras y las aboga en negro fétido humo, y escupe y forma charcas inmundas, donde naufragaría la paciencia del santo Job, y arroja las cenizas y el cabo, y lo pisa, y da bascas al mundo entero; todo porque el *franco* tiene el derecho inextinguible de ser un malcriado.

Don Torcuato se suena con estrépito, se pone á borecadas en las silletas, monta una pierna sobre otra, tose al rostro de las personas, les impone las manos sobre los hombros, descompóneles el lazo de las corbatas, escribe con las uñas ó con lápiz en la pechera de la camisa de sus interlocutores, desabotónales la levita y el chaleco, y les desnudaría si les encontrase con catalepsia ó con sueño de magnetismo animal.

Don Torcuato es el hombre más comunicativo que se ha visto: todo lo reparte: cuando fuma hace tragar el humo; de la respiración, de las palabras salivosas participa siempre el muy infeliz á quien atrapa.

Don Torcuato le manda cual si usted fuese su criado.

Don Torcuato, cuando se digna saludar, no se quita el sombrero: da palmadicas ó bastonazos, según que el cariño sea mayor,

ó se contenta con hacer del ojo.

Don Torcuato habla con encomio de los ingleses y con menosprecio de los franceses; sin embargo, no se abstiene de nombrar los calzoncillos; antes bien, llama al pan pan y al vino vino, pues desprecia por ociosos los rodeos y metáforas. Narra escándalos, delante de niñas, con pormenores que enrojecerían las mejillas de un sargento.

No gasta títulos ni antenombres: don Antonio y la señora doña Rosa, para él, son Pérez y Rosa, á secas.

Don Torcuato exige que le visiten y no va á casa de sus víctimas sino para hacerles una *torcuatada*; don Torcuato se perece por los libros, monedas y baratijas de los amigos y se apropia de ellos á título de empréstito forzoso.

Detiene en la calle á los mozos que llevan regalos, y toma una parte comprándolos con un recadito con que comunica al perjudicado que el *franco* es dueño de lo ajeno.

El *franco* está autorizado para quejarse de la comida á que fué invitado, y á matar de hambre á las personas á quienes él convidó á comer.

El *franco* califica de mal educados á los que no le tratan con atenciones, y está dispensado de toda finura en los modales para

con los demás.

El *franco* es una bestia feroz, de la cual huiríamos á cien leguas bajo tierra, si tuviésemos el salvador instinto que le advierte á la oveja que teme al lobo, y á la paloma que se esconda del gavilán.

El *franco* es, después del politicón (de quien hablaremos en otro artículo), el inhumano más antisocial, el antropófago más cruel que se conoce.

Y nosotros, qué somos?

Nosotros los escritores de costumbres, somos también *francos* insoportables; pero fastigadores de vicios y ridiculeces, no de ridículos y viciosos. Y, pues,

“A todos y á ninguno
Mis advertencias tocan:
Quien las siente, se culpa;
El que no, que las oiga”.

Sí que las oiga, al menos, ya que no ha de enmendarse nadie, ni nuestro artículo ha de aprovecharle á nadie.

Y, entonces, ¿por qué escribimos? ¿Qué obtenemos, qué los escritores de esta tierra donde los asnos dan del palo, pero no del pau?—Escribimos, buen lector, si me entiendes la frase, para adquirir *mérito de congruo*, ya que más no podemos esperar noso-

tros pecadores literarios, grandes y empedernidos.

Y escribimos, además (perdónanos esta primera obligada vanidadeilla), porque no somos tan de todo en todo humildes, que no nos guste vernos dedicada alguna alabancilla, acaso inmerecida, y reproducidos nuestros pobres artículos en publicaciones, si bien de cuenta, en extremo indulgentes.

1882.

CARTA CURIOSA.

Carta curiosa nos ha parecido la que vamos á publicar.

Posee el mérito de la franqueza, y, á nuestro juicio, encierra consoladoras enseñanzas. Acaso el autor ha descendido á menudencias; pero debemos perdonárselas atenta la soltura permitida á la *carta: conversacion muda entre ausentes*. Por lo mismo, merece perdón la excesiva franqueza.—Lo que sí no se puede remitir,—lo conozco,—es la infidencia que yo cometo al publicarla. Posee algún mérito, lo he dicho, y ésta es mi excusa: el estudiante pobre es cual le conocí no hace mucho, diez ó doce años há; hoy en día no existen chiquillos pobres ó, al menos, no lo parecen.—Birva, pues, esta carta sin cuando no sea sino para conservar la memoria de los embriones de tantos

hombres útiles como la patria ha producido.—Héla aquí:

Querido amigo,

Hay una reflexión que me persigue á todas horas; comenzaré por élla: ¿qué es mejor, tener ó no tener?

Como te acordarás, Arturo, fui pobre cuando estudiante. Huérfano, una tía necesitada también, aunque no tanto como yo, me proporcionaba los casi astrosos vestidos que mal me cubrían y el escaso alimento que nunca consiguió saciar mi estudiantil apetencia. Libros, jamás poseí muchos: excepto para un *Nebrija* grasiento, no tuve necesidad de comprar estantes; tú y los otros compañeros me prestaban el *Arte explicado*, las *Oraciones*, los *Autores selectos* y más volúmenes que debían penetrar en nuestras cabezas y en éllas residir, pero que, con harta frecuencia, erraban la dirección y vivían en todas partes, hasta en tenduchos, sirviendo de prendas, menos en el ya dicho lugar de residencia.

No me quiero olvidar del tabaco. El tabaco me lo suministraban ustedes y, muchas ocasiones, hube de contentarme con el sabido *chupón*, cuando el pródigo fumador, sacando de sus labios el cigarrillo, nos le apli-

caba á los nuestros alargados, con propia mano, y no por más tiempo que el gastado para dar la paz en las misas de ceremonia. Otras veces, si tanto tabaco fumó, ni saboreé más humo sinó el que de la inflada boca de los compañeros pasaba á la mía.

Las empanadas. Ah! las empanadas; con un cuartillo había una y un mazo de cigarrillos.

Las empanadas las comíamos más por las narices que por las fauces: cuando alguien las tenía en el bolsillo, la clase entera, incluso el maestro, participaba del espeso olor de cebollas y especias que las escandalosas exhalaban. Y allí era el extender la mano en actitud suplicante y el hacer del ojo al posesor del tesoro apetitoso, y allí era el casi declinar la palabra *empanada* cuando de sorpresa el catedrático preguntaba uno de los pretéritos de *amare*, *amas*, *amare*.

Ah! las empanadas.... Hundíase los dedos en el dorado hinchado vientre, y, al partirlas, el gordo jugo corría por las palmas y el cocido queso, en centuplicados hilos, robaba nuestros ojos y nos hacía tragar ríos de saliva.

Me detengo, mi buen Arturo, en estos pormenores porque, estoy cierto, han de causarte la misma complacencia que estoy

sintiendo á acordarme de esa vida, si alguna vez azarosa, preñada de contentos.

En cuanto á ilusiones, Arturo, ¡cuántas ilusiones! Primero diminutas, fueron creciendo con los años escolares y con la distancia que separaba los botines del ruedo del calzón. Lo que quiere decir que si la cáscara permanecía estacionaria, el cuerpo se extendía y el alma se dilataba.

Pasaron los años, *et nos cum illis*: de gramática á retórica, de retórica á filosofía, de filosofía á facultad mayor; hombre distinto en cada una de estas épocas, no me asemejaba á mí mismo sino en la ropa: mi buena tía había sobrepuesto al pantalón diez pretinas de modo que, como las canillas se alargasen en desacuerdo con las piernas de los calzones, quedando la horcajadura á una cuarta del arranque de ellas, servíame el pantalón más bien de grillos que de vestido:

Señor, aquí de rodillas

Te pido con devoción,

Que me acortes las canillas

O me alargues el calzón.

El chaleco cubríame apenas hasta las teticas y el talle de la levita se detenía al nivel de los sobacos; las mangas sí llegaban hasta seis dedos cerca de las muñecas, merced á las coderas de paño desigual que mi

Una las cosió. Las faldas de la camisa,—perdóneme tantos detalles,—como hijas de padres separados, aprovechaban, para ventanear, del divorcio en que vivían chaleco y pantalón.

Tal fui, querido Arturo, y acaso, merced á la minuciosa descripción, te parecerá que me estás viendo. Tal fui; pero los etereos zapatos, los mermados calzones, el menguado chaleco y la tacafía levita no me impedían criar un mundo de esperanzas en el alma y un universo de ilusiones en la cabeza.

No fui el Benjamín de esos padres burdos que se llamaban maestros de escuela; pero quiero olvidar estas tristezas.—Continemos.

Cuando estudiante de leyes, no sé si los años ó la ciencia del bien y del mal que iba adquiriendo, me hicieron notar lo exiguo de mi repertorio y, como los padres del paraíso, me avergoncé. Entonces, Arturo, entonces comenzó una época de amarguras indecibles; comparábame con ustedes á quienes vestía un sastre, ser superior; comparaba mi *rudimentario* vestido con el de ustedes que había crecido á proporción del cuerpo; padecía las crueles burlas con que, de seguro sin comprenderlo, estregaban la úlcera que corroía mi corazón. Empecé á ruborizarme al ver á las mujeres, y este dól-

ce rubor de la edad tornábase en agrio enrojecimiento de vergüenza cuando notaba su desprecio.

Padecí hambre, pero no ambicioné dinero para hartarme, ¡cosa rara! Queríalo para los otros, no para mí; quiero decir que lo deseaba para abrumar á quienes me abrumaban, para abofetearles con bolsas de oro, para arrojarles puñados de pesos al rostro y lastimarles y enterrarles en ellos, si posible hubiera sido.

Para que el tormento fuera atroz, Tántalo debió ser viejo: los ancianos, por lo regular, son comilones. Para castigar á un tarbiponiente, hubiera sido menester que, en vez de manjares, los dioses le hubiesen puesto á la vista, ropas y carruajes, botas de charol y palacios, barbas y relojes.

Prefiero tragarme los mil sinsabores de esa época sin ventura. Me callaré, asimismo, los arbitrios que me proporcionaron trajes justos si no buenos.

Murió mi santa tía; legóme sus *ascéticos* muebles y unos pesos cuyo interés nos habia alimentado homeopáticamente á ella y á mí; no sé de donde asomó un caballero te pariente del dinero de mi tía, á disputarme la mezquina herencia; pleiteamos, gané el legado, es decir, una deuda adquirida para

defenderlo. He estado en los ingenios de azúcar, y he comparado á los litigantes con las cañas que, cogidas por abogados y escribanos, esto es, entre dos cilindros, no se libertan sino después de haber perdido la última gota de jugo.

Para ser franco, debo confesar que entonces comencé á aborrecer la abogacía.

Sin embargo, graduéme y defendí algunos pleitos; pero pronto me convencí de que no era apto para abogado. Combatía contra mis adversarios con armas desiguales: yo tenía los ojos puestos en la justicia y empuñaba las leyes, aquellos no miraban sino al lucro y abrazaban el fraude y la impostura.

Busquéme ocupación y no la hallé, ped prestado y no obtuve un cuartillo; habríame muerto de hambre si no hubiese conocido á Juana y casádome con ella. No es hermosa ni tan joven y por esto seguramente, —admira mi sinceridad,—se decidió á dar su mano á un menesteroso; no es hermosa ni joven, dije, pero está llena de cualidades que han conquistado mi cariño y respeto.

No te hablaré de la luna de miel que, para mí, fué de algo mejor que esa dulzaza empalagosa, pues fué luna llena de casimires y paños exquisitos, de caballos y relojes,

de alimentos suculentos y vinos generosos y, sobre todo, de libros excelentes.

Si, querido amigo, mi situación ha cambiado por completo.

A fuerza de bondad, lo repito, Juana se ha hecho amar; tengo dos hijos que han consagrado y robustecido los lazos que á ella me unen. Juana poseía un capital que se ha cuadruplicado con la muerte de una parienta. Gozo de la vida del campo, que tanto apetecí; leo y continúo en mi placer de borrar versos.

Por lo dicho, soy feliz; ¿no lo crees así, mi Arturo?

Vas á darme el parabién? Agúardate un momento.

Y aquí vuelve á asaltarme mi duda: ¿qué es mejor, tener ó no tener?

Llévate la mano al corazón, consúltale al alma ávida de felicidad, mira á tu rededor, busca prolijamente la tranquilidad, ya que no la dicha, de los ricos, y sabrás á que atenerle.

Qué es mejor: tener ó no tener?

Nada me falta, pero no soy feliz.

Y, talvez, talvez, Arturo, tenerlo todo es poseer la desgracia.

Te he abierto de par en par, por decirlo así, mi pecho y voy á mostrarte hasta los

más retirados escondites de mi corazón.

El dinero me ha dañado: me he vuelto egoísta y, acaso, alguna cosa peor.

Dios, que escarmenta la conciencia con los ojos, sabe que mejor, mucho mejor, fué el estudiante á *la rústica* que el hombre ricamente empastado.

Mis hijos, pedazos de mi alma. . . . Yo el huérfano, yo el sin familia, qué contento saboreé cuando me nacieron mis hijos! Pues mis hijos, Arturo, son mi continuo tormento: el cielo está encapotado y negras nubes amenazan tempestad. El pensar en el porvenir de los hijos, las lóbregas previsiones del cañño, son cruel compensación de las delicias de la paternidad. Les amo tanto y, con todo, quisiera que se muriesen. Ay! Arturo, pero pensar que se pudieran morir. . . .

Hablemos de otra cosa, amigo mío.

Los bienes de fortuna me pesan también: los capitales dados á intereses me producen réditos de disgustos; los fundos me dan molestias sin cuento; los labriegos bellaquísimos, los vecinos siempre dañadores del vecino, son resarcimiento con creces del placer de contemplar flores y de respirar aires perfumados.

No há mucho he tenido que sostener otro

pleito. La atmósfera mefítica de las escribanías me ha enfermado. Impelido por un bribón, me agarró el rodaje infernal de esa maquinaria del diablo que comienza en el Alcalde y termina en la Corte Suprema; magullado y desgarrado me admiro de estar vivo, es decir, de conservar los miles de duana, si bien mermados por los apretones judiciales.

Larga va mi carta y me temo cansar tu paciencia; piensa, medita, reflexiona detenidamente y resuelve, si puedes, este infructuoso problema:

¿Qué es mejor, tener ó no tener?

Tu condiscipulo y sincero amigo,

Alvaro.

Para que Alvaro no culpe á Arturo por la publicación de la carta, creo necesario firmar yo, el indiscreto que me apropié de ella, no diré cómo, y que la entrego á los lectores por encontrarla, como dije al comenzar, algunas consoladoras enseñanzas. Aunque sin maldad, el corazón gusta de las ajenas desventuras, y las desgracias de los otros hacen llevar las propias.

1882.

LAS CONTRADICCIONES.

Vamos, está visto: el hombre es un saco repleto de contradicciones.

Y no se crea que queremos hablar, para probar nuestro aserto, de esas frases más ó menos contradictorias, paradójicas ó contrarias en realidad que han hecho fortuna, merced á las ideas opuestas que en la apariencia encierran.

Tales como el célebre antiguo epigrama:
qui foetet foedet.

Como esta proposición del Derecho Internacional: hacer la guerra para conseguir la paz.

Como los siguientes pensamientos que han dado celebridad á sus autores:

Mujer! Hermosa imperfección de la naturaleza;

Nunca la mujer es tan fuerte como cuan-

do se arma de su propia debilidad ;

No hay mentecatos tan incómodos como los que tienen talento ;

El arte más exquisito consiste en encubrir el arte, *artis est celare artem*.

Y muchísimos otros que citaríamos si no temiésemos cansar al lector, y si citarlos no fuese desviarnos del camino que llevamos.

Tampoco queremos hablar de los caprichos del gusto "acerca del cual nada hay escrito". Ni tampoco de las demás extravagancias dal corazón, pozo profundo de insondables misterios.

No hay duda, lo repetimos, el hombre es un saco repleto de contradicciones.

Vedle si no al rico ahogándose en su opulencia, así como se ahoga el pez en el oxígeno del aire.

Contempladle, si no me creéis, á aquel individuo helado por la melancolía bajo la abrigadora capa de la fortuna que le cobija.

Miradle al poderoso sin poder para con los embates de la ambición que le pierde.

No me juzguéis paradojo si os aseguro que las dignidades se adquieren por medio de indignidades.

Pues sí: de la misma manera que en los Vosges los hombres toman arsénico por robustecerse y adquirir fuerzas para ascender

á las grandes alturas, asimismo ciertos personajes se nutren con el arsénico de la ruina para poder remontarse á las cimas sociales más encumbradas.

¿Habrá álguien más infeliz que algunos felices?

Jacinto fué uno de éstos: noble, bello, opulento. Las brillantes cualidades, viento vigoroso y benéfico, le empujaban hacia la dicha; amistad, amor, deleites le aguardaban en el puerto con los brazos abiertos, y Jacinto llegó, y amistad, amor, deleites tanto hicieron por la dicha de Jacinto, que el dichoso Jacinto se suicidó.

Lo que significa que así como la felicidad huye de los hombres que la persiguen, así los hombres huyen de la felicidad que les acosa.

¿Por qué se suicidan los bienaventurados habitantes de la capital del mundo y capital de la ventura?

Respóndanos la ciencia, voy á apoyarme en autoridades. Un escritor científico lo asegura: el libertinaje es la causa de los suicidios en Francia, y la crápula en Inglaterra.

Y nadie se atreverá á poner en duda que el libertinaje es la felicidad del libertino, y la borrachera la felicidad del borracho.

El Sena es el lecho donde descansan de

su ventura muchos venturosos de París.

El hombre es un saco de contradicciones y contrariedades.

Todas las solteras darían un ojo de la cara por casarse, y casi todas las casadas darían ambos ojos en cambio de descasarse.

Por despreocupados que seáis, confesadlo, estáis orgullosos de descender de un duque ó de un marqués, y allá, en lugar preferente, veo guardados en preciosa caja esos pergaminos que arrancaron sonrisa de complacencia á vuestros padres y que hoy mismo, cuando los releéis en secreto, dibujan en vuestro rostro aquellas líneas que revelan interior congratulación. ¿Por qué, pues, habláis con menoscupio de lo que acaso es el único título autorizador del magisterio con que despreciáis los títulos ajenos?

—Ah! Sí, es verdad: desciendo en línea recta de varones esclarecidos y mi ilustre nombre viene hasta mí trazando en pos una estela de gloria luminosa, pero eso no quita que un orangután fuese el progenitor de mi estirpe tan preclara.

—Diablo! ¿Para qué sirve el dinero sino para viajar? La vida es el movimiento: en el siglo de los ferrocarriles y de los vapores, moverse, agitarse, ir, venir, revolverse, fatigarse es una necesidad imperiosa: el globo

nos ha comunicado algo de la fuerza centrífuga que le tiene girando sin cesar.

En viaje! Y dicho y hecho: dejamos las comodidades de la casa estable, y abandonamos á los carifiosos padres, la tierna esposa y los acariciadores hijos, y nos echamos á rodar en una máquina rodante y á padecer todas las incomodidades de un viaje y á suspirar por todos los bienes de que, *por gozar*, nos alejamos.

Qué contradicciones! Dícese que, para la felicidad matrimonial, se requiere que los consortes posean las mismas cualidades y defectos, los propios gustos y caracteres; con venia de los que tal sostienen, opino lo contrario: él debe ser valeroso cuando élla tímida, él blando cuando élla fuerte, élla prudente cuando él temerario; la prodigalidad del uno ha de ser contrapesada con la economía de la otra, las violencias del uno han de embotarse en la suavidad de la otra; en una palabra, en la complicada máquina los dientes han de encajar en las muescas para que se ejecute el movimiento ordenado que debe durar toda la existencia. Dígase ¿cuál será el paradero de las sociedades conyugales en las cuales ambos se encolerizan ó ambos dilapidan?

Tengo para mí que es más fácil la amistad

entre el perro y el cordero que entre dos corderos.

Según los electrólogos, electricidades opuestas se atraen.

Qué contrariedades! Narciso acaba de cumplir veinte años y está respirando aún en perfumada atmósfera de ilusiones y esperanzas: en la opulenta casa está almacenado el lujo y, cuando sale de ella, le acompañan con amor los ojos de todas las jóvenes vecinas. Narciso, además, único heredero de los cuantiosos bienes de la familia, es la adoración del padre y el ídolo de la madre.

No así don Ciriaco: las privaciones y las tristezas están apiñadas en su desván entenebrecido; los dolores le poseen como cosa suya y es un estorbo para la sociedad y carga pesada para la familia.

La patria está en peligro! Narciso corre y entrega descubierto á las balas enemigas el sano corazón, nidada de placeres desconocidos y disputa eterna de las bellezas de la vecindad. Y don Ciriaco ¿por qué se esconde? ¿Por qué no da un grito salvador y se pone á la cabeza de aquellos jóvenes que claman por alguien que les dirija? Por qué no trueca cuatro días de vida de cadáver por una gloriosa muerte inmortal!

La sociedad, se asegura, es el estado na-

tural del hombre; lo que equivale á decir que los hombres no son egoistas, que se quieren unos á otros y se necesitan unos á otros, en una palabra, que el bien de la sociedad sólo se halla en la sociedad.

Mas ¿cuál es el lazo que mantiene unidas las agregaciones de individuos? Esta pega, por decirlo así, este lazo, no es otro sino el interés individual, ó sea el egoismo enemigo de la sociedad, á saber, el provecho que le resulta al médico de que enfermen sus semejantes, la utilidad que le reportan al abogado los pleitos y crímenes de sus clientes, la ganancia que obtiene el comerciante de la necesidad del comprador, el lucro que consigue el usurero del sudor del huérfano, de las lágrimas de la viuda, de las ansias del menesteroso.

Ha menester de la sociedad y encuentra, por consiguiente, muy bueno el estado social el ambicioso que se encarama sobre los hombres y los supedita, el militar que asciende impelido por el vapor de la sangre de las batallas, el sinnúmero de criminales grandes ó pequeños, que necesitan de la sociedad para la explotación ó para la propia seguridad.

Contrariedades! Quienes hacen gala de patriotismo son acaso los que menos motivo

tienen para amar á la patria, pues carecen de hogar, de propiedad y quizá de familia.

¿Quién no teme á la muerte? ¿Y quién no *mata* el tiempo? ¿Y quién no se aburre soberanamente con la largura excesiva de los días? No parecemos sino viajeros que en la estación esperamos bostezando la llegada del tren en el cual hemos de meternos para ir á un lugar mejor y, con todo, ¿quién es el que desea de corazón la llegada del tren misterioso que ha de sacarle de esta vida fastidiosa?

A los guerreros, esto es, á los grandes asesinos en masa de la humanidad, se les da vida imperecedera erigiéndoseles estatuas, y la historia trasmite á lo futuro incensados esos nombres que parece exhalan vaho de sangre humeante.

Los niños se torturan por parecer viejos y los viejos se apesadumbran por aparecer niños.

Las leyes son trabas que aseguran la libertad de los pueblos.

Libertad! La libertad es, muchas veces, un puñado de luz que los tiranos arrojan á los ojos para cegar á los hombrés.

Nada nos engrandece tanto como lo que nos abate: Por contrariedad de nuestra naturaleza, el hombre soberbio encuentra

bello lo que le humilla.—El bramador Cotopaxi que incendia el cielo, el helado Chimborazo que toca la tierra porque al parecer no cabe en el espacio, la inmensidad abrumadora del desierto, la vertiginosa extensión del Océano nos gustan porque nos empuqueñecen; mas no: el Océano, el desierto, el Chimborazo, el Cotopaxi son menos grandes que el alma, más pequeños que el pensamiento, y en esta comparación que le favorece encuentra belleza egoísta el hombre vanidoso.

La delicia por excelencia, el amor, este cielo es, á menudo, un infierno en que hace un ánjel las veces de demonio.

Lulio, perito en la materia, no supo definirle sino por medio de una paradoja: el amor, dice, es dulce hervor de osadía y de temor.

Qué es la ciencia? La ciencia es la sonda del abismo de nuestra ignorancia: *unum scio nihil scio*. De aquí el atrevimiento de los ignorantes, pues el ignorante cree saberlo todo porque no sabe que nada sabe.

Y el valor? El valor es una contradicción, es el resultado de dos cosas opuestas, es el producto de dos fuerzas que se destruyen: tanto más valiente es un cobarde, cuanto más cobardía tiene que vencer.

La filosofía, según la práctica de muchísimos filósofos, no es el amor de la sabiduría, sino un refinado amor de sí propios.

Y lógica contradicción! Los filósofos achican á la humanidad para ellos estirarse:

Darwin, por presentarse grande, se trepó á un árbol;

La Rochefoucauld, Chamfort, Pascal escarbaron el corazón humano, como las cenizas del Herculano y de Pompeya, y sacaron á luz escombros, basas y pedestales deformes para levantar sobre ellos el monumento de su gloria;

Tales quería ser conocido cuando encargaba á los hombres que se conociesen. Y el *Γνωθὶ σεαυτὸν*, conócete á tí mismo, era la humilde expresión de una vanidad sin límites;

Sócrates bebió contento el veneno porque sabía que el tóxico le daba la vida de la fama en las futuras generaciones;

Diógenes, desde la altura del sumiso barril y ataviado con sus harapos, miraba con pesdón los tronos y fingaba con desprecio á una humanidad, según él, sin hombres. El misero tonel era pues el propio altar, donde en mística adoración idolatraba en sí mismo.

La malignidad, sentimiento innato que existe aun en las almas más puras, así como el aire más diáfano contiene gérmenes deletéreos, es, no hay duda á las veces, generador de goces contrabechos que experimentamos ó hacemos experimentar.

No hay persona bastante compasiva que lleve su compasión hasta reprimir la espontánea risa producida por la caída de otra persona.

No rara vez os habrá acontecido reiros sacudidos por los pesares; se puede comparar esta risa con la angustiada carcajada que en algunas personas causan las descargas eléctricas.

Debemos chistes y agudezas que no son sino bascas de un corazón.

Y se necesita gran cuidado en ocasiones para mantener ocultas penas que, al traslucirse, pueden servir de befa del mundo ó ser profanadas en el manoseo de la sociedad.

Agudezas y chistes son, con frecuencia, la sabrosa traducción de sentimientos amargos: son la carcajada del espíritu producida por el tormentoso cosquilleo de tristezas profundas.

Al leer los artículos de Larra me ha sucedido tragarme la sonrisa, porque me la fi-

guraba arrancada por los extraños visajes de un hombre agonizante.

Santiago de Chile, 1883.

LOS INOCENTES.

La vida es una contradicción continuada.

Tan continuada contradicción, que la misma consecuencia de los sucesos, la misma lógica de los actos humanos no son sino irregularidades ó anomalías necesarias para que el filósofo no pueda exclamar, res-tregándose las manos, satisfecho de sí pro-pio y orgulloso de la verdad de su tesis: "La vida es una contradicción continuada".

Los hombres se divierten de mil maneras.

Y, á mi modo de ver, muchas ocasiones se divierten tristemente. Comprendo en el ca-lificativo todas las acepciones que el diccio-nario y el corazón dan á la palabra matriz de este adverbio, al adjetivo *triste*.

Los romanos se divertían en el anfiteatro viendo dar cuchilladas y abrir heridas en los musculosos pechos de los desnudos gla-diadores, ó mirando correr la sangre huma-

na de entre los salivosos colmillos de las fieras, menos feroces que los hijos de la loba.

Los ingleses apuestan un caudal sobre la puñada que vacia una órbita ó el puñetazo que deshace una nariz.

Los españoles aplauden con frénesi al toro que más caballos destripa, ó al torero que con más destreza arranca al novillo la vida arrastrada por los borbollones de sangre rubicunda y espumosa.

La propensión bélica del soberbio gallo ha proporcionado salvajes entretenimientos, durante algunos siglos, á muchas generaciones.

Los aeronautas se divierten con angustia, y divierten angustiosamente á los demás, dando prueba de su fuerte arrojo al arrojarse, ligeros como una débil pluma, á merced de los vientos veleidosos.

Los *acróbatas*, los equitadores, los saltabancos distraen con los peligrosos trances que suspenden á las multitudes en un abismo de ansiedad.

Pero ¡qué mucho que los enumerados, pobres diablos, especulen con los extragados gastos del caprichoso corazón?

Los privilegiados de la suerte, los mimados de la fortuna explotan también esta fe-

cunda mina del propio corazón ó del corazón extraño.

Los guerreros adquieren gloria y honores al mismo tiempo que experimentan desazonado placer en los esperanzados temores de las campañas.

El enamorado suspira con delicia en sus tristes contentos ó en las amargas ilusiones de lóbrego romanticismo.

El escritor divierte á las veces con pensamientos escapados en acerba melancolía, negra tinta de un espíritu enojoso. Como un arroyo congelado, muestra nivea blancura en la superficie, mientras corre lodienta el agua del fondo.

El avaro satisface sus encogidos deseos, torturando necesidades, escondiendo monedas y enterrando placeres.

El crapuloso mata pesares con las bascas mortales de la beodez tormentosa.

El viajero encuentra reposo para el alma en las inquietudes del peregrinaje.

El sabio harta su apetito con la nada del desengaño.

Los quiteños nos divertimos también á nuestra manera.

La ciudad silenciosa, prorrumpo también en algazaras.

La nación de los muertos, tiene tam-

bién días de existencia.

El pueblo de las lágrimas, estalla también en carcajadas.

La población zarandada por los temblores, experimenta también sacudidas de placer.

La ciudad comprimida por los cerros, posee también expansiones.

La capital de la tristeza, tiene también sus alegrías.

No siempre su corazón, gastándose en la melancolía, se consume en el pecho como las mortecinas velas se queman á sí mismas entre las opacas lunas de los faroles macilentos.

La ciudad se ilumina, la ciudad vive por algunos días.

¿Pero cuándo?

La ciudad brilla por la noche, así como vive cuando el año se muere.

Danzamos, sin duda, al fin de cada año porque creemos que el año siguiente será mejor.

O nuestros bailes son danzas funerales: bailamos á las orillas de la fosa de la eternidad donde va á ser sepultado el año que termina.

Si al menos nos entregásemos á los turbulentos placeres en los días que preceden

y siguen á fechas memorables como el 10 de agosto, el 24 de mayo, ó el 9 de octubre, el extranjero creería que las locuras y las borracheras son el delirio y la embriaguez del patriotismo.

Pero no, señor: nuestro contento se despierta el día del degüello de Inocentes, como si hubiese menester el coro de mil lamentos para salir de su letargo profundo.

O como si todo el año estuviésemos, trás las puertas de nuestras casas, en acecho de la conmemoración de un suceso sangriento para entregarnos á las delicias de los bailes y de las mascaradas.

Pero ¡cosa rara!

Parece que, por habituados á la tristeza, nos avergonzáramos de gozar: nos tapamos las caras.

Penetramos á los salones del placer á hurto y disfrazados como los ladrones ó como los asesinos.

Y cierto; necesitamos no ser nosotros mismos para matarnos á nosotros mismos. Con el antifaz salimos, como los soldados de Herodes, á degollar la propia y la ajena inocencia.

Nos desfiguramos para creernos otros, esto es, para creernos felices.

Con la careta puesta nos acercamos al es-

pejo para preguntarnos á nosotros mismos:

¿Me conoces?

Y cuando mejor disfrazados estamos, cuando menos nos conocemos, más contentos quedamos.

¿Cuántos quisieran no conocerse durante todo el año!

¿Cuántos gastan toda la vida sin poderse conocer!

¿Cuántos se conocen, sólo cuando están enmascarados!

¿Y á cuantos conozco, sólo cuando sólo muestran las facciones de la careta!

¡Cosa no extraordinaria! Hay hombres que perennemente gastan rostros de cartón ó de alambre.

Observación filosófica en las mascaradas. Nadie quiere parecerse á sí propio.

Y disfrazarse de sí mismo sería el mejor modo de disfrazarse.

Los viejos se disfrazan de jóvenes, los jóvenes de viejos, las feas de bellas.

Y entre paréntesis: hay feas que con máscara se yerguen, porque son dueñas, por fin, de una cara bonita.

Los médicos se disfrazan de sabios, los pícaros de filántropos, los militares de matones, los abogados de hombres de bien. Todos, en resumen, se encuentran en su in-

terior tan ridículos, que se temen descubrir su ridiculez.

No hay, pues, quien tenga la graciosa extravagancia de llevar á fines de diciembre la careta que le cubre los once y medio meses del año.

Su embargo, no siempre los disfraces cubren el disfraz de los hombres.

Mientras los ojos no estén ocultos, mientras los movimientos no estén con máscara, mientras las pasiones no sean sujetadas con las cintas del antifaz, por los huecos de la careta se escaparán los rayos de la pupila del libertino, por los movimientos deduciremos al borracho, por los actos, por este misterioso hilo, daremos con las vueltas y revueltas del intrincado laberinto de todas las flaquezas humanas.

Como el hombre tiene natural inclinación á habituarse á las acciones repetidas, ó como hay personas que se avergonzarían de exponer la cara descubierta después de la mascaradas, hay quienes, después de inocentes y cuando dejaron de ser inocentes, continúan de inocentes, á saber, tapados con el antifaz de la hipocresía.

¡Cuántos padres, cuántos esposos siguen de inocentes concluidos los inocentes!

En inocentes no se necesita pudor; por

esto la máscara encubre el rostro.

El rubor es un enrojecimiento imprudente y entremetida, supuesto que para enrojecimientos bastan los producidos por los humos del vino y la sufocación de la careta.

El pudor es un huésped importuno que llega á una casa repleta.

Es un fraile intruso que quiere saltear en una bacanal.

Es un inocente que, de pura inocencia, se asoma á la fisonomía y descubre emociones; y en inocentes nada se debe descubrir: todo se debe encubrir.

Por eso el mejor inocente es el menos inocente.

O acaso nos encubrimos para descubrirnos, como las damas romanas se vestían desnudándose para ir á los bailes.

La palabra anónima, la palabra del máscara, brota con espontaneidad admirable, la risa es sonora y magnífica en los labios cubiertos por la impasible boca muda de la careta.

Los hombres se avergüenzan cuando se les conoce, como si tuviesen vergüenza de ser quienes son.

El rubor reivindica sus derechos; presentándose descaradamente en la cara dice: "Aquí estoy".

Los chistes se apagan; porque el pudor es un fuego que comete la simpleza de apagar otros fuegos.

Es un fuego extravagante que enfría ciertos ardores.

Las palabras quedan colgadas de los labios, como las cascadas de hielo del Monte Blanco; y los labios quedan también contraídos, por una como risa semejante á la que se observa en los que mueren ateridos,

“Te conozco,” en esas circunstancias son palabras mortales; tan terribles como fueran si con una luz milagrosa pudiésemos aclarar por un momento la conciencia de un hombre y leyendo sus tenebrosos misterios, le dijéramos: “Te conozco”.

Como se repite que en boca cerrada no entra mosca, el máscara habla cuanto puede, confiado en la boca cerrada de la careta.

Mas, como hemos dicho, el disfrazado se cubre para descubrirse. *In vino veritas*, la verdad en el disfraz.

Nada tiene más franquezas que el antifaz. El tuteo, por ejemplo, es una franqueza de que se vale para lanzar sus ideas desnudas; nadie se atrevería á decir, empleando el *usted*, frases que permite la natural confianza del *tú*.

Nunca el individuo es el mismo en su ho-

gar y en el ajeno. El disfraz produce verdadera *exterritorialidad*: el hombre encerrado en un dominó ejerce dominio, está entre sus cuatro paredes, es decir, puede en la casa del vecino emplear toda la confianza, toda la grosería que posee para el gasto privado.

El dominó es un *dómine dominante*.

Es inmune ante el tribunal de la educación.

Puede ser un pasquín vivo, porque le protege la falta de un nombre.

Con todo, no penetra en las casas por las ventanas ni por las rendijas de las puertas como los pasquines: los salones se abren para recibir al ente anónimo, los desconocidos son tratados como antiguos conocidos.

La cordialidad le agasaja á ese moharra-cho que no es lo que quiere parecer.

La franqueza le abraza á ese ser que no tiene la franqueza de franquear su fisonomía.

La corencia de precedentes, de rostro, de nombre son la carta de introducción en estos días de locura. Por esto, yo Alvaro de Crost, para ser recibido, para ser leído, me pongo mi antigua mascarilla y voy por esas calles de Dios, hecho un inocente, gangueando á diestro y á siniestro ¿ Me conoces ?

hombres se alegran tristemente; hoy, para borrar la mala impresión que produjo mi tesis de entonces, sostendré lo contrario: diré que los hombres se entristecen alegremente.

En efecto ¿qué es el juego de carnaval?

El juego de carnaval es, á mi juicio, un entretenimiento profundamente filosófico; tan serio como el acto de encenizar la cabeza de los mortales para recordarles que son polvo vivo y que, antes de mucho, han de convertirse en polvo muerto.

Sólo que el mundo hace con superficial alegría lo que la Iglesia con solemne gravedad.

Sólo que los mundanos hacen las vísperas lo que la Iglesia el día mismo.

Sólo que el libertino se adelanta á la Iglesia, así como el asesino mata á su víctima la víspera del día en que debía morir; así como los vicios maduran precozmente las pasiones de los niños; de la misma manera como la revolución trata de apresurar las naturales evoluciones de los pueblos.

Pero, por lo demás, el martes de carnaval como el miércoles de ceniza, nos embarramos unos á otros para recordarnos caritativamente que, en la vida social, todos tienen empeño en manchar á los demás.

El carnaval es, de este modo, una época

de franquezas. El juego de carnestolendas es una alegoría descarada de la hipócrita calumnia: se está triunfante quien más ha conseguido ensuciar.

Y ¡cosa filosófica! empleamos para embadurnar á los otros una materia inocente, así como el calumniador, para que la calumnia sea creída y se extienda y cunda y se multiplique, aprovecha, muchas veces, de actos inocentes que, torcidos ó de-figurados, sirven admirablemente á fines malévolos.

Así, pues, yo presuntuoso,—que pretendo ver el fondo de la cuestión,—no juzgo ridícula á esa niña deformada por el juego de carnaval, tiznada y afada con las claras y yemas que la envuelven; no encuentro ridícula, lo repito, á esa joven de cabello revuelto y asqueroso, de ropa desgarrada é inmunda. No es ridícula, nó: es la alegoría animada de nuestros tristes placeres y de las víctimas del placer.

Y tanto más, cuanto las locuras del carnaval son origen, muchas veces, de graves enfermedades. Héle, pues, á la humanidad enfangada en las pasiones, sucia y envilecida, caminando hácia el dolor físico, complemento ineludible de la moral degradación.

Así como en los días de carnestolendas

las infracciones de policía dejan de serlo; así como los guardianes del aseo público toleran que, á sus barbas, los vecinos arrojen sobre los transeuntes aguas sucias y otros menjerges repugnantes; asimismo, las infracciones de las leyes de policía moral, si pueden llamarse así, dejan de serlo; asimismo, los guardianes del aseo de alma de las hijas y de las esposas toleran que, á sus barbas, los desconocidos arrojen sobre la esposa y sobre la hija, aguas inmundas de grosería y menjerges de impudicia.

Como en carnaval la sociedad no es sociedad, ni la patanería patanería; así los hombres no son hombres, ni las mujeres mujeres, ni los manoseos manoseos, ni las caricias caricias.

Por lo demás, el juego de carnaval posee mérito intrínseco: es símil exacto de la política: el jugador de carnaval, como el político, se entretiene en tiznar y en que le tiznen; cambia de fisonomía con frecuencia, merced á su paleta bien provista de colores políticos.

Produce en los jugadores la embriaguez de la inmundicia, semejante á la embriaguez de odios y de envidias que la política incuba en el corazón de algunos hombres.

Deseguro, el inventer del juego, de car-

El carnaval conocía el significado de la palabra *carnestolendas*, *días de tomar carne*, cuando en efecto, con su juego consiguió que la carne se hartase de carne.

El carnaval es la concupiscencia del cuerpo, como la concupiscencia es el enfangamiento del espíritu.

Pero, como en carnaval está prohibido lo serio, punto en boca, punto final y buenas noches.

1884.

Un muerto que casi mata á un vivo (*)

(ANTIGUALLA QUE DEDIQUÉ AL SEÑOR DOCTOR
DON PABLO HERRERA).

Corría el año de 1606.

No hay para qué decir que Quito estaba entonces situada en en el más lejano extremo del mundo habitado.

Cada año, ó aun más tarde, venía por la *posta* de la Madre Patria una balija llena de decretos reales y pragmáticas, cuya inconveniencia á la fecha habíase reconocido ya en España, de gracias ó perdones, que llegaban—como varias veces sucedió—después de fallecido el agraciado ó perdonado, de nuevas de matrimonios regios, de nacimientos de infantes de la estirpe Monárquica y de una que otra noticia que, por

[*] Al atribuir esta tradición al Ilmo. Sr. Obispo Villarroel, me propuse especialmente hacer que se conociese en su patria á este notable ecuatoriano tan conocido en el exterior; y parece que he conseguido mi objeto: el Sr. Dr. D. Pedro Lizarraburu, por ejemplo, ha descubierto,—según me ha asegurado,—que el célebre agustino no nació en Quito sino en Tiohamba.

cierto, no había, como el vino, ganado mérito con la edad y con la navegación.

Sin embargo, la llegada del cajón era un acontecimiento: echábanse á vuelo las campanas, los balcones, semejantes á confesorios, crugían y mostraban por los balcones decenas de pupilas engastadas de bajo relieve en la madera; las calles se llenaban de curiosos que á media voz, sin dudar por respeto á la balija, discutían y trataban de adivinar lo que ésta traería á la muy fiel ciudad de San Francisco de Quito.—Repentinamente, un lejano “Viva nuestro amo el rey” sacudía como golpe eléctrico á la multitud, oíase ludir contra el empedrado las largas espadas de los hidalgos, se veía quitarse apresuradamente los grandes sombreros con plumas, y levantarse todos, caballeros y no caballeros, de puntillas para distinguir la gran mula con esquilas y cencerros zumbones, ataviada con las armas reales y conductora de los pliegos.—Hé ahí un placer tardío, pero que tenía el mérito de serlo y que daba asa por muchos días á la conversación de los felices españoles quiteños.

Fuera de esta regocijo, nuestros abuelos no conocían sino los que vamos á enumerar: frecuentes procesiones, corridas de venados dos veces al año, corridas de toros dos ve-

cas al mes, estupendas comilonas dos veces al día, increíbles cenas todas las noches y murmuraciones á todas horas.—Para que no se nos acuse de calumniantes con nuestros progenitores, diremos que este particular lo hemos visto en un legajo que reposa en el Ministerio de lo Interior y cuyo membrete es el que á continuación copiamos:

En este quaderno están los cargos echos á don Antonio Ponce sobre algunas faltas á la hora de audiencia haver hablado dos ocasiones en el Tribunal sin pedir venia, haver echado mano de algunas cantidades de multas, y Depositos puestos en su oficio y haver visitado la casa de una muger soltera; y corren los descargos dados por dicho Ponce.—

Secretaría de Sanches.

Relator el Doctor Salazar.

En el referido legajo se asevera que los quiteños eran en esos tiempos "muy aficionados á la calumnia." Y me lo explico bien:—los sucesos efectivos eran pocos, y era menester inventarlos, tanto más, cuanto se asegura también que á los buenos de los quiteños no les faltaba ingenio y les sobraba inventiva.

Olvidábamos decir que á más se jugaba, y gordo.

Por lo demás, Quito era un verdadero monasterio y por esto, seguramente, sustituyendo cantidades iguales, los Reverendos Padres casi no vivían en sus conventos. A cada cual no le faltaba la casa de un señor alfórez para desayunarse, la de un señor oidor para merendar y la de una señora marquesa para hacer rezar el santo rosario, con la adobada de la letanía de los santos, cenar un *agí de queso*, un *cariucho de canchaca y papas con chaqueta*, unos bizcochos, una jarrita *malagóna* de vino miel y, á la postre, una jicara de hirviente chocolate rebosante de espuma de aljófara irisado, y embutida de bizcochuelo, hebras de queso y quesadillas.

Por fin, todos los reverencias tertuliaban una ó dos horas con el objeto de digerir la hartazgo y, después de un *Deo gratias, buenas noches nos dé Dios*, se iban á sus celdas para no dejar mentir al refrán castellano "quien más no puede".....en su cama duerme.

Y digo que á ningún padre le faltaba lo que dije, y debo añadir que tampoco ninguna familia de suposición carecía de un fraile, obligado comensal y obligado tertuliano, que así presidía en las mesas de los señores como tuteaba á las señoras. Y no carecían,

porque los conventos estaban llenos (aunque no materialmente, supuesto que, como hemos dicho, los Reverendos no habitaban en ellos) y porque ya hasta entonces se habían fundado las siguientes órdenes:

Franciscanos, en 25 de enero de 1535,

Mercenarios, en 4 de abril de 1537,

Dominicos, en 1.º de junio de 1541,

Agustinos, en 22 de julio de 1573,

Franciscanos descalzos (Sandieganos), en 13 de noviembre de 1597,

Bathlemitas, en 3 de diciembre de 1598, y además Camilos y Carmelitas descalzos.

Hemos mentado las únicas distracciones de nuestros mayores y nos hemos detenido al hablar de los conventos, por asociación de ideas, ya porque el suceso que vamos á referir aconteció en uno de ellos, ya porque los frailes eran en esos tiempos los monopolistas de la sal y el donaire y los protagonistas de toda chofeta, diversión ó esparcimiento. A un caballero viejo *antiguo* le hemos oído repetir que los placeres del carnaval y de los inocentes no montan un camino desde que se implantó la vida común en los conventos.

Pero entremos en materia.

Si bien hacía mucho tiempo que los regulares de San Agustín se habían traslada-

do, del lugar donde en días de vivos está la iglesia de Santa Bárbara, al sitio que hoy en día ocupan, los Padres no cerraban el haza, quizá aguardando que la caridad de los fieles vecinos fuese donándoles el contiguo terreno. De modo que, en la época de nuestro verídico relato, los nietos de Salta Mónica, vivían en incontrovertible vida común, pero con el público, tanto por la libertad que éste tenía para entrar en el convento, como por la libertad que sus paternidades tenían para salir á la calle.

Eran las diez de la noche, que es como si ahora dijéramos que eran las cuatro de la mañana, y velase aún la iglesia de agustinos arrojando por los tragaluces inciertas bocanadas de claridad vacilante; uno que otro lejano desvelado perro ladraba en las desiertas y quebradas calles de Quito, y un viento fríisimo acumulaba nubes tempestuosas en el tenebroso cielo de la ciudad.

¿Pero qué acontecía en el templo cuando aún se conservaba alumbrado?

Sucedía que esa tarde entregó el alma á Dios uno de los religiosos, y su cuerpo se velaba en la iglesia acompañado por dos coristas que salmodiaban á las veces y charlaban profanamente las más.

—Válame Dios, fray Antón, que ya es

tiempo de que recemos por nosotros, su puesto que tanto hemos orado por el difunto, dijo el un corista dirigiéndose al compañero.

—Vive Dios, que es así, replicó éste y, en seguida, en tono del *miserere* gangneó:

Miserere mei, Domine, secundum magnum *extremum* meum.

—Regístrese las faltriqueras, fray Gaspar, y eche acá los cuartos que su reverenda recibió esta mañana, y en un santiamén se verá cómo Dios proveerá, *Déus providebit*, unos panecillos, algunas rebanadas de queso y un traguico con que asperjar y exorcizar al demonio del hambre que nos está rayendo las entrañas.

—Tome los cuartos, venga el piscolabis, dijo fray Gaspar, y vació el bolsillo en manos del interlocutor.

—*Pámen nostrum quotidianum da nobis hodie*

—Amen.

Con corto esfuerzo, fray Antón trepó á una de las ventanas, ladeó la gruesa cortina de bayeta azul, saltó al solar no muy aseado y salió á la calle donde se echó á buscar, poco menos que á tientas, la puerta de una tahona ó una pulpería donde mercase las provisiones que mentó poco há.

Hasta tanto, el compañero dióse á fantasear el modo de hacer á fray Antón una *pegadura*, ó sea un petardo, de los que tan en boga estuvieron entonces dentro y fuera de las casas religiosas.

Después de excojitar un momento, se llegó al cadáver y sacóle de la lechiga no sin gran dificultad; casi arrastrándole le condujo al extremo del escaño, de donde él acababa de levantarse, le hizo sentar y le acomodó en aspecto de dormir con la capilla callada y el rostro tapado; en seguida, volvió á poner los enormes blandones en su puesto y subiéndose al túmulo se acostó en las andas, se cubrió cuidadosamente con la cobertera negra de terciopelo, veló la faz con el capucho, empuñó el crucifijo con los dedos entrecruzados y esperó.

Obra de media hora transcurriría cuando el corista, conteniendo la risa que le retozaba, escuchó primero el tropezar de fray Antón en los tiestos y guijarros y después el treparse á la ventana y el brincar á la iglesia.

Brr! qué noche—berreó tiritando el pobre corista, y sacudiendo el brazo del que creyó dormido.

Pero ¡ay! En ese momento lanzábase del catafalco el muerto y se disparaba en

pos del aterrado fray Antón, que arrancó automáticamente por la nave de la iglesia; pero ¡justicia de Dios! en el mismo instante, el verdadero cadáver se levantó también del escaño, y, asiendo de un candelero, arremetió tras el espantado fray Gaspar; así, aquél se huía de éste y éste del positivo difunto. Lo demás que acaeció, nadie ha podido averiguarlo, pues, al día siguiente, cuando los Padres fueron á matines, hallaron en la puerta de la sacristía tres, al parecer, cadáveres tendidos en el umbral.—Los cuidados prodigados á los dos coristas restituyéronles á la vida, pero nunca se consiguió que refirieran más pormenores que los consignados. Aquel fué un secreto entre Dios y édos.

Por la fecha en que aconteció lo que acabamos de relatar, por el nombre del travieso frailecito y por cuanto reza la tradición que éste, extractando del suceso una manifiesta llamada de Dios á Sí, se entregó á la virtud y á las letras y vivió con crédito de sabio y murió en olor de santidad; ende, sospechamos que el compañero de fray Antón fué el, más tarde, doctor don fray Gaspar de Villarreal, ilustre quiteño, virtuosísimo agustíniano, obispo sucesivamente de Santiago de Chile y de Arequipa, curioso autor

de unas cuantas obras impresas en Lisboa, Madrid y Sevilla, y de quien rara vez se puede decir en justicia lo que, de los escritores equatorianos de esa época, assevera un crítico: conviene á saber, que "su sabiduría se fundaba en tal cual conocimiento en materias teológicas y en embrollar una discusión con pesados anlogismos".

No tal: para no dejarnos mentir, ahí están los *"Comentarios y discursos sobre los evangelios de cuaresma, el Josué, Comentarios in Librum judicum, las Historias sagradas, eclesiásticas y morales, los Comentarios, dificultades, y discursos literarios, morales y místicos sobre los evangelios de los domingos de adviento y de todo el año y, sobre todo, el Gobierno eclesiástico pacífico, y unión de los dos exchillos, pontificio y regio."* Obras todas que afaman al Padre Villarreal como místico de punta, comentador eximio y polemista consumado. De tal le califican también, Solórzano en la censura del *Gobierno*, etc. y en la *Política indiana*, Campomanes en la *Regalia de España* y Fray Bernardo Torres en su *Crónica*.

Tocante á la duda de si Fray Gaspar estuvo ó no cuando corista en la ciudad de su nacimiento, diremos que, si no estamos mal informados, concluyó su educación en el

convento de Quito, aun cuando,—como lo hemos leído en el número 71, artículo VI, cuestión III, parte I de la obra últimamente citada y en otros lugares,—tomó el hábito y se crió en el “religiosísimo convento de mi Padre San Agustín de Lima.” Respecto á la travesura del carácter de Fray Gaspar, no lo dijimos á humo de pajas, pues él mismo nos refiere los sudores, temblores y angustias que le costó ver, en el teatro público [que se solía llamar Corral], la representación de una comedia.

Lo que fueron los gobernantes de aun año.

El gran terremoto se preparaba.

La independencia de la América del Norte y su hija, la revolución francesa, huracanes de la sociedad, arrastraban en sus remolinos nubes tempestuosas que venían á acumularse en el cielo de las colonias de España. En Quito, singularmente, no se necesitaba la agudeza del elefante que, según Plinio, oye crecer la hierba, para escuchar la tormenta que rugía.

Gobernar á estos pueblos iba, pues, haciéndose difícil. Ya, desde algunos años antes [1794], en Quito y en Cuenca sentíase el rechino del desarme de la máquina: *las salva cruce liber esto* de aquella ciudad y *el sí morir ó vivir sin rey prevengámonos* del último vecindario, daban en los ojos de los, hasta entonces, tranquilos poseedores del

continente, los deseos del monstruo de des-
perezarse y de sacudirse.

La prensa, heraldo de las conmociones
sociales, había dado también sus resoplidos
"Las primicias de la cultura de Quito",
"La golilla", "El nuevo Luciano", publi-
caciones que condujeron á la prisión y á
la muerte al célebre indígena doctor Fran-
cisco Javier Eugenio Espino, eran las aspi-
raciones del aire de la libertad que sobora-
ban con ansia los pulmones de los libres. En
fin, lo repetimos, los señores presidentes no
las tenían todas consigo y principiaban á
desconfiar aun de los sayos: primer efecto
del temor de los gobernantes.

Y la desconfianza, para decir verdad, era
tanto más fundada cuanto á tiro de ballesta
descubriase que preparaban la revolución
los mismos titulados y ricos hombres, tales
como los Marqueses de Miraflores, de So-
landa, de Maensa, etc, etc, que, por sus in-
tereses, debían estar sólidamente ligados al
carcomido trono.

No es, pues, de extrañar que fuese muy
contra la voluntad del Sr. Presidente Ba-
rón de Carondelet (y solo en cumplimiento
del terminante capítulo 5.º de la Real cé-
dula de 22 de agosto de 1789) el ascenso, á
la Gobernación de Cuenca, del Sr. Teniente

Asesor del Gobierno, Don Juan López de Tormaleo, aunque *español de España*, sospechoso á la Real Audiencia por varias quiciosas que el curioso puede ver apuntadas en los oficios que el Sr. Barón dirigió á Don Ignacio Fortich en 5 de setiembre y en 7 de diciembre de 1801.

Digimos que solo en fuerza de la real cédula, porque nuestro protagonista se trepó á la referida Gobernación por fallecimiento del Gobernador Fortich y porque la cédula mencionada dice: "que en las muertes y ausencias de los Gobernadores, donde no haya Audiencia, recaiga el mando accidental de lo Político, en los Tenientes Asesores respectivos. . . . mientras llega el Gobernador provisto por S. M."

Sin embargo de la inquina que el Sr. de Carondelet tenía á López Tormaleo, este no se portó del todo mal en los cinco meses de su Gobierno: á saber, desde junio hasta noviembre de 1803, en que fué reemplazado por don Melchor Aymerich. Vamos á tratar de algunos hechos, conservados por la tradición, que caracterizan á nuestro personaje.

Don Juan López de Tormaleo era, á no dudarlo, un cónce original. Acre enemigo del matrimonio, encerró, mal de su grado,

en un convento á sus dos hijas: una de las cuales se contristó tanto con el forzado monjío, que á la postre se le trastornó la razón y dió en la curiosa tema de arrojar guijarros murallas afuera del monasterio, acompañando el acto con estas ó semejantes palabras: "pobrecitas mías, pobres piedrecitas, vosotras al menos no vivais en prisión é idos á gozar de las calles de mi Cuenca".

Singular mezcla de simpleza, cordura, ignorancia, sagacidad y socarronería, nos vienen á la memoria las sentencias del Gobernador Baratario cuando Tornaleo manda remachar enormes grillos á un caballo que corcoveando "con irrespeto" hizo dar zapatetas en el aire al Sr. Gobernador.

Narran los cuencanos antiguos, refiriéndose á sus mayores, que cierto deudor arrastrado ante su señoría citó, en hora mala, al jurisconsulto Febrero; con lo cual huchárousele á Don Juan las narices y mandó á reclusión al acusado, á quien con gran cólera dijo: "qué marzo ni qué febrero, en toda tierra de garbanzos el deudor es deudor de enero á enero".

Digno de la bellaquería gubernativa de Sancho es el hecho que á continuación vamos á relatar.

En cierto garito unos tahures, cartas van

cartas vienen, mandaron de trescientos carones á don Indalecio Carrasco, vecino de cuarenta y ocho años de edad é hijo de una doña Matusalem que, para creerse joven, llamaba siempre *el chiquillo* al mencionado don Indalecio.—Al día siguiente de la pechigonga, carincontecida, compareció la expresada señora ante el Sr. Tormaleo y quejóse amargamente de que “abusando de la inocencia del chiquillo, le habían desplumado”.

El Sr. Gobernador mandó por los gananciosos y por el perdidoso y, cuando llegaron, dispuso que aquellos, so penas muy grandes caso de siquiera amagos de desobediencia, entregasen los patacones de la ganancia.

Los falleros que sabían que S. Sria. era hombre de pelo en pecho, enemigo de andarse por las ramas y capaz de poner grilletes al lucero del alba (como lo hizo con el caballo de marras), sin rezongar más que en sus adentros, entregaron los carones, y se salieron después de algunas venias,

Tormaleo traspasólos á la querellante y despidióla.

—Usted, *señor chiquillo*, añadió, quédese para recibir una peluca como rédito de los pelucos.

—Bien hará su merced en aconsejarle, susurró la vieja saliendo.

—El Gobernador, para llamar á los ministriles, dió una soberbia puñada sobre la mesa y, así como entraron, en silencio y sólo con movimientos del índice, detuvo á un jayán ojizaino y expulsó a los demás.

—Dos vueltas á la llave y traiga la llave, dijo.

—Tome, contestó el ministril después de cumplida la orden.

—Cargue Ud. al chiquillo.

—¿A quién? preguntó estupefacto el ojizaino investigando con las miradas por todas partes.

—Acabe pronto bergante: al-chiquillo.

—¿Quién es chiquillo?

—La perra que te... resopló enfurecido el Gobernador.

El pobre jayán que al principio hubo creído que S. S.ª se burlaba, comprendió la seriedad del caso y, como no había en la pieza nadie sino don Indalecio, se acercó á él, tomóle por la fuerza de los brazos y le levantó sobre la espalda, como si fuese un niño del *musa musæ*.

—Bien.

El Gobernador entónces abrió la puerta, hizo acudir otros dos ministriles, pidió una

correa y sacudió hasta 55 azotes bajo las espaldas, "poco más que desnuda" de Carrasco. El hombre pataleaba como quien se ahoga y bufaba como un demonio; pero no por eso cesaba la tunda y el siguiente patético diálogo:

—No se juega. — Uno.

—Ay! Ay! Ay!

—Los chiquillos deben acostarse á las siete. Cinco.

—Caram . . . Ay!

—No han de jugar sino con cometas. Quince.

—Día . . . Ay! Ay! Ay!

—Y con trompos. Treinta.

—Buff . .

—Cincuenta y cinco. Pechigonga!

La *pechigonga*, juego de naipes en esa época muy usado, ganaba el jugador que gritaba *cincuenta y cinco*; tenía *pechigonga* el que reunía las nueve cartas seguidas del as al nueve.

—Terminada la azotaina, dió algunas palmeditas afectuosas en los barbados carrillos del chiquillo de cuarenta y ocho años, que se apresuró en salir abrumado de vergüenza y confusión.

Para concluir, agregaremos que el Teniente de Gobernador, según se deduce de

lo que hemos referido y de los documentos oficiales que hemos leído, tuvo algo de calvatuerno. El Sr. Presidente de Carondelet le mandó, cierta vez, "satisfacer al pilotín don José Maldonado las costas, daños y perjuicios que le causó y á que justamente fué condenado por lo atropellado de sus procedimientos". Costas, daños y perjuicios que dos años más tarde le fueron devueltos.

Don Juan López Tormaleo, desengañado del mundo, vino á Quito y se entró fraile en el convento de franciscanos descalzos, donde murió después de dos ó tres años de vida contrita y penitente.

EL DICCIONARIO DE 1884.

Libreme Dios, buenos lectores míos, de que yo pretenda andar en puntas con el Diccionario Castellano. Yo que estoy muy por debajo de Sánchez y Pérez (1), pues que no soy ni siquiera periodista, ni tengo á los señores de la calle de Valverde, en Madrid, la inquina que el corajudo don Miguel de Escalada (2), no poseo la autoridad de ése ni la ojeriza de éste, que me impelan á arremeter, lanza en ristre, contra el hermoso escudo del hermoso mote "Limpia, fija y da esplendor".

Mi proyecto, modesto en verdad, no es sino el de volver por la honra de ciertas palabras ecuatorianas que,—al haber entre nosotros un doctor Thebussem,—serían de-

(1) Uno de los acres censores del nuevo Diccionario.

(2) Otro de los id.

fendidas por su cucharón, protegidas por su sartén, y así libertadas de los maltratos de la, por hoy, desalmada lengua del Diccionario de la lengua.

Y en efecto: ciertos estamos de que el sabroso autor de los "Conduchos y yantares" y del "Pan de munición" no había de desdeñar aquellos comestibles que, como los llapingachos, atraen el olfato con el tufo y el olor, hacen un agua la boca con el solo recuerdo de la rubicunda salsa de agí, *musiquean* al oído con el incitante chirrido de queso que hierve á borbollones y roban la vista con la apetitosa masa de oro, sobresaliente en la negra y brñida piedra que les cuece. No les desdeñaría, por cierto, y cuantimás que el llapingacho posee el secreto de atar la voluntad, así como sus plateadas hebras ligan el bocado que se deshace en el paladar, con la provocadora tostada macilla que se hila humeante en el plato.

Pero bien ¿qué desaguizado ha irrogado la Academia española á la vianda ecuatoriana?

Hablemos en el cuento.

La duodécima edición del Diccionario que, dicho sea de paso, ha estado quizá en extremo larga para prohijar bastardos, en la pág. 897, dice:—"Rapingacho m. peruano

—Tortilla de queso"; y en la 1037:—"Tortilla—Fritada de huevos batidos, etc"; y en la 510:—"Fritada—Conjunto de cosas fritas".

De donde resulta que el llapingacho ó *rapingacho*, como quiere la Academia, vendría á ser un conjunto de huevos batidos con queso, etc, lo cual ¡vive Dios! no es nuestro manjar; cuyos ingredientes,—como acabo de averiguarlo á la cocinera y á mis papilas gustativas, no del todo desprovistas de criterio,—son las patatas, el queso y las demás generales de la ley, quiero decir, los adornos, especias y condimentos que no me sé de memoria, pero que bien me saben al paladar.

Los llapingachos,—del quichua *llapi*, blando, suave, delicado,—no son tampoco naturales del Perú; y si, por los progresos del buen gusto, se gustase de ellos en las mesas de la Ciudad de los Reyes, los reclamo como naturales por *extracción*, pues, á no dudarlo, los padres son ecuatorianos hechos y derechos.

Y debo confesar que, en especial, el referido cambio de ciudadanía exasperó mi patriotismo; aun cuando debió tranquilizarme el recuerdo de que, desde Homero hasta Napoleón y desde la imprenta hasta el telé-

grafo, á todo hombre célebre y á todo invento notable se les ha disputado la nacionalidad.

Nada conozco tocante á la etimología y origen del *locro*. Acaso inventado por el célebre barón Juan Guillermo Locre, aunque poco que autorice nuestras sospechas se encuentra en la biografía y en las obras del jurisconsulto francés; ó guisado en Anfisa y Naupacta, ciudades al oeste del Parnaso, á cuyos habitantes se llamaba *Locrios* Ozoles, porque esparcían el fuerte aroma de las fragantes flores de sus montañas; ó derivado de Lócride, menos poéticamente, por las pungentes tufaradas que despide el locro trasnochado y fiambre, no diremos si semejantes al olor que, según Pausanias, exhalaban los semibárbaros pobladores del Lócride de Corinto.

Pero, sea de esto lo que fuere, juzgo necesario observar que, nombre de género y no de especie, hay locros de patatas enteras y de patatas rebanadas, de carne y de queso, de repollo y de camarones, y, por consiguiente, la restringida definición del Léxico no define todo lo definido.

¿Y qué diremos de la espumosa y ambarreada chicha, inseparable compañera de los aborrachados llapingachos y de los tristes

placeres de los aborígenes del Ecuador?

Qué diremos? Diremos que también la definición de chicha, es de chicha y nabo; pues la chicha genuina y auténtica ecuatoriana, peruana y no sé si boliviana, no se prepara poniendo á fermentar en agua, cebada, maíz tostado, piña, panocha, especias y azúcar, sino simple y sencillamente maíz germinado ó sea *iora*, sin la que nunca jamás catarán chicha fidedigna los señores Académicos, excepto en Chile, donde la contrahacen con uva.

¿Por qué en el enorme Diccionario no se encuentran las voces *chilguacán*, *chamburo*, *papaya*, nombres de sabrosas frutas de la familia de las *papayáceas*?

Que los Excelentísimos é Ilustrísimos señores no saben, en punto á cosas de estos trigos, de la misa la media, podríamos probarlo de contado, pero dejámoslo para en serio.—Hoy, como apunte, diremos solo que Sus Señorías ni siquiera tienen conocimiento de que la Capital del Ecuador existe en alguna parte; pues no hemos encontrado en el gran Diccionario la palabra *quiteño*, á pesar de que sí se halla la voz *andorrano*.

A fin de divertir á los lectores, copiaremos lo que, para retozo nuestro, dice el Léxico en la palabra *quichua anzo*:

"Anaco. M. Ecuad. Peinado de las indias, que consiste en una sola-trezoza fajada estrechamente, que cas por la espalda".

De sentir es que el gracioso libro no hubiera continuado el festivo *quid pro quo*, y nos hubiese dejado sin la definición de *guango*.

"Guango—Vestido &.

Lo que habría valido tanto como decir que las indias se visten á modo y á moda de monos, con el frac de los abuelos de Darwin, esto es, tan sólo con el apéndice, caudal.

El Machángara de Quito y el de Cuenca.

AL SEÑOR DON HONORATO VÁZQUEZ. (A)

Nada, señor, está visto: eres un cuencano obstinado.

¡ A qué esto de distinguir entre el mío y el tuyo? ¡ A qué el hacer diferencias entre la P mayúscula y la p minúscula? Cuando mejor, mucho mejor es considerar, en cada puntito de la línea curva que forma esa inicial, una parte de la misma nuestra tierra, que calienta un mismo sol y abrigan los mismos objetos. Yo,—te lo diré en venganza,—antes que quiteño soy ecuatoriano, y estimo en tanto el progreso de Guayaquil como el de Tulcán, el de Loja como el de Portoviejo, el de Cuenca como el de Quito, y en cuanto á PP no me priva sino la P de patriotismo.

[A] Véase el Apéndice.

Pero dado el récipe y dicho lo anterior como exordio para que, en justicia, se me crea imparcial, voy á defender á tu Machángara de la patria de Quito, sin deprimir á mi Machángara de la patria de Cuenca.

El Machángara de Quito, hijo del trabajo que es al propio tiempo santificación y penitencia, se origina, por decirlo así, de las lágrimas de la Magdalena: pobre arroyo, mientras no recibe las aguas de los riegos de las dehesas del vallecito de ese nombre, y, antes, los remanentes de los pastos de Chillogallo, desarrolla su cuerpo, digamos, con el pan del trabajo.

Río de leche y miel, como los del Paraíso, los hilos del primitivo caudal se empujan lentamente serpenteando entre los estorbos de las hierbas de los prados para, por la ley de las transformaciones, convertirse en el albo, gordo y espumajoso licor que las madrugadoras lecheras traen á la ciudad, muchas veces cristianado ya en la pila bautismal del mismo Machángara; cuyas aguas corriendo, corriendo y acrecidas con el óbolo de la goteadora vertiente ó con la rica dádiva de la cascada del Pichincha que

Desde lo alto de los cerros,
Límpida, blanca, espumosa
Se precipita en el suelo,

va á metamorfosearse en caña miel en las vegas de Cumbeyá.

Pero antes, qué de labores, qué de agitaciones! Podría decirse que aumenta sus aguas con el propio sudor de la frente.

Ternecillo aun, Sísifo de la virtud, mueve sin descanso las pesadas muelas de ancianos molinos.

Río civilizado, río culto, río sociable, al acercarse á las donosas lavanderas, que le esperan en alegres grupos, pasa por el Peine [1] ó mejor dicho, se pasa el peine, se perfuma con los rosales de la orilla, se mira el rostro en su mismo espejo y arrebozándose en un manto de espuma, desciende marmullando discretamente un no sé qué, que, como los golpecitos á las puertas, previene de la presencia, para no tomar desadvertidos á los paseantes matutinos y expeditas lavadoras.

Pero ahí, desde donde comienza á ser visto, el coqueto se vuelve y se revuelve en meneos y contoneos, no sin tropezar á menudo en las piedrecitas salientes, á modo de novel enamorado al repasar los balcones de la acechadora doncella. Aunque yo sospecho que su pasión sería, su amor sincero es

[1] Peine.—Lugar así denominado, á seis á ocho cuerdas encima del puente de la carretera.

por la montañuela que, sin descanso inclinada sobre él, le defiende de los vientos, le sombrea con el cuerpo y le escucha los eternos arrullos, mientras complaciente se deja besar los pies con un ósculo indefinidamente prolongado.

Ah! Si, no queda duda: la colina de Yavirac, (2) firme como una roca, es un modelo sin ejemplo de amor de mujer: nadie hasta ahora le ha sorprendido en devaneos con otro río.

Para lucir las dabilidades, despliega el Muchíngara actividad al callejear por debajo de su amante; ávido de labor, se hace todo brazos: hila á la derecha, maele á la izquierda. Conocedor de los secretos de la civilización europea, alardea de maquinista y, todavía no satisfecho, atraviesa de un lado á otro por erguidos conduetos para doblar el trabajo.

Verdad que al encontrar los pabellones patrio y de Alemania (3) izados, y los arcos de triunfo con que la carretera le glorifica, y que vencido por la adulación, siempre perjudicial, se duerme ahí en remanso embria-

(2) YAVIRAC—Nombre primitivo que debemos empentarnos en salvar del olvido; incomparablemente más poético y hermoso que el de *Paracillo*.

(3) En los arcos del puente hay una cervecaria alemana.

gado con los humos de la lisonja y acaso de la cerveza; pero cierto también que, en seguida, torna del breve letargo para volver al provechoso movimiento.—Experimentado con el largo peregrinaje, no ignora que los honores sirven para perdernos ó para someternos, con el estímulo, á la cadena de la esclavitud de nuevas obligaciones.

Nada quiero decir del azuayo Machángara, candaloso, que vive en la holganza, cuya ociosidad le invita á los cuchicheos galantes, y que si á nadie pide nada, es porque á nadie sirve de nada, soberbio como mozo rico que gasta la arrastrada vida en la única egóista faena de rodar sobre sí mismo.

Si le falta sosiego al Machángara quite-
so no es porque guste de la silenciosa y estéril actividad de la ardilla, sino de las fructuosas agencias del caballo; allí están para probarlo las irisadas pompillas del jabón que son las espumas de ese sudor beneficioso.

Hasta cuando se le enoja, conserva los hábitos de mansedumbre que comunica la existencia honrada y laboriosa: no se excede, no sale de madre contenido en los justos límites que acostumbra obedecer, se hincha por las ofensas de los enemigos, los del oficio, los turbiones que desde las alturas oc

lanzan sobre él y se le suben á las barbas; mas, á pesar de la magnitud de la ofensa, no rebose en la cólera loca que arrasa y extermina. Nunca, como otros Saturnos, sale del álveo para devorar los propios hijos: nada temen ni las hilanderas ni los molinos.

Roge, es verdad, al encontrar los cantos que le salen al paso, pues las dificultades pequeñas son las que especialmente enfadan; pero no se enfurece, y, si no, diga lo las ramas y hojarasca abrazadas á las piedras como los niños se asen á las piernas de la madre cuando quiere castigarlos.

Cierto, el Machángara quiteño se muera de sed, como dije—lo confieso—encomiando al Machángara cuencano; pero la sed no es la del crapuloso opulento que trasnochó en orgías, bebiéndose la salud, la honra y el caudal, sino la sed fisiológica del obrero que apetece la bebida á fin de reponer las gotas del honrado sudor que, como diadema de brillantes, manan de sus sienes.

Camina mal vestido, no lo niego; mas, porque usa el santo mandil del artesano, mientras otros, para encubrir los andrajos del alma, se acicalan con seda, oro y pedrerías.

En la casa del Machángara quiteño se oyen con frecuencia disparos, pero no son

los infamantes estallidos de la pólvora salvaje que trastorna y que destruye, son las nobles estampidas de la pólvora artista que abre las canteras para extraer el atrio de San Francisco ó la portada de la Compañía.

Río filósofo, se anda solo por las breñas, porque por experiencia sabe que la compañía de los grandes empequeñece y la de los pequeños abate. Y aunque no ignora que los hombres, generalmente ingratos, le piden un favor para ofenderle y le buscan para ensuciarle, tiene siempre el pecho franco y la bolsa abierta; de corazón compasivo, limpia todas las manchas y comparte su escaso haber con todos los sedientos.

Cuando se propone, en ratos de solaz ó de huelga, también se convierte en Orfeo, pues *arrastra las duras peñas*; solo que, como es bien educado, se las lleva por delante.

Generoso en su pobreza, no contento con saludar, cantar y pasar, da de su propia sustancia, deja, donde penetra, hilo para la costura ó harina para el pan y, cuando más no puede, toma y hace suyas las lágrimas ajenas. Humilde, á la par que digno, lava los frondosos harapos del mendigo, y, sin negar el trabajo, entra por un saetín en las

fábricas de los ricos, mas, concluida la ocupación, se precipita fuera con justo orgullo, sin aguardar el prosaico jornal deprimente ni los hipócritas favores humillantes.

Pero, dejémonos de metáforas y prosopopeyas: Para conocer el río tal cual es, no le busques cerca de los hombres, donde las gentes le han obligado á perder su pureza y donde se va por las verienetas con el ropaje astroso y amarillo; deja á un lado las blancas ropas que se secan en las piedras, házte sordo á los rumores de los bañistas y á los golpes que dan, á las telas empapadas: esas Doris y Nereidas anfibias, que se remojan todo el día en el cum, limiento de su desagradable oficio; cierra los ojos para no mirar á los semi-desnudos Adanes; déjale de verlo, si te agrada, en los pintorescos plántios de eucaliptus de abajo; deja el panorama casi ideal á donde guié, como cicerone, á tí y á nuestro inolvidable Remigio; no escuches los deliciosos estruendos de las cataratas de la civilización. Vete río arriba, y búscale en la soledad, y á esa hora en que los girones de escarmenadas nieblas parecen enredadas entre las copas de los matorrales de las peñas; búscalo donde las aves se bañan sumergiendo la cabeza y aleteando en el undulante cristal; donde

los diablo-caballos, ó cigarros de vibrantes alas, dueños del campo, cruzan y recruzan rozando las liñas con el cuerpo crugidor; búscale donde las cimbradoras ramillas de flores silvestres, suspendidas, besan y se alzan y vuelven á besar las blandas ondas de la dulce corriente; donde el sol se mira y refleja tembloroso como en un movible multiplacado espejo; búscale donde los culantrillos y las bolsillas ó zapatitos de la Virgen, cómodamente alojados en húmedas grutas de la ribera, se estremecen á la suave respiración de las brillantes undulaciones.

Búscale, búscale ahí, y verás cómo te enamoras tanto y tanto del Machángara de Quito, que en sus márgenes has de colgar el nido, y el agua que apenas te parece buena para asperjar tu huesa, te ha de servir para el bautizo de los sobrinitos de tus hermanas.

ESBOZOS.

DE LEGISLADOR.

Y ojalá os callarais para
que os tuviesen por sabios.

JOB, XIII, 5.

Así como el escultor arranca de la roca la piedra que ha de tallar, así el pueblo acude á la cantera bruta de la igualdad republicana para sacar de ahí sus diputados y senadores: nuestros Solones, Zenones, Minos y Licurgos no salen de entre los siete sabios de la Grecia, ni de los Pórticos de Atenas, ni de la estirpe de los dioses, ni siquiera del tálamo real de los Próclidas, sino de las trastiendas de los almacenes, de los portillos de las escribanías, de las alquerías de los labriegos y de las alcobas de los enfermeros.

Por el prepotente *fiat* de las masas soberanas, el comerciante, el abogado za-

rramplín, el agricultor, el médico, tórnause repentinamente en astros de primera magnitud y en focos de luz inextinguible; por eso vemos, de la noche á la mañana, al premuroso curandero, al agencioso agricultor, al activo comerciante, al acucioso rábula convertidos en lentos armatostes, movedizos á paso grave y mesurado, temerosos, sin duda, de profanar el tremebundo encargo de que les invistió la patria; arcas santas, conscientes [ó inconscientes] de lo que encierran, hablan, se mueven, obran poseídos del pánico de exponer á desacato su pozo de ciencia, tanto más profundo cuanto ellos mismos,— los bienaventurados,— no saben á punto fijo hasta donde llega la misteriosa profundidad. Estos iluminados con las luces vivas del aliento soberano de los electores, caminan como el hombre que va en las tinieblas, despacio, tactando, medrosos de precipitarse á sí propios en los abismos desconocidos de su saber.

Su omnipotencia en las Cámaras traspasa los límites del absurdo; su poder, salvando las compresoras vallas de la razón, llega hasta la irracionalidad de la omnipotencia. Caballeros en el Clavilño del título de legisladores, desde las infinitas altu-

ras de la presunción, miran los otros poderes de la República, pequeños como un grano de mostaza.

Diputados lugareños, más bien que de la Nación, creen llenados los deberes para con sus comitentes espetando, en la primera coyuntura favorable, algún pesado discurso compuesto de antemano tocante á un tema, más ó menos fútil, relacionado con su provincia, ó, lo que es más común, con sus intereses particulares.

Hay algunos que labrarían el bien de la patria; mas como, —por ley natural,—la mayoría de necios domina en los cuerpos colectivos, los Congresos no sirven, las más veces, sino de estorbos consumidores de las rentas de la Nación.

Para concluir: los legisladores se sienten con aspiraciones hacia las nebulosas, pues generalmente son aves; pero, por desgracia, . . . avestruces.—Como Penélope ofrecen labrar la felicidad de la Nación para cuando hubieren concluido de tejer la eterna tela de las leyes; más, el trabajo de los legisladores de hoy se reduce á deshacer el trabajo de los legisladores de ayer, y á preparar el que desharán los legisladores de mañana.

DE EMPLEADO.

Válgame Dios! A quién he mentado? — El empleado, para quienes no tienen empleo, no es un sujeto que sirve á la República, sino un individuo á quien sirve la República. Es un monstruo aborrecido que posee el odioso privilegio de dar tarascadas mensuales al erario.

Como la igualdad republicana, según el jeal entender de los repúblicos, nos hace á todos igualmente aptos para todo, cada cual se juzga perjudicado en sus legítimos *derechos* ó en sus inherentes garantías, cuando ve á otros llevar la banda del presidente, el portafolio del ministro y hasta ¡Quién lo creyera? la pluma del amanuense. — Por eso se habla sin cesar de los derechos de los gobernados y de los deberes de los gobernantes, de las garantías del ciudadano y . . . ah! El que manda no posee garantías: está fuera de la ley. Como vive en lo alto, no le toca lo que atañe á la tierra; como se escabulló de las leyes de la humanidad, las leyes no le protegen; como es un tráfuga de los pabellones de la igualdad que envuelven á todos, es un enemigo de todos, á quien todos

están en la obligación de combatir. En suma, es un criminal, porque ha infringido las leyes de la igualdad.

Y cierto, casi siempre esos empleados, que los aluviones de la política arrastran á los empleos, son dignos, si no de odio, de desprecio. Esos que suben por la cuerda de la vileza y que se conservan haciendo milagros de equilibrio en la maroma de la indignidad.

Imbuidos del principio de que basta ser ciudadano para ser Jefe político, Gobernador ó Ministro, se contentan con poseer la ciencia de los 21 años y la sabiduría que comunica el *ser ó haber sido casado* [*].

Están convencidos, además, de que el empleo es una mina que ha de explotarse con la mayor ganancia y con el menor trabajo posibles. Humildes con sus superiores son arrogantes con los inferiores, y tanto más amigos de gobernar cuanto más ingobernables fueron cuando no pertenecían al Gobierno.

Lo que llamamos partidos políticos son mas bien bandos de los que están empleados y de los que quisieran estar empleados; por eso vemos que los enemigos de opinio-

(*) Constitución de la República.

nes se unen para derrocar á los Gobiernos, y se separan, en seguida, para hacerse la guerra si uno de ellos se apodera del mando tan odiado y tan deseado.

DE ARTESANO.

Según la etimología, artesanos son los que poseen arte, esto es, un conjunto de reglas para hacer bien alguna cosa; según el diccionario, los que ejercen un arte mecánico; según la práctica, los que tienen artes ó astucia.—De donde resulta que por lo común son sinónimas las palabras *artero* y *artesano*.

Como el abogado lucra con los pleitos de sus semejantes y como el médico vive de las enfermedades del prójimo, de la misma manera los artesanos se sustentan con las flaquezas, malaventuras y necesidades de la menesterosa humanidad: así, pues, los sastres, so pretexto de vestirnos, nos desnudan; los zapateros nos descueran; los carpinteros nos desbastan; los herreros nos liman y nos quitan todo el metal que pueden; los impresores nos prensan; los encuadernadores nos recortan; los barberos nos dan trasquilones; los plateros nos vuelven pateñas; las lavanderas nos limpian y los albañiles nos dejan en la calle. En resumen,

los artesanos poseen artes, pero, por lo común, no buenas artes sino malas artes.

Pero nadie más digno de recomendación ni nadie más útil á la república que el artesano hombre de bien. Lo óptimo no se toca, nosotros no hablamos de los artesanos en general, esto es, de los buenos, sino de algunos en particular, es decir, de los malos: sin los artesanos la sociedad se desquiciaría, son el eje matriz de la gran máquina social.

DE SOLDADO.

La etimología de la palabra *soldado* no ha de buscarse en la derivación, mas en la yuxtaposición: no tanto es el hombre que está á *sueldo* ó *soldada* sino el *dado* al *sol*, así física como moralmente. Vive de continuo á la intemperie, y por esto así soasan su cuerpo los ardores de la canícula como tuestañ su espíritu los rayos de las pasiones.

Noble carrera cuando el militar lleva bordado en el corazón, como en el uniforme, el escudo de la patria; mezquina cuando, como señal de esclavitud, lleva el nombre de un tirano.

El soldado se educa para matar, vive para morir. Necesita salud y robustez porque su profesión es la muerte. En ella

debe pensar á cada instante, porque el momento de la agonía es el certamen de su gloria, cuando muere en leal defensa de la patria y de las instituciones, no en la felona lucha de los caudillos y de las iniquidades.

El militar honrado es la verdadera aristocracia de la sangre, pues compra la aristocracia con su sangre.

Mas, por desgracia, desde la libertad de Sud-América, casi todos los militares, arrastrados por las ambiciones, no han adquirido sino vergüenzas en el mercado de las revueltas.

Sansonos de la ignominia perecen deshonrados bajo las ruinas de la patria. No han sido las escalas del altar de la República, sino los peldaños de su cadalso.

Poco instruidos en el arte de Carlos de Suecia, de Federico de Prusia, del gran Napoleón y del magno Bolívar conocen, eso sí, el sistema rápido de putrefacción, con que Piar, Obando, Páez y Santander devolvieron á la nada la gran República de Colombia.

Soldados! Pobres soldados! Centavos de carne que gastan á puñados los ambiciosos, para comprar la deshonra de la Nación.

QUIEN DA PAN A PERRO AJENO

(JEUQUETE CÓMICO EN UN ACTO).

A LOS SEÑORES

QUINTILIANO SÁNCHEZ,

ROBERTO ESPINOSA,

HONORATO VÁZQUEZ Y

FEDERICO DONOSO G.

Dedica este ensayo

El Autor.

QUIEN DA PAN A PERRO AJENO . . .

Personas :

DON LUIS BERMEC Y	REINALDO,
DOÑA JUANA, PADRES DE	DIEGO,
ANITA,	AMIGAS, - CRIADAS.

LA ESCENA ES EN UNA CASA DE QUITO.

El teatro representa una sala regularmente amueblada, con dos puertas laterales.

La acción empieza al anochecer y termina á las diez de la noche.

ACTO ÚNICO.

Escena I.

LUIS, JUANA.

Juana.

Siéntate, Luis, y hablaremos
De un asunto de importancia:

Tratemos de que la ebica
Se case élla, ó de casarla.

Luis.

Casarla! Qué desatino:
En estos tiempos, mi Juana,
No casamos á las hijas
Sino las hijas se-casan.

Juana.

Es cierto, Luis, sin embargo,
Nuestra obligación es santa:
Interesarnos debemos
En la suerte de nuestra Ana.
Casi siempre los amores
Son con quien nos acompaña:
Si cuidamos que un quienquiera
No visite nuestra casa,
Podremos quizá evitar
Que la niña, enamorada,
Un matrimonio cometa
Que desgraciados nos haga.
Busquemos jóvenes dignos,
Nobles, dulces y con plata,
Pues sin dinero, no hay duda,
Que la nobleza no es nada.
La niña con su hermosura,
Con su talento y su gracia
Y nosotros con cenizas,

Con bailes y con patrañas,
 Haciendo los que no vemos
 O que vemos lo que pasa,
 Casaremos á la chica
 Con aquel que más nos plazca.

Luis.

Muy bien; razones te sobran
 Para tus proyectos, Juana:
 Cuando algo la mujer quiere
 Nunca razones le faltan.
 Pero, si mal no comprendo,
 Para proseguir tu táctica,
 Es menester que arrojemos
 La casa por la ventana.
 Y es lo malo que me temo
 Que gastemos nuestra plata,
 La paciencia y los sudores
 En cazar una fantasma.
 Las niñas no son cual buques
 Que, para entrar á la bahía,
 Tienen que perder el lastre
 Que les sumerge en el agua.
 Sin buen peso y buenos pesos
 Nadie en amores se baña;
 Pues aunque Cupido es ciego
 Mucho los *soles* le agradan.
 Y tiene razón el pillo,
 Y la razón es muy clara,

Pues hasta los ciegos ven
A la luz de un sol de plata.

Juana.

No te asustes, Luis, no temas,
Hablemos en gran confianza.
Yo quiero coger un pájaro
Gastando solo migajas:
Con diez pesos en la cena
Y veinte más en la danza,
No es difícil que la hagamos
A nuestra hija millonaria.

Luis.

Pues que hablamos con franqueza
Yo debo decirte, Juana,
Que ya no son solo migas
Lo que en tus proyectos gastas.
En fonda gratuita has vuelto
Para ociosos nuestra casa,
Vivimos para los otros,
Nuestras rentas no nos bastan.

Juana.

Y bien, Luis, terminemos
Con un golpe la campaña.
Hoy ha de venir Reinaldo,
El objeto de mis ansias;
Para prepararle, hagamos

Que sólo se esté con Ana
 Media hora, lo suficiente
 Para arrumacos y lágrimas:
 Todas las niñas son listas
 Cuando con el novio tratan,
 Cuando esté maduro el fruto
 Yo sacudiré la rama,
 Quiero decir que entraré
 A dar el golpe de gracia.
 Por acaso necesite
 Si oyes que yo... pero... basta
 Siento que viene Reinaldo....
 Vete Luis.

Luis.

Mujer anda .

Con tino, que es peligrosa
 Y no tan fácil tu hazaña,
*(Vase por la puerta de la derecha;
 Reinaldo entra por la izquierda)*

Escena II.

JUANA, REINALDO.

Reinaldo.

Buenas noches, mi *sia* Juana,
 Qué llover! Aún le sigue
 Aquel dolor de garganta?

Juana.

Buenas noches, Reinaldito,
Yo sigo mejor, mil gracias ;
Quien bastante mal ha estado
Es la niña, la pobre Ana.

Reinaldo.

Anita ? Válgame Dios !
Y qué tiene ?

Juana.

Una neuralgia

Del corazón, según dicen
Los médicos: tristeza, ansia
Mortal, languidez, suspiros
Y un llorar que parte el alma.
(*Se enjuga los ojos con el pañuelo*).

Reinaldo.

Bah ! No es cosa de cuidado,
Consuélese, mi sia Juana,
Yo entiendo un poco de médico
Porque concurrí á las aulas
De electricidad y de ética,
De métrica y de dinámica.

Juana (Aparte)

Qué erudito ! Qué deseo
De atraparlo para mi Ana !

Reinaldo.

Pues sepa usted que esos males
Nacen de calor del alma,
Y como el cuerpo reacciona
Contra este mal que le espanta,
Procura apagar el fuego
Con suspiros y con lágrimas.
La ansiedad también proviene
De una enfermedad hepática.

Juana.

Cabal! Reinaldo, perdóneme
Voy á la puerta á llamarle.
(*Llamando desde la puerta*)
Hijita, ven, amor mío,
Ven, aquí está Reinaldo... Ana!!

Ana (Desde afuera).

Ya voy mamá.

Escena III.

JUANA, REINALDO, ANA.

Ana.

Buenas noches,
Ricardito ¿Cómo ha estado?
Dos noches que no ha venido,
Y como aquí le apreciamos
De veras, cuando no viene

Un día siquiera, es tanto
 Que parecemos á todos
 Que no le hemos visto un año.

Reinaldo.

Gracias, Anita, mil gracias.

Juana (Aparte).

(Creo que ya es necesario
 Dejar solos á los chicos).
 Por un momento, Reinaldo, . . .
 Una ocupación, perdóneme
 Vuelvo ya del otro cuarto.

Reinaldo.

Siga usted, mi sia Juanita,
 (*Salen doña Juana; Reinaldo siéntase junto á
 Ana y continúa*):

¿Cómo estás, mi dulce encanto?
 Sabiendo que estás enferma
 No sabes cuánto he penado!
 Si es verdad que entre las almas
 Existe un oculto trato,
 Si es cierto que el corazón,
 De aquella mujer que amamos,
 Padece golpes eléctricos
 Que del nuestro van lanzados,
 Creo que habrás padecido
 Mil penas que te he mandado.

Después de un siglo te ver,
 Pues para mí no es un año,
 Este día triste y lóbrego
 Que sin mirarte he pasado.
 Me quieres?

Ano.

Macho Reinaldo.

Si mi alma no fuera tuya,
 Si mi amor no fuese tanto
 ¿Crees que yo me prestara
 A escucharte? . . .

(Reinaldo la toma la mano).

Ay! Olvidando

Los consejos de mi madre
 Me dejo coger la mano.

Reinaldo.

(Quitándole un anillo).

¿Este brillantito tú
 Mucho tiempo lo has llevado
 En tu dedo de marfil?
 Sí? . . . Pues entonces lo guardo
 Por el mérito que tiene
 De haber sido de mi encanto.

Ano.

¿Me crees una cualquiera?

Reinaldo.

No Ana. Mi vida, yo te amo
Tan locamente que creo
Que eres un ángel, por tanto
A tus plantas me arrodillo,
(*Haciendo lo que dice*).

Ana.

Nó; levántate, Reinaldo . . .

Reinaldo.

No he de levantarme si antes . . .
(*Ella trata de levantarle, él se resiste y
la sujeta en el sofá*).

Juana. (Entrando súbitamente).

Hola! Está usted abusando
De mi confianza ¿Qué es eso?
¿Con que usted enamorado
Era de mi hijo? y yo ¿simple!
Ni aun sospechaba del caso!

Reinaldo. (Certado).

Es que . . . Como Ana es un ángel . .

Juana.

Y como usted es un santo,
Querría rezarle un credo . . .
Muy bien! Señor don Reinaldo.

Solo que para rezar
 No es á propósito el cuarto.
 Si desea usted que el ángel
 Propicio extienda su mano,
 Llévela usted á la iglesia
 Y ante el altar, como honrado,
 Júrela amor. ¡Salga niña!
 Con el señor á hablar vamos.

Escena IV.

JUANA, REINALDO.

Juana.

Si es verdad que usted, señor,
 De mi Anita se ha prendado,
 Debió antes hablarme á mí
 Como hace un joven sensato.
 Ahora comprendo ya
 Las ansias de Ana, su llanto,
 Sus tristezas y suspiros.
 Ah! Es que usted . . . ha asesinado
 A mi Lija . . .

Reinaldo.

Yo asesinarla?

Juana.

Si señor; lo afirmo.

Reinaldo.

¿Cuándo?

Hablar de amor á una niña
 Que florece en el recato,
 Poner en su pecho el germen
 De una pasión que es el diablo,
 Pues convierte en un infierno
 La alma que asilo le ha dado.
 Huésped que muerde con furia
 El pecho del insensato
 Que juzga sembrar contentos
 Y hace cosechas de llanto.
 León atroz que las garras
 Y el colmillo ensangrentados
 Corroe-coltra la jaula
 Que le mantiene hospedado.
 ¿Y á esto no he de llamar
 Cometer asesinato? . . .
 Asesino sí, se llama
 Quien á oscuras, disfrazado
 Penetra en casa indefensa
 Y da la muerte . . . ¡Reinaldo!
 Usted á tientas entró,
 De la noche aprovechando
 De la inocencia de Anita,
 Y con mi fe enmascarado
 Y con mi afecto de cómplice,
 Dióla veneno nefario.
 ¿Y á esto no llamaré
 Consumar asesinato?

Reinaldo.

Basta, Señora!

Juana.

!No basta . . .

Reinaldo.

Sí, basta: soy hombre honrado.

Juana. (Calmándose).

Es otra cosa. Y entonces

Ya cambia de aspecto el caso.

Venga siéntese, hijo mío,

Acá . . . Más cerca . . . A mi lado.

Ana es una perla fina

Y, aunque esté mal ponderarlo

En una madre, le digo

Que Ana es un sol, es un astro:

Qué casera, qué á propósito

Para esposa de hacendado!

Baila y canta con primor

Y al influjo de sus manos

Gime, ríe, grita, llora,

Gorgoritea el piano.

Conque así, y aunque lo ignore

Luis, que es todo un bonazo,

Entre los dos arreglemos

Este asunto bueno y santo;

Pues casarse, señor mío,

Desde Adán se viene usando.

Reinaldo. (Con sorpresa).

Ah! Conque pretende usted...

Juana.

Claro! Que Adán fué casado...

Oh! Qué desventura!

Reinaldo.

Qué?

Juana.

Alguien viene, se oyen pasos.

Qué imprudencia! Pero voy

A noticiarle, entre tanto

Que usted tiene compañía,

A Luis el suceso fausto.

Reinaldo. (Aparte).

Abuela de los demonios

Vete á contárselo al diablo!

Diego. (Desde la puerta).

Buenas noches.

Juana. (Saliendo).

Hola! Amigo

Dispense... queda en su cuarto.

Escena V.

REINALDO, DIEGO.

Diego.

(Entrando). Gracias, entraré señor.

[Prosigue, sin ver á Reinaldo].

Dios de mi alma, este es el cielo
 Donde mi arcángel habita,
 O mas bien es el infierno
 Donde á mí me han desgarrado
 Toda clase de tormentos:
 Grillos de amor y torturas
 En el potro de los celos:
 Debíó no dar corazón
 A quien Dios negó dinero,
 Cómo pudiera arrancarme
 El alma . . . ¡ Reinaldo!
 (*Con sorpresa al ver á*
Reinaldo).

Reinaldo.

Diego!

Según lo que dices tú,
 ¿Tú también has sido preso
 En las redes amorosas
 De doña Anita Barneo?
 ¿Y cómo no he traslucido
 Tus conyugales intentos?
 Dime ¿Cómo has ocultado
 Tus pesares y deseos?

Diego.

Crūel! Preciso es decirlo.
 ¿Y te atreves, instrumento
 De mis penas, á burlarte
 De las ansias con que muero?

Pues oye mi negra-histor a
 Para que en castigo, al menos,
 Devoren tu corazón
 Feroces remordimientos.
 En hora mala á mis padres
 Se les vino el pensamiento
 De que concurriera en Quito
 A las clases de Derecho,
 Y diez mil veces peor
 El día en que concibieron
 Hacerme vivir en casa
 Del Señor don Luis Bermeo.
 Partí, llegué, me hospedaron
 Y desde entonces no siento
 Ni el alma que esté tranquila
 Ni el corazón en su puesto.
 ¡Cómo vivir sin arder
 Quien está pegado al fuego!
 Pronto también conocí
 De la madre los proyectos,
 Y resolvíme á callar
 Y á domoñar en silencio
 Mi lóbrega desventura
 Y mi cariño funesto.
 Yo tengo solo tristezas
 Mas tú eres rico heredero,
 Reinaldo, y aspirar puedes
 A ser de don Luis el yerno.

Reinaldo.

Calma, chico. Dulce bálsamo
 A echar voy sobre tus celos,
 Y porque de mí no dudes
 Voy á contarte un secreto:
 Pues sabrás que, no hace mucho,
 En este mismo aposento,
 Doña Juana, poco táctica,
 Todo un plan me ha descubierto.
 El plan consiste en casarme
 Porque Adán no fué soltero ;
 Mas, como yo tengo dudas
 Sobre si lo tal es cierto,
 Ante tí y ante estos muebles

(*Con socarronería*)

Solemnemente protesto :
 Ni ser esposo de Anita,
 Ni ser de don Luis el yerno,
 Aunque por simple sería
 Un muy estimable suegro.
 Ahora bien : quien de dos
 Quita uno. Resta.

Diego.

Yo quedo.

Pero debes comprender
 Que el cálculo está mal hecho:
 Pues, como rico, eres número,
 Mas yo, como pobre, cero.

Reinaldo.

Calla! No seas cobarde
 Y escúchame un caso cierto:
 Allá en las playas del mar,
 Lo refieren los viajeros,
 Hay un pájaro que pasa
 Con ojo avizor abierto,
 Esperando doradillas
 Que le sirvan de alimento,
 Así todo el día gasta
 Firme que firme en el puesto;
 Vienen y van con las olas
 Peces grandes y pequeños,
 Mas él les deja alejarse
 Mirándoles con desprecio;
 Pero, al declinar la tarde,
 Como el pájaro está hambriento,
 Tiene que engullir de prisa
 Sapos, arañas é insectos.
 Así las mujeres son:
 De la alborada al comienzo
 De la juventud, se sueñan
 Con heroes, reyes, guerreros
 Y, al anochecer sus gracias,
 Se casan con el primero
 Que las requiera de amores,
 Aunque cojo ó aunque tuerto.

Diego.

Gracias, amigo Reinaldo,
La deducción te agradezco
Araña soy....

Reinaldo.

Yo no quiero

Compararte con la cena
Del avechucho del cuento
No tal; la moralidad,
Que de la fábula infiero,
Es simple y sencillamente
Que : A rey muerto, rey puesto

Diego.

Ay! Reinaldo, el hombre nace
Huésped que viene del cielo,
Entre pañales de nieve
De la inocencia en el seno.
Tal como el agua que rueda
Desde lo alto de los cerros,
Límpida, blanca, espumosa
Se precipita en el suelo,
Corre, salta ó juguetona
Nos lanza del sol reflejos;
Mas, por albañales corre,
Al penetrar en los pueblos
Y al contacto de los hombres,
Se torna en inmundo cieno.
Tal el joven, limpio corre

Del claro hogar en el lecho,
 Y se convierte en turbión,
 Inmundo, negro é infecto
 Cuando ya la sociedad
 Lo brinda cauce en su seno.

Reinaldo.

Deja de ser inocente,
 Cállate, buen hombre; Diego,
 Deja de declamaciones
 Que á nada conducen. Quiero
 Algunas lecciones darte
 Que te sean de provecho.
 En los tiempos que alcanzamos,
 Enamorarse de cierto
 Es una gran necedad;
 Fingir amor en el pecho
 Es mina muy productiva
 Que laborea el experto;
 Bien fingido, proporciona
 Bailes, cenas y paseos,
 Caricias de las mamás,
 Atenciones de los suegros,
 Bestias que parecen mansas
 Cuando quieren pescar yernos.
 (Y para decir verdad,
 No deben de ser muy buenos
 Efectos que, con apuro,
 Quiero vender el tendero).

Las niñas hacen milagros
 Por no perder nuestro afecto ;
 En fin, en casas de pesca
 En todo somos primeros.
 Es, pues, negocio magnífico
 Conseguir con galanteos,
 Zalemas y pequñeces
 Ser de una familia dueños.
 Cuando llegan á cansar
 Estos falseos devaneos,
 Entonces uno se casa
 Con señorita Dinero ;
 Esto es, con alguna fea
 O con alguna mastuerzo
 Cuyos billetes nos den,
 Lo que ella no da contentos.

Diego.

No prosigas adelante
 Tus corruptores consejos :
 Gran infame es quien engaña
 Con mentidos juramentos,
 A un alma virgen que acaso,
 Juzgando al pillo sincero,
 Ofrenda su corazón
 A las plantas del perverso.
 Detén, Reinaldo Comprende
 Cuán grandes males, sin cuento
 Invadirán el hogar

De las víctimas. Prefiero,
Antes que llamarme pícaro,
Que me apelliden el necio.

Reinaldo.

Morirás en tu pecado,
Sencillo pluscuamperfecto,
Todos echan barro encima
De quien se declara muerto;
Cuando consigas graduarte,
Nunca ganarás un pleito,
Ni pasarás de jurado,
Si apeteces un empleo,
Y por caridad darante!
El epíteto de bueno.

(Dándose un golpe en la frente y restregándose las manos, como á quien se le ocurre una idea feliz).

Ja, Ja! Ya creo llegada
Mi vida al rato postrero,
Pues bien, hora mismo voyme
A cometer casamiento.

Diego.

Cómo!.. No decías que
No te....

Reinaldo.

Si; yo me comprendo
Y esto basta. Qué magnificas

Sorpresas aguardan, Diego,
 A doña Juana, á Anita
 Y á don Luis. ; Qué pensamiento
 El que hora se me ocurriò!
 Merece un abrazo estrecho:
 Abrázame.

(Diego. Huyéndose).

¿ Yo abrazarte ?

Retirate, te aborrezco.

Reinaldo. (Remedándole).

Te aborrezco . . . ! Pues, á Dios!

Voyme sin perder momento
 A ver al cura y dispensas
 A sacar; ya nos veremos
 Abur! Señor Diego Lanás.

¡Escena VI.

DIEGO.

Diego.

Y lo ha de hacer de seguro
 El famoso calvatrueno.
 Dios quiera que se componga
 Con el trascurso del tiempo
 Si no ; pobre de tí, Anita!
 Víctima de los enredos
 De una madre codiciosa

Y de un padre tan zopenco,
Ay! Cuánto mal se origina
De un mal entendido afecto!
El honrado menestral,
Al hijo feliz creyendo
Hacerle, educación dale
Que le torna tan soberbio
Que hasta á su padre desprecia,
Avergonzándose el necio
De que, en lugar de ser príncipe,
Sea el padre jornalero.
Y aun hay padres que, impulsados
Por el torcido deseo
De que los hijos caminen
Antes de todos, primeros,
Son capaces de ataviarles
Con arneses y con freno,
Y engancharles á un carruaje,
Pero qué hacerle! Si Anita,
En vez de amarte á tí, Diego,
Ama á Reinaldo, en buena hora
Que les una el Sacramento.
Huiréme yo de esta casa
Donde hasta el aire es funesto.
Sepúltate, corazón,
En lo más hondo del pecho!

Escena VII.

DIEGO, JUANA, CRIADOS.

Juana.

Reinaldito!... Dónde está!
 ¿Dónde se ha ido mi yerno!
 Digo mal: no es yerno, es mi hijo.
 Luis rebosa de contento...
 Y el pobre es tan bonachón
 Que creyó dudoso el éxito.
 ¡Como si lo que yo hiciese
 Hubiera de ser mal hecho!
 Mas ¿dónde está Reinaldito?
 Contésteme pronto, Diego.

Diego.

Me dijo que iba á buscar...
 (Bah! Le descubro el secreto):
 Pretel de daros sorpresa
 Antes de mucho trayendo,
 Para casarse, dispensas.
 Parece que es su deseo
 Casarse hoy mismo:

Juana.

Bribón!

Ah! Bribonazo. Lo entiendo...
 Y él también ha comprendido
 Lo que Ana quiere y yo quiero.

Quien sorpresa llevará
 Pues no seré yo, por cierto.
 Que con todo preparado
 Encontraráse hoy el bueno
 De Reinaldo, cuando venga;
 Pues como todo preveo,
 Hasta el traje listo está
 Para hacer el casamiento.

(Desde la puerta).

Vengan todos los criados
 Rosa! Margarita! Pedro! *(A ellos).*
 Gran almuerzo, gran función
 Pronto muy pronto tendremos
 Para helados y barquillos
 Pídale á Luis el dinero,
 Que nada falte: pasteles,
 Patos y pavos rellenos,
 Jamones, frutas y dulces,
 Castillos de caramelos
 Y tanto vino, que corra
 Como la lluvia del cielo.

Criados (yéndose).

Está bien.

Juana.

Vuélvete, Pe lro.

Tú antes vé á casa del cura
 E interrógale si es cierto

Que fué Reinaldo á buscarle
 Esta noche, y con qué objeto.
 Corre, vuela, es necesario
 Saber lo que pasa luego.

Pedro.

Voy.

Juana' (Desde la puerta).

También éntrate al paso
 A casa de las Romeros
 Y de mis primas las Reyes,
 Y dí que porque no puedo
 Ir en persona, te envío,
 En este mismo momento
 En que Ana se resolvió,
 Después de pasados tiempos,
 A dar el sí á Reinaldito
 Niñez, constante y eterno
 Enamorado de mi hija.
 Anda pronto, que te espero,

(Entra.—A Diego)

Usted como que es de casa
 Está ya invitado, Diego.

Diego.

Mil gracias, Señora, es mucho
 Lo que á usted le agradezco;
 Pero, inesperadamente

Que partir mañana tengo
En la diligencia. Quiero....

Juana.

No, Señor, no, no se irá....

Diego.

Si, mi sia Juana, no puedo
Aunque yo lo deseara
Detenerme, por telégrafo
Se me llama

Juana.

Si; estará
Usted en el casamiento,
No le dejaré partir.

Diego.

Partiré, pues si me quedo....
Acaso alguna desgracia....

Juana. (Burlándose).

Qué? Personaje de cuento
O de comedia es usted?
¿Por ventura en el silencio
Ha estado Ud. quemándose
De Ana en el ardiente fuego?

Diego.

Ab! Señora, no soy hombre

De mentiras y de enredos,
 Y por desgracia no callo
 Lo que en el ánimo siento.
 Ya que adorando á Anita,
 En secreto y en silencio,
 En el escondido alfar
 De mi respetuoso pecho,
 Nada malo he cometido,
 Todo descubrirlo puedo,
 Del mismo modo que á Dios
 He mostrado mis tormentos.
 Pues sí, señora, he amado
 A vuestra hija, á mi despecho;
 Mas al ver que preferíais
 A otro feliz, he callado
 Los rugidos de mi pecho
 Dejadme partir, señora,
 Suceda lo que á los reos
 Que ya el ánimo ha partido
 Cuando fusilan el cuerpo.

Juana.

¿Nunca os habéis declarado?

Diego.

Nunca.

Juana.

Pues partid. Deseo

Que nos olvidéis á todos
 Y á Anita por completo,
 Y no volvais á querer
 Sino á una igual á Diego :
 Pues siempre el tiro va errado
 De quien pone el punto lejos.

Diego.

Cuán orgullosa es usted
 Por sus palabras comptendo:
 Pecado al que sigue pena
 Tal como la sombra al cuerpo,
 Es el orgullo, señora,
 Castigo y crimen á un tiempo.
 Y no envidia, la aseguro,
 La dicha de ser su yerno;
 Aunque de mí enamorada
 Estaviera Ana, protesto
 No me enlazara con quien
 Oye tan malos consejos.

Juana.

Salga usted. . . .

Diego.

No me repita

La orden, señora; muy lejos
 Dichosamente mañana
 Estaré. ¿ Cuánto me alegro

De llevar desilusiones,
 Que cicatricen mi pecho!
 Adios, mi señora Juana!

Juana.

Buen viaje, don Peripuesto.

Escena VIII.

JUANA.

Juana. [Paseándose].

Mire usted cuánto se atreven!
 Y cuán osados son estos
 Que una cree que son bobos!..
 Qué insolente el majadero!..
 Poco ha querido el pobrete!..
 Poco le ha pedido el cuerpo!..
 Pues no era malo el antojo,
 Casar con Ana Bermeo!
 Un Vargas! Oiga usted el Vargas
 Un pobre diablo de pueblo!
 Voy á divertir á Luis
 Con el gracioso suceso.
 Voy allá. Ah! Estás de vuelta
 De las comisiones, Pedro?

Escena IX.

JUANA, PEDRO.

Juana.

Y bien: ¿Qué hay? ¿Qué dice el párroco?

Pedro.

Pues dice... Dice... Que es cierto

Juana.

Qué cosa?

Pedro.

Pues dice el cura....

Juana.

¿Qué? Desembúchalo, lerdo.

Pedro.

Pues, nada, nada, me ha dicho...

Juana.

Habla, animal del infierno.

Pedro.

Como su merced me apura...

Pues ya de nada me acuerdo.

De casa del cura ví

A don Reinaldo saliendo.

Juana.

Ah!

Pedro.

En seguida entré y el cura
 ¡Qué sacerdote tan bueno!
 Me hizo sentar y me dijo:
 “Qué se te ofrece, don Pedro?”
 Le di el recado y entonces
 Dijo: “Reinaldo es violento
 Cree tan fácil casarse
 Como si rezara un credo;
 Porque le case hora mismo,
 Tanto le urge su deseo,
 Como si en mí consistiera,
 Me ofreció unos cuantos pesos,
 Y al fin salió murmulando,
 Porque á su querer no accedo,
 No sé qué de *Constantino*
 O matrimonio secreto.

Juana.

Clandestino será. Bien.
 Ahora conviene, Pedro,
 Para la boda estar listos
 Y hacerlo todo ligero;
 A que Reinaldo no tarde
 Las dos orejas apuesto.
 Dí que vengan á Ana y Luis.

Escena X.

JUANA, LUIS, ANITA.

Juana.

S. biéndolo las Romeros
 Y las chiquillas mis primas,
 P.uede decirse, de cierto,
 Que el asunto matrimonio
 Ha corrido Quito entero,
 Y eso fué lo que quería.
 Qué placer experimento!
 También es seguro que
 Ya desolados estamos:
 Qué nadie perdona á nadie
 Que haga un buen casamiento.
 Ni para calumnias faltan
 Invenciones ni pretextos:
 Las jóvenes por envidia,
 Los jóvenes por recreo,
 Las viejas por natural,
 Porque no pueden los viejos
 Casarse cien veces más,
 Dan palos á los solteros
 Por el gran estaien de que
 Ya van á dejar de serlo:
 Ninguno hace impunemente
 Matrimonio, ni lo ó bueno,

¡Entran Luis y Anita, ésta con traje de novia).

Anita.

¿Qué tal está mi vestido?

[Pascándose para lucir].

Qué tal así te parezco?

Por si alguna compostura

Hábrica que hacer, me he puesto.

Luis.

¿Qué sucede en esta casa

Por qué tanto movimiento?

¿Hay algún espiritista

O hemos perdido los sesos?

Sofás, mesas y sillones,

Sillas, nada dejan quieto

Los criados. Y son las nueve

De la noche ¿Dí qué es esto?

Juana.

¿Pues qué ha de ser? Reinaldito,

Al salir, le dijo á Diego

Que iba á hacer diligencias

Para pertenecer al gremio

De casados, lo más pronto

Quizá mañana. Yo á Pedro

Mandé para averiguar

Lo positivo, y sabemos
 Que en verdad, desprevénidos
 Reinaldo quiere cogernos!
 Mas yo que soy advertida
 Ya todo listo lo tengo.
 De dar sorpresa á Reinaldo
 ¡Cuánto gusto experimento!
 Tanto más cuanto él creyó
 Darla. (*Se ríe*). De risa me muero.

Luis.

Ah! Juana, no sé por qué
 Estoy viendo y no lo creo....

Juana.

Por que eres un.. Ya no hay duda:
 He cogido al opulento
 Que tanto tiempo arrullara
 Constantemente mis sueños.
 Dime Ana ¿Le quieres mucho?

Ana.

Sí... Allá en los días primeros
 Que le conocí, no pude
 Pronto seguir tus consejos
 Y aun, para decir verdad,
 Le hallaba mejor á Diego;
 Mas las visitas constantes
 Su ternura y rendimiento,

Y en especial el perenne
 Conversarme de él, y vuestro
 Cariño . . .

Juana.

Pues buenos frutos
 Ha producido mi empeño.
 A pesar de los presagios
 De esta ave de mal agüero.

Luis.

No pensé . . .

Juana.

Tú nunca piensas
 Que lo que ejecuto es bueno.

Luis.

No, mujer: mas bien mi flaco
 Consiste en que, lo confieso,
 Tan solo tu voluntad
 Domine. Impotente dejo
 Yo que fluyan tus caprichos.
 La cabeza en lo doméstico
 Son las mujeres: cayendo
 Sin cesar sobre la piedra
 La gota cava agujero.

Escena XI.

JUANA, LUIS, ANITA, AMIGAS.

Una amiga.

Aquí venimos, Anita,
Tu matrimonio sabiendo,
A dar á ustedes abrazos
Pues que tanto las queremos.

(Abrazanse todos).

¿Y cuándo es ese gran día?
Será muy pronto sospecho.
¿Pero por qué estás, Anita,
El vestido blanco puesto?

Ana.

Ah! Me lo voy á quitar...

Otra amiga.

Nó, que quisieramos verlo.

(La hacen pasar).

Otra amiga.

Qué tela tan primorosa!

Otra amiga.

No le hace arruga en el cuerpo.

Otra amiga.

¿Cómo y cuándo se arregló

La boda! Juanita, cuéntanos.

Juana.

Pues que Reinaldo propuso

Es ya muchísimo tiempo:

Mas como Anita es tan niña

Y ni oír de casamiento

Le gustaba...

Amiga.

Pobrecita!

Juana.

Con excusas y pretextos

Hemos refrenado el ansia

De Reinaldo hasta hora; pero

Pegónos un apretón

Tan atroz, hace un momento,

Con lágrimas y con súplicas

Y con un modo tan tierno

Que derritieron, por fin,

Los corazones de hielo.

No sin trabajo alcanzó

Su azul celeste.

Amigas.

Bien hecho!

Juana.

Y el dichoso novio está
Con nuestro sí tan contento,

Que por casarse esta noche
 Anda el mundo revolviendo.

Amiga.

Y ustedes ¿qué piensan?

Luis.

Nada.

Juana.

Yo tampoco; pues es de ellos
 Lo que resta, ya nosotros
 Nada más que hacer tenemos.
 A mi hijita idolatrada
 Con harta pena le suelto . . .

(Finge llorar).

Ay! Ay! de nosotras tristes,
 Que criamos junto al pecho
 A los hijos de nuestra alma,
 Para antes de mucho verlos,
 Arrancados de nosotros,
 Y á otros perteneciendo
 Que ni sus llantos lloraron,
 Que ni sus risas rieron.

Escena XII.

LOS ANTERIORES, PEDRO.

Pedro ; *Entrega unos papeles á doña Juana*).

De don Reinaldo, papeles.....

Amigas.

Qué curiosidad !

Juana.

Yo siento

Emoción; voy á leerla....

(Abre una carta, lee algunas palabras, en silencio; en seguida, en voz alta):

“Mi reverenciada, mi adorada, mi idolatrada mamá:

“No puedo menos que dar tal nombre á
“quien por mil razones se merece de mí es-
“te tierno título. Usted, amada mamá, me
“ha colmado de finezas.....*(Llevándose el pañuelo á los ojos).*

Las lágrimas se me saltan

A los ojos.... Me conmuevo.....

“y ha sembrado en mí tanta gratitud....

Pero ; Porqué me lo dice ?

¡Qué por tí, Reinaldo, he hecho!

“que siempre, por siempre jamás la tendré
“ante mis ojos, nublados por llanto de
“agradecimiento.....

Ah! Yo soy quien conmovida,

La carta leer no puedo.

Leela tú, Rosarito (*Entrega la carta á una de las amigas*).

Amiga (Leyendo).

“Como á madre, me creo obligado á descu-
“brir á Ud. ciertos secretos.....”

Callo?

Juana.

Nó.—Serán secretos

Que ustedes conocen ya.

Puedes continuar leyendo.

Antes de que ustedes vean

Cuánto la quiere, me alegro.

Amiga (Leyendo).

“Pues yo, señora, como dueño de un cora-
“zón muy grande, y como en las batallas
“de la vida es necesario poseer una reserva
“que evite ciertos desastres, he tenido.....

Juana.

Adivino que siquiera
Unos ochenta mil pesos
Más.. Escondidos sin duda.

Amiga. (Leyendo).

"he tenido dos amores latentes...

Juana.

Hola! Qué significa eso?

Amiga. (Leyendo).

"Mas, como el uno, el de Anita, se ha con-
vertido en incendio devorador.....

Juana.

Bien: continúa, Rosario.

"Mas, como el uno, el de Anita, se ha con-
vertido en incendio devorador, he ido hoy
mismo á casa de la otra, que no es capaz
de consumir á nadie en las ex-hogueras de
su alma, Marta Jiménez... ..

Juana.

La viuda de don Tadeo!....

Iría á desengañarla

Reinaldito. Justo es eso.

Amiga (Leyendo).

“En conclusión, señora doña Juana, como
 “yo no soy ave Fénix (que, según dicen, no
 “sólo vive á sus anchas en las brasas sin si-
 “quiera soasarse, sino que también de éllas
 “resucita luciente y glorioso), digo, que
 “como no soy ave Fénix, ni siquiera fogo-
 “nero, por miedo á las arterias de alguien
 “que Ud. conoce mejor que yo, acabo de
 “casarme clandestinamente con Marta Ji-
 “ménez. . . .

Suyo

Reinaldo”.

Juana.

Imposible! Vuelve á leer.

Anita

Es una chanza, no puedo . . .

Amiga.

Hay también una posdata.

Juana.

Leela pronto, me muero.

Amiga (Leyendo).

“P. D. Como me desvivo por la felicidad
 “de mis ingratos amigos, aun en los mo-

“mentos mismos en que otros son egolstas,
 “he sacado dispensas de amonestaciones,
 “etc, para que sin pérdida de tiempo se ca-
 “se Anita con Diego, quien tiene excelente
 “vocación para . . . mártir. A fin de que no
 “se dude de lo aseverado, remito dichas
 “dispensas”.

Juana.

Trae, Rosario, veamos
 Si es verdad, estotro pliego.

(Leyendo entre dientes).

Infame!

Ana.

Ay! Ay! Ay! Mamá
 Angustias de muerte siento . . .

(Cae del sofá).

Amigas, Juana.

Jesús nos valga! Se muere
 Anita . . . Vean un médico!

Luis (Pulsándola).

Ya pasa. Callen por Dios.
 No es nada . . . Guarden silencio
 Que ni los criados sepan
 Lo que aquí está sucediendo.

Juana, Amigas.

Ya vuelve en sí

Ana (Con voz moribunda).

El corazón
Me duele. . . Ay! Dios yo me muero.

Luis.

No es cosa. Ya no hay peligro:
Ya tornó el conocimiento.

(Va á medio escenario y dice lo siguiente):

Yo bien preví lo que había
De suceder. Ay! Empero,
Que me dejé dominar
Hace, por desgracia, tiempos:
Y quien abdica no puede
Tomar otra vez el cetro.

Ah! Madres, las que creéis
Lograr un buen casamiento
Disipando vuestros bienes
En tertulias y bureos,
Y á las muchachas en público,
Cual mercancía exponiendo,
Aprovechad, si sois cuerdas,
De este amarguísimo ejemplo.

(Cae el telón).

DIALOGO DE DOS MADRUGADORES.

El Uno:

Es el alba y luz rojiza
Lanza la abierta ventana.
¡Cuán mal, cuán mal que se avviene
Con la luz de la mañana!

El Otro:

Sordo murmullo se escucha.....
Ya comprendo lo que pasa:
Pobrecitas! Pobres gentes!
Hay un muerto en esta casa!

El Uno:

Murmullos y rojas luces.....
Ja, Ja, Ja! Me acuerdo: es cierto,
Hombre! Hubo ayer matrimonio,
Las luces no son de muerto..

El Otro:

Matrimonio? Pues entonces
¿De festín, de boda son?...
Ay! Amigo, acaso velan
Un cadáver de ilusión.

¿QUIEN GANÓ EL PLEITO?

No sé doñdè lei el siguiente caso
Que, sin cambiarlo, á referirte paso:

Juan y Antonio, muchachos excelentes
Compañeros, amigos y aun parientes,
Asidos iban de la mano un día

Cuando, al pasar por cierta pulpería,

Una nuez ambos en el suelo hallaron

Y al par, para cogerla, se agacharon.

“Yo la miré primero”, dijo Antonio.

“Yo primero, no tú... Vete al demonio”,

Replicó Juan, pegando una guantada

En la nariz al pobre camarada.

Antonio grita, acuden presurosos

De esta y de la otra calle los curiosos,

Corren los de más lejos, los solbidos

De los cuarteles salen desalados:

Cunde la alarma, tocan botasilla,

De prisa se despliegan en guerrilla

[Y aun cuentan que, por miedo del trastorno]

Se metió un general dentro de un horno).

Un transeunte, sujeto solapado,
 Con traza de ese ibano ó abogad ,
 Entre la multitud abrióse paso,
 Llegó al centro, inquirió despacio el caso,
 Se ofreció á dirimirlo y, al efecto,
 Ahuecando la voz, con grave aspecto
 Mentó á Solón, á Escriche, á Justiniano,
 Y partiendo la nuez con propia mano,
 «*In nomine justitiæ*, dijo, sea
 «*Et ad utilitatem prolæ meæ*,
 «A cada uno, una cáscara le toca”.
 Y la almendra metiéndose en la boca
 «Por ser ustedes, añadió, oh b'jitos,
 «Tân rubios, tan rosados, tan bouitos,
 «Por trabajo de Juez y de Notario,
 «Apenas esto cobro de honorario”.
 Con risa de lo cual los circunstantes,
 Dejaron á los buenos litigantes.

Á MARÍA SANTÍSIMA.

Mi amor, mi Madre, no me des vil oro,
Ancla que fija y encadena al suelo.
Tristezas y dolor y vago anhelo
Hijos son del talento, gran tesoro.

No quiero ciencia, nó. Nombre sonoro
Nacido en sangre, proclamado en duelo,
Glorias ni majestad te pido, oh! Cielo,
Que paz se llama el dulce bien que adoro.

Pequeño quiero ser y no atendido,
En retirado hogar viviendo oscuro.
Flaco me encuentre y magro y desabrido

El corvo diente de la envidia hambriento,
Y consiga mi amor inmenso y puro,
De virtud allegar caudal sin cuento.

AL PENSAMIENTO.

Fuente de luz que bulle y que borbotada,
Luz que engendra mil luces incesante,
De la fuerza de Dios prueba constante
Eter divino que el cerebro brota.

A tu poder omnipotente, ¡ota
Del cielo la muralla de diamante,
A la tierra saltó vena abundante
De ciencia y de saber que no se agota.

Gloria del Ser, magnífico portento,
De su origen divino prueba clara,
Dote que el mismo Dios no desdeñara
Diadema eres del hombre, Pensamiento;
Mas, para mí, Diadema, sólo tienes
Espinas que se encarnan en mis sienes,

APENDICÉ:

Creémós necesario publicar la carta de Honorato Vázquez que motivó la del autor de este libro; no desagradará, por cierto, la lectura de la obrita del simpático literato.

Héla aquí:

EL MACHANGARA DE QUITO Y EL DE
CUENCA.

SEÑOR DOCTOR DON CARLOS R. TOBAR

Mi Carlot:

Esta mañana fui á pasear por el Sur de la ciudad, dirección que, bien lo sabes, tomo de preferencia en mis paseos, porque por allá serpentea, entre las hermosas llanuras de tu patria, el camino que conduce á la mía. Te veo ya medio francido, al leer estos posesivos *mío* y *tuyo*, y ya te oigo decir lo que siempre me repites: "Estos cuencanos no ven á la Patria sino en el

fincón de tierra donde están los *capulies* plantados por sus abuelos. . . . Donde no, ya el pedazo de tierra vecino, por más que se halle entre el Carchi y el Macará, y sombreado por el pabellón tricolor de Miranda, no es la patria del cueneano".

Alto ahí, mi querido: La patria del cueneano [del *morlaco* si te place emplear este calificativo con que *sin* más ni más nos desbautizan los ecuatorianos no nacidos entre el Azuay y el Oña) es la patria con P mayúscula, el territorio comprendido entre el Macará y el Carchi; pero sábetete que, para mí y mis paisanos, hay también después de ella, la patria con p minúscula, esto es, la provincia, y en ella, la ciudad ó la aldea, ó el caserío, y allí la iglesia vecina, y á su lado la casa paterna, y en ella. . . ¡ay! en ella! . . . dichoso yo que lo sé; pero más dichoso tú que, sabiendo lo que hay en la casa paterna, al echar una mirada cariñosa á tu alrededor, no encuentras vacío puesto alguno, dejado, ó por el deudo que fué á esperarte en el Cielo, ó por el que desde lejas tierras vive de confiar al viento un suspiro para tí. Y á boca llena puedo decirte bienaventurado en la tierra, con la mayor ventura que élla puede dar dentro de cuatro paredes que encierran la fragancia de las afecciones domésticas, que no se evapora sino al Cielo por ese mismo camino por donde va el humo del hogar, si ahora mismo vive aspirando y saciándose de ese olor tu corazón:—; oh no puedes tú conjeturar debidamente por qué digo *mi patria* al tratarse de esos valles, verdes con perpetua verdura, en donde hay una blanca ciudad bañada por un río cristalino, á cuyas orillas está una casa, y en élla. . . en élla lo más caro que hay para mi alma después de Dios. . . la familia. . . y más allá, entre una arboleda;

Allá abajo, allá abajo hacia el Oriente,
 Como insepulto craneo, por el tiempo
 Blanqueado, entre la yerba de los campos,
 Alza su blanca mole el cementerio,
 Y allí, en él, reposan las cenizas de mis
 muertos!

Deja, pues, á tu amigo que, encariñado con
 esa tierra en donde viven aun los suyos, y duermen
 aun esperando la resurrección algunos de
 los que se despidieron citándole á la eternidad,
 llame su patria á ese pedazo de la Patria con P'
 mayúscula.

Consecuente con esta á modo de perenne nostalgia,
 me quedé esta mañana á orillas de tu
Machángara, y me puse á pensar en esotro *Machángara*
 que baña la yega situada al Norte de
 mi patria. ¿Te enojarás? Pero yamos: no puedo
 menos de decirte con franqueza que tu río
 se queda el pobrecito muy malparado al comparársele
 con el mío. El tuyo es un mendigo que,
 golpeándose entre las piedras, parece que
 anda pidiendo de puerta en puerta la caridad
 de un vaso de agua; [*] y hasta sus olas amarillas,
 remendadas de espuma, le dan la ejecutoria de un
 astroso viejecito mendicante.

¿Y quieres que no me acuerde de mi río, caudaloso,
 cristalino, soberbio como mozalvete retozón
 que se anda en eucbicheos galantes con las
 copiosas arboledas de la orilla; que nada pide
 á nadie y se va calle abajo, llenando el aire
 con unas canciones que por poco harán contigo
 y los que no nacieron en sus orillas, lo que hacía
 la lira de Orfeo: llevarse tras sí hasta las duras
 peñas, hasta los corazones de los que nos
 llaman *marlucos*? Mi río anda como gente honrada,
 por las playas despejadas, no se oculta de

(*) Confésalo, ya dijiste, cuando eras justiciero,
 que tu *Machángara* vivía muriéndose de sed.

los hombres, y como que nadie puede atreverse á sospechar de su porte, se entra con franqueza por los caseríos, saluda, capta y pasa, llevándose tesoros de flores con que, en su camino, le obsequian galantes mil jardines.

El tuyo, si no es un mendigo vergonzante, será un criminal que anda á salto de mata, por ahí dentro, por unos abismos á donde no llega sino el que tiene ganas de romperse la crisma, y en la crisma rota echar la vida por lo barato; ¿y para qué entraría uno á esas hondas simas? Para ver á tu viejecito con las barbas esponjadas por pompillas de jabón con que le embadurnaron las lavanderas.

Mas, vamos á lo serio. Tu Machángara tocayo del mío, me hace pensar en mi patria; tiene cierto aire de familia, aunque á mi imaginación solo se lo dé el nombre. Me voy á sus orillas, oigo su rumor y me hace pensar en la patria y pensar en Quito; en la patria en donde está mi corazón esclavizado por la naturaleza, en Quito en donde á tí, á mis hermanos y á la sociedad entera me hallo encadenado con los lazos del afecto y de la gratitud.

Perdón, que lo que he dicho de tu río, no era sino por desquitarme de las inculpaciones que me haces. Si tu río no me ha dado el agua para mi bautismo, puede darme la que el sacerdote rocíe sobre mi cadáver. ¡Bendita sea la gota que, caída sobre mis cerrados ojos, remede la postrera lagrima de mi vida!

Honrado.

INDICE.

	<u>PAG.</u>
Carta á manera de prólogo.....	I
A los lectores.....	XIII
El siglo de oro.....	3
Luz y calor.....	11
La ley de las compensaciones.....	19
Juegos.....	29
El estómago y la cabeza.....	35
Se muere el siglo!.....	43
Dos muestras de literatura moderna.....	49
De loco todos tienen no poco.....	59
Los periódicos.....	65
De mi cartera.....	71
Dar buen consejo.....	75
Amigos.....	83
Más de mi cartera.....	89
Dos cartas.....	95
Al Señor don Ramiro.....	103
A la Señora doña Julia.....	111
Julia (novela histórica, etc).....	117
Más acerca de periódicos.....	121
Aún más de mi cartera.....	127
Los inventos.....	131
Al Señor Tomás Baitrón.....	137
Déjese usted de polfticas.....	143

ÍNDICE.

	PÁG.
Carta enriosa.....	151
Las contradicciones.....	161
Los Inocentes.....	173
El Carnaval.....	1-3
Un muerto que casi mata á un vivo.....	189
Lo que fueron los gobernantes de antaño..	202
El Diccionario de 1884.....	209
El Machángara de Quito y el de Cuenca...	215
Esbozos.....	225
Quien da pan á perro ajeno.....	233
Diálogo de dos madrugadores.....	281
¿Quién ganó el pleito?.....	283
A María Santísima.....	285
Al pensamiento.....	287
Ápéndice.....	289

ERRATAS NOTABLES.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
78	13	pán	pan
89	11	pass	posa
85	23	contra la	como.
99	1	altivez. Si tu- viese	altivez. Si tu- viese
98	11	postdata	postdata.
141	18	pacoco	parece.
157	14	impostura	impostura.
157	16	ped	pedí.
158	22	á que atenerlo	á qué atenerle.
159	16	paternidad,	paternidad.
170	21	vido	vida.
170	25	presén	desdén.
182	6	paredes, es de- cir	paredes; es de- cir.
207	24	palmeditas	palmaditas.
214	12	apéndice, cau- dal	apéndice cau- dal.
219	26	madre conte- nido	madre; conte- nido.
241	72	Bicardito	Reinaldito.
262	2	En la diligen- cia. Quie- ro....	En la diligencia Que Ver pronto á mis padres quiero....
